
The Royals
of Aldonia
Redimiendo a un Príncipe
Nadine Millard

Redimiendo a un Príncipe

Nadine Millard

Pesado es el corazón que lleva la corona...

Contenido

Redimiendo a un Príncipe
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciseis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Epílogo

Prólogo

—Christopher, ¿estás escuchando?

Christopher Emmanuelle Farago Wesselbach apartó la vista de la ventana y la volvió hacia su padre, quien lo miraba con menos que satisfacción.

Al rey nunca le gustaba cuando la gente se distraía en su presencia. Mucho menos su propio hijo.

Y especialmente cuando se trataba de su hijo mayor y, por lo tanto, heredero al trono de Aldonia.

El padre de Christopher no era desconsiderado ni cruel. Simplemente era rey primero, padre segundo. Así tenía que ser. Así tendría que ser Christopher cuando ascendiera al trono y gobernara su país.

Como un niño de doce años, lo sabía. Lo había sabido desde que era lo suficientemente mayor para comenzar sus lecciones.

Primero la corona y el país. Todo lo demás, en segundo lugar. Así debería ser.

Fuera del estudio personal de su padre, un estudio que algún día pertenecería a Christopher, sus hermanos Alexander y Harriet jugaban ruidosamente, con sus gritos y risas flotando en la brisa veraniega.

Christopher sintió un pinchazo de envidia al escucharlos.

Parecía que se estaban divirtiendo mucho. Mientras él estaba atrapado aquí. Otra vez.

Cuando era más joven, su madre había intentado convencer al rey de que a Christopher se le debería dar tiempo para ser solo un niño, solo un niño. Pero el rey no quería escuchar eso.

—Tuve que aprender. Mi padre tuvo que aprender antes que yo. Y ahora, Christopher aprenderá. El deber hacia la Corona debe comenzar ahora.

Así que, cada día, cuando las niñeras, institutrices y tutores llevaban a Alex y a Harri a paseos por la naturaleza y expediciones de pesca, cuando jugaban en el jardín o nadaban en el lago, Christopher permanecía dentro del palacio. Aprendiendo su deber. Preparándose para su futuro.

—Más tarde hoy nos reuniremos con el capitán de la guardia —continuó su padre, sin darse cuenta de que los pensamientos autocompasivos de Christopher se habían desviado. — No pasará mucho tiempo antes de que te unas al regimiento. Y se esperará que el Príncipe Heredero conozca bien su papel.

—Sí, padre —respondió Christopher con obediencia.

Un repentino golpe en la puerta sonó, y el asistente personal de su padre entró apresuradamente con una bandeja de plata que llevaba una sola carta.

—Un mensaje del Duque de Tallenburg, señor —dijo el hombre con una inclinación.

Las relaciones con el lado de la familia Tallenburg estaban tensas. Incluso hostiles. Y Christopher, aunque aún no estaba al tanto de las conversaciones, era consciente de ello. Una de las cosas que tendría que aprender, le había advertido su padre, era cómo manejar la hostilidad de manera calmada y astuta.

Un buen rey gobernaba a través del respeto, no del miedo, había dicho su padre.

Un gran rey honraba el privilegio de su posición mientras recordaba que estaba allí como un servidor del pueblo. Trabajaba para ellos, no al revés.

Sí, su padre era un rey sabio y maravilloso. Y Christopher siempre se preocupaba de no estar a la altura cuando le llegara su turno.

El rey abrió la carta, sus ojos escanearon el mensaje.

Su rostro no reveló nada. Sin importar la tarea, sin importar el desafío, siempre se podía contar con el estoicismo de su padre.

Era un poco frío pero siempre fiable.

—Esto deberá ser tratado con cierta urgencia —dijo su padre al asistente, que permanecía con la bandeja. — Organice una reunión y haga preparativos para un viaje corto.

El sirviente se inclinó deferentemente antes de salir rápidamente de la oficina.

—Me temo que tendremos que reprogramar nuestra reunión con el capitán, Christopher.

—Por supuesto, padre —respondió de inmediato.

El rey lo estudió antes de que su rostro se suavizara repentinamente en una rara sonrisa.

—¿Por qué no pasas la tarde con tu hermano y hermana?

Christopher quería sonreír. Quería levantarse de un salto y salir corriendo de la habitación.

Pero sabía que era mejor no hacerlo.

Se levantó lentamente, haciendo una inclinación perfectamente respetuosa a su padre. El rey.

—Gracias, padre —dijo solemnemente antes de caminar a un ritmo pausado fuera de la oficina y hacia el pasillo exterior.

Solo cuando llegó a la escalera, Christopher se permitió sonreír.

Bajó corriendo las escaleras y corrió a toda velocidad hacia los jardines.

Quizás se uniera a cualquier juego que Alex estuviera jugando con Hari.

Christopher no tenía el vínculo con sus hermanos que ellos tenían entre sí. Había sido mantenido demasiado distante de ellos. Había estado demasiado ocupado aprendiendo a ser un rey como para tener realmente la oportunidad de ser un hermano y compañero de juegos. Y aunque trataba de no sentir envidia de su relación, a veces deseaba ser incluido en ella también.

Ahora, con su libertad inesperada, jugaría los ruidosos juegos de espada que Alex prefería. Y perseguiría a Harriet hasta que ella chillara y se riera como lo hacía con Alex.

Christopher llegó al jardín, con una sonrisa en el rostro.

Pero al acercarse, Alex y Harriet estaban siendo conducidos de vuelta al palacio por sus niñeras.

Su sonrisa se desvaneció mientras el jardín se vaciaba, y Christopher se quedó en medio de él. Completamente solo.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas infantiles pero se negó a dejarlas caer.

Era el Príncipe Heredero. Heredero al trono. Algún día, sería rey.

No necesitaba tiempo de juego en el jardín. No necesitaba la compañía de su hermano, hermana, ni de nadie más.

Solo necesitaba mantenerse enfocado para que, algún día, fuera un gobernante bueno y justo.

Primero la corona y el país. Todo lo demás, en segundo lugar.

Capítulo Uno

El palacio era un hervidero de actividad.

Christopher se encontraba en sus aposentos privados, sintiéndose inexplicablemente nervioso por las próximas semanas.

Por primera vez desde el incidente de hace dos años, cuando su hermana, la Princesa Harriet, fue secuestrada por su primo, el Duque de Tallenburg, o técnicamente desde su boda posterior, el palacio de Aldonia estaba organizando una fiesta para los invitados más distinguidos.

A pesar de la reciente ruptura con la tradición, Aldonia había tenido desde hace mucho tiempo una tradición de ser acogedora. De manera extravagante. No, lo sorprendente de esta fiesta en particular era que había sido idea de Christopher, y no de su padre.

Aunque el Rey Josef estaba complacido con la decisión de Christopher, y la Reina Anya estaba emocionada, Christopher no podía decir que estaba exactamente esperando con ansias el evento.

Era el momento. Había un deber que cumplir. Una tarea que atender en la creciente lista de deberes reales que había asumido de su padre.

Mientras el rey seguía siendo el gobernante de nombre, era muy cierto que solo en nombre. El testigo había sido pasado a Christopher hacía algunos años. Pero hace dos años, después del secuestro de Harriet y su posterior rescate exitoso, todos los deberes habían sido transferidos a Christopher.

Como de costumbre, Christopher sintió un pinchazo de tristeza junto con el estrés y la duda personal.

El rey había sido un líder fuerte y poderoso, sí. Pero también era el padre de Christopher. Y de Alexander y Harriet, por supuesto. Y era difícil verlo envejecer, volverse más débil, menos capaz de lo que había sido.

Christopher, como el mayor y el heredero, siempre había estado más cerca de su padre. No de una manera cálida o emocional. Más bien como un aprendiz y su maestro.

Y extrañaba a su padre. Lo extrañaba como rey. Y, admitió, como mentor.

Demasiado tiempo, Christopher había sido el responsable. El serio. El sombrío.

Mientras Alex había tenido la libertad de ser encantador y frívolo, y Harriet había sido la princesa y, por lo tanto, solo se requería que fuera bonita y agradable, Christopher sabía que algún día todo recaería sobre él.

Solo que no estaba preparado para lo no calificado que se sintió cuando sucedió en serio. Aunque su padre había estado envejeciendo, incluso debilitándose, todavía le quedaban años al hombre. O eso pensaba Christopher.

El rey había sobrevivido a la defección de Alex a Inglaterra para casarse con una chica sin título y asumir el título de conde allí.

Había sobrevivido a un intento de asesinato.

Había sobrevivido a que Harriet se escapara, aunque estuviera seguida por uno de los equipos de élite de espías de Christopher.

Incluso había sobrevivido al secuestro de Harriet por parte del Duque de Tallenburg como parte de un plan de chantaje, afortunadamente fallido, y como consecuencia, se enamoró y se casó con su guardián y rescatista.

Christopher estaba lo suficientemente feliz con la elección del esposo de Harriet. Jacob Lauer era un hombre de integridad, y Christopher no podía pensar en nadie que pudiera cuidar mejor a la princesa impulsiva.

Aunque el rey había esperado usar el matrimonio de Harriet como una alianza política, había cedido a la insistencia de Christopher y permitió que ella se casara con Jacob, quien ahora era el jefe de la liga de espías que trabajaban en todo el mundo bajo el mando de Christopher.

Christopher podría no ser capaz o querer casarse por amor, pero al menos se había asegurado de que Harriet lo hiciera.

Después de todos los eventos de los últimos años, el rey había parecido casi inmortal.

Pero no. Irónicamente, el corazón del rey había sido lo que finalmente falló al gran hombre.

Después de un ataque que dejó al Rey Josef al borde de la muerte, el hombre mayor había estado demasiado débil para hacer otra cosa que entregar las riendas, y ahora vivía una vida tranquila y pequeña dentro del palacio, asistiendo a eventos ceremoniales ocasionales, si y cuando se sentía lo suficientemente bien.

A medida que el dolor amenazaba con abrumarlo, Christopher se dirigió al decantador de cristal de brandy que estaba en la esquina de su oficina para servirse una generosa medida.

Esto, sabía, era algo que su padre definitivamente no aprobaría.

Pero, a decir verdad, muchas de las cosas que hacía Christopher en la actualidad no recibirían la aprobación de su padre o de su abuelo antes que él.

Oh, en lo que respecta a la administración del país, lo estaba manejando bastante bien.

Era su vida personal – la vida que se le había criado para vivir sin manchas, al menos públicamente – lo que sería motivo de desaprobación.

A pesar de las exigencias del rey de que Christopher se casara y tuviera un heredero, aún no había sucedido. Y el rey estaba vocalmente decepcionado de que pudiera no vivir para ver más nietos.

La culpa que saber eso le había causado a Christopher en los últimos dos años era aguda. Pero también lo era la ira ante tal demanda.

Christopher había entregado todo de sí mismo a la Corona. Había sacrificado su infancia y una juventud que debería haber sido al menos parcialmente frívola.

Pero había fallado en casarse y producir el heredero requerido en un tiempo que se ajustara a las expectativas de su padre.

Hubo un tiempo hace un par de años en el que consideró el matrimonio. Lady Althea Furberg había sido bien educada, hermosa, reservada y sofisticada. Todo lo que debería querer en una esposa.

No la había amado. Pero ella había sido ambiciosa, queriendo una corona, y pensó que sería tan buena como cualquier otra dama respetable. Y, a decir verdad, había comenzado a interesarse por la dama. Quizás no había amor, pero eso podría haber llegado con el tiempo. Comenzó a confiar en ella, a hablar con ella como un hombre, no como un príncipe. Sobre todo, había confiado en ella.

Por supuesto, el hecho de que ella hubiera conspirado con su primo, el Duque de Tallenburg, para secuestrar a Harriet y usarla para intentar robar minas lucrativas de Aldonia había sido algo más que un poco desalentador.

Y, aunque él era pragmático en lugar de romántico, prefería no tener una esposa que estuviera tan desesperadamente enamorada de otro hombre que estuviera dispuesta a cometer traición para ayudarlo.

Althea le había enseñado una lección brutal, al menos. En lo que respecta a Christopher, nadie estaba interesado en el hombre. Solo querían la Corona.

Al menos, las amantes que mantenía para saciar ocasionalmente su deseo eran honestas, como él. Sus encuentros no tenían afecto, ni falsas promesas, ni expectativas imposibles. Se usaban mutuamente, suponía Christopher, a su manera. Él porque era un hombre y tenía un sano respeto por sus necesidades, y las mujeres porque no sabían nada de una vida real y no querían ser parte de una. Las joyas, la casa y la carroza eran suficientes para ellas.

Había sido una amarga lección – esa de Althea – pero luego, gran parte de su vida giraba en torno a la Corona, no al hombre. Ni al niño que había sido antes.

Solo ser el heredero. Solo ser el rey.

Por eso había decidido honrar los deseos de su padre, antes de que fuera demasiado tarde.

Se casaría. Proporcionaría a Aldonia el heredero al trono que necesitaba. Y elegiría una esposa —no basada en cosas tontas e inestables como emociones, sentimientos o su corazón.

No, elegiría una alianza política que fortalecería a Aldonia. Elegiría una reina que fuera adecuada, decorosa y que supiera cómo apoyar al rey de manera silenciosa y discreta, tal como lo había hecho su madre con su padre. Una que no esperara nada de él.

Mantendría a sus amantes; ella tendría su corona y su título.

Y una vez que llenara una guardería, todos obtendrían lo que querían.

Por eso estaba organizando esta inconveniente reunión durante las próximas tres semanas.

Aldonia siempre había sido anfitriona de reyes, dignatarios y aristócratas de todo el mundo. Tal como lo sería ahora.

La diferencia era que al final de este evento, Christopher planeaba tener una esposa.

Aunque no es que la deseara particularmente.

Un golpe sonó en la puerta del estudio, y Christopher rápidamente dejó el vaso de brandy sobre la mesa antes de dirigirse a tomar asiento detrás de su sólido escritorio de roble.

—Adelante —dijo, esperando a su asistente Hincham.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, su cuñado y jefe de seguridad privada entró con paso firme.

—Jacob. —Christopher se levantó al ver al hombre que, aunque era uno o dos centímetros más bajo que su propio metro noventa, era un poco más ancho de hombros.

El talentoso espía, con su cabello rubio dorado y brillantes ojos azules, contrastaba directamente con los oscuros cabellos y profundos ojos marrones de Christopher.

Christopher se preguntó fugazmente si el hijo de Harriet se parecería más a los rasgos oscuros de la familia real de Aldonia o a las características claras de Jacob.

Sabía que no lo sabrían hasta dentro de varios meses. Pero, curiosamente, se descubrió deseando que llegara ese momento.

El único otro niño en la familia era Frederick, el hijo de Alex. Y dado que el joven vizconde vivía en Inglaterra con Alex y Lydia, Christopher no veía al niño tanto como le gustaría.

Nunca se había considerado amante de los niños, pero el pequeño príncipe o princesa que llegaría alrededor de Navidad sería familia. Y una vez que Christopher se casara y tuviera un hijo, él o ella sería un compañero de juegos para el futuro rey.

—Su Alteza. —Jacob tomó asiento al otro lado del escritorio y colocó un montón de papeles sobre la superficie de roble. — Tal como solicitó, información de fondo sobre las familias, finanzas y amistades de sus invitados, con especial atención a las tres familias que

mencionó. Específicamente, las hijas de dichas familias.

Christopher se inclinó hacia adelante y tomó los papeles del escritorio, revisándolos uno por uno con ojo crítico.

—¿Hay una razón por la que los quería? —preguntó Jacob.

Christopher levantó la vista ante la pregunta.

—¿Necesito tener una razón? —respondió suavemente.

Jacob sonrió, imperturbable ante el tono frío de Christopher.

—¿Como futuro rey? Absolutamente no —respondió jovialmente. — Como mi cuñado... bueno, supongo que tampoco, pero me da mucha curiosidad.

Christopher suspiró y lanzó los papeles sobre la mesa antes de recostarse. La verdad era que Jacob se había convertido más en un amigo que en un súbdito desde que se casó con Harriet. Incluso en un hermano. Y si Christopher fuera honesto, era agradable tener a alguien con quien pudiera hablar abiertamente. Especialmente con Alex tan lejos jugando a ser un lord inglés.

—Tengo la intención de casarme con una de las hijas. —Hizo un gesto hacia los documentos en el escritorio.

Jacob parpadeó sorprendido.

—¿Lo hará? —finalmente rompió el silencio—. ¿Con cuál?

—Aún no lo he decidido —dijo Christopher—. Por eso pedí la información. Tengo algunas candidatas en mente basadas en lo poco que sé de las damas, pero revisaré la información que has reunido y luego elegiré a unas cuantas de las más adecuadas basándome en los criterios que he establecido para la futura reina.

Una vez más, Jacob parpadeó antes de que una sonrisa irónica iluminara su rostro.

—Qué romántico es —dijo, provocando una mirada de desaprobación de Christopher. — Cuide de no mencionar esos criterios cuando lleguen, Alteza. Es probable que todas se desmayen a sus pies.

Christopher puso los ojos en blanco ante el sarcasmo de Jacob.

Era una relación extraña la que tenían, reflexionó Christopher.

Por un lado, Jacob era un subordinado. Por otro, era su cuñado y amigo. Así que, aunque llamara a Christopher "su alteza", ciertamente no temía dar su opinión, incluso cuando no era deseada.

—¿Cuál es esa lista de criterios, entonces? —Jacob no se dejó perturbar por el silencio de Christopher.

Y Christopher, sorprendentemente, se encontró respondiendo.

—Alguien que entienda las presiones de la vida real. Alguien con excelente linaje y crianza. Alguien que haga una buena alianza para Aldonia. Y alguien en quien se pueda confiar para ser discreta.

—¿Discreta sobre qué? —preguntó Jacob. — ¿Negocios o placer?

Christopher frunció el ceño ante la pregunta, pero respondió de todos modos.

—No seré tan tonto como para discutir asuntos de negocios con la mujer que elija, no más —murmuró, recordando la traición de Althea.

—Entonces, placer. ¿Y no cree que una esposa se molestaría al tener que ser "discreta" sobre dónde pone su...?

—Eso será todo —dijo Christopher entre dientes, pero Jacob solo rio.

Hubo un silencio antes de que Christopher continuara.

—Necesito una alianza política. Una reina. La dama en cuestión debe ser lo suficientemente mundana como para entender cómo son las cosas. Se producirá un heredero, por

supuesto. Después de eso, mis asuntos son míos. Después de todo, seré rey.

—No conozco muchas esposas que estarían tan dispuestas a despedir a su esposo para que se ocupe de sus asuntos, Christopher —dijo Jacob lentamente, con suavidad. En ese momento, no hablaba como subordinado de un príncipe, sino de amigo a amigo.

Christopher no pudo contener una risa amarga.

—Subestimas el atractivo de la Corona, Jacob —dijo. — A ninguna dama le importará lo que haga ni con quién lo haga, siempre y cuando use una tiara mientras me despide.

—Creo que eres tú quien subestima algo aquí —replicó Jacob. — Una buena mujer, una mujer cariñosa, no querrá esa vida, por muchas joyas que traiga consigo.

Christopher permaneció obstinadamente callado.

Jacob no sabía las cosas que Christopher sabía. No entendía cuánto significaba una corona para algunas personas.

—Haga lo que quiera, Su Alteza. —El antiguo espía se levantó, con una rara expresión sombría en el rostro. — Pero si me permite darle un consejo...

Christopher suspiró y también se levantó. Prefería no ser sermoneado mientras aún estaba sentado.

—Mire a Harriet y a mí. —Jacob estaba completamente serio. — Mire a Alexander y a Lydia.

Christopher simplemente arqueó una ceja, esperando la conclusión.

—El amor nos llega inesperadamente —continuó Jacob. — Y no le importa tus planes ni tus criterios. No le importa lo que esté bien o lo que esté mal. Te toma por sorpresa y te arrastra. Simplemente te sucede. Y nadie, ni siquiera un futuro rey, puede controlarlo.

Christopher solo sonrió, aunque sabía que su expresión tenía poco de humor.

—Eso puede ser cierto, Jacob. Pero no dije que quisiera enamorarme. Dije que quería una esposa.

Jacob frunció el ceño y parecía que iba a decir algo más, pero Christopher no estaba de humor para escucharlo.

—El amor no tiene absolutamente nada que ver con eso —remató con firmeza.

Capítulo Dos

— Ojalá estos viajes no fueran tan odiosos. Tendremos que encontrarnos con la reina Anya todas arrugadas y desarregladas por el viaje.

Lady Lucia Allenwood frunció ligeramente el ceño al escuchar de nuevo la voz petulante de su hermana mayor en el reducido espacio del carruaje.

Trató de no dejarse molestar, pero en realidad, habían estado viajando en este carruaje durante la mayor parte de una semana, y eso después de un viaje de tres semanas desde la residencia de su padre en Surrey. Las quejas de Alice habían comenzado desde el muelle de Londres donde abordaron su barco, y ya estaba resultando extremadamente agotador.

El viaje había sido largo y cansador, sí. Pero también había sido idea de Alice. Cuando su tía escribió desde Aldonia para decir que viajaría al palacio para una estancia de tres semanas aquel verano, los ojos de Alice se iluminaron con bastante entusiasmo. Parecía como si estuviera preparándose para una batalla al sujetar la misiva. Fue bastante aterrador.

Alice había pedido —bueno, más bien exigido, como era su costumbre— que papá le permitiera escribir de inmediato a tía Ivy para que la invitara a ella también.

Alice había razonado que tía Ivy solo tenía una hija y era su madrina. Ella tenía el deber, argumentaba Alice, de ver a su ahijada bien casada. Y todos sabían que la crème de la crème de la sociedad europea asistiría a cualquier fiesta organizada en el Palacio Aldonio.

Papá había capitulado de inmediato en lugar de prolongar una conversación con alguna de sus hijas, como era su costumbre, y al final tanto Alice como Lucia se encontraron invitadas. Alice porque realmente deseaba ir. Lucia porque estaba segura de que tía Ivy nunca sería tan grosera como para dejarla fuera.

Alice estaba en las nubes de emoción. Lucia, menos.

No es que no disfrutara de los eventos sociales. De hecho, los encontraba bastante agradables. Toda la música, las risas, el baile y el champán.

Lucia amaba el champán, aunque solo lo había probado en contadas ocasiones. El champán le recordaba a los eventos sociales. Era frívolo y decadente y la hacía sentir sofisticada.

Quizás no tan sofisticada como Alice, quien había convertido ser una joven de la alta sociedad en una forma de arte. Pero más sofisticada de lo que solía sentirse siendo la miembro más joven y algo menos preparada de la estimable familia Allenwood.

Sí, lo disfrutaba inmensamente. Solo que no lo anhelaba de la manera en que lo hacía Alice.

Tía Ivy siempre había tenido un pequeño cariño por Lucy, como solía llamar a Lucia, desde su infancia.

Y dado que la madre de las niñas había fallecido cuando Lucy era solo una bebé, tía Ivy era la figura materna mimosa que ambas habían deseado siempre.

Aunque la distancia de un océano lo hiciera difícil, tía Ivy siempre había estado allí tanto como fuera posible para las hijas de su hermano.

¡Y quedarse en un palacio! Eso realmente sonaba a una gran aventura. Mamá habría estado emocionada por la invitación de sus hijas a quedarse en el Palacio Aldonio y codearse con la realeza, había dicho tía Ivy en su carta.

Y, por supuesto, Alice casi había arruinado a papá comprando vestidos para la ocasión.

Afortunadamente, estaban en la casa de Londres cuando llegó la confirmación de su

invitación, por lo que tuvieron acceso a las modistas más respetadas del país. Y cuando las indomables damas de la moda supieron que vestirían a las hijas de un conde no solo para otra temporada en Londres, sino para una fiesta *real*, también se emocionaron.

De hecho, le parecía a Lucy que la única que había mantenido la compostura había sido ella.

Si acaso, se sentía más aprensiva que emocionada. Porque ningún champán, vestido, conexión familiar, o lecciones de Alice la harían adecuada para vivir entre la realeza.

— Estoy segura de que habrá tiempo suficiente para refrescarnos antes de la audiencia con Su Majestad, — dijo ahora tía Ivy desde el otro lado del carruaje, donde estaba sentada junto a su hija, Penelope. — Luego podremos descansar y recuperarnos antes del baile de apertura de esta noche.

La mención del baile hizo que las damas charlaran alegremente, preguntándose si los vestidos que habían elegido serían suficientes, especulando sobre quién asistiría y por qué habían sido invitadas en primer lugar.

— ¿Estás segura de que seremos bienvenidas, tía Ivy? — Lucy expresó la duda que había estado cargando desde Londres. — Después de todo, no fuimos realmente invitadas.

— ¡Tonterías! — Tía Ivy desestimó de inmediato sus preocupaciones. — No es como si el palacio fuera demasiado pequeño para acomodarnos, — se rio. — Y tu querido tío fallecido era amigo del rey Josef. Sé que la familia real recibiría con gusto a cualquiera que yo trajera. Especialmente a dos invitadas tan encantadoras.

Lucy sacudió la cabeza ante el sesgo de su tía mientras Alice se pavoneaba a su lado.

Sin embargo, quizás tía Ivy tenía razón. ¿Qué eran dos invitados relativamente insignificantes, después de todo? No es como si siquiera hubieran llamado la atención de la familia real después de una primera introducción formal.

Y si el tío Gregor había sido amigo del rey, tía Ivy podría recibir más cortesía que otros

—Pronto nos estaremos acercando a las puertas del palacio —dijo la tía Ivy, corriendo la cortina de terciopelo aplastado de su ventana para mirar hacia afuera. — ¿Qué les parece la capital, mis queridas?

Alice apenas le dio una mirada rápida al paisaje que pasaba.

—Está bien. Confieso que para mí todas las ciudades se ven iguales.

—¡Alice! —Lucy se inclinó sobre su hermana para mirar la ciudad. — ¿Cómo puedes decir eso? No es como nada que haya visto antes.

—¿Te gusta entonces? —preguntó Penelope con una sonrisa.

—Me encanta —dijo Lucy de inmediato. Y realmente lo sentía así.

Desde el momento en que su barco había atracado en el puerto de Aldonia, Lucy se había sentido cautivada por el país. O por lo menos por la capital, ya que no había visto más que eso.

Pero, oh, era como algo salido de un cuento de hadas para niños.

Las aguas más azules bañaban las playas de piedra blanca a ambos lados del enorme y bullicioso puerto en el que su barco había atracado.

Las calles estaban adoquinadas y rodeadas de edificios blancos y relucientes. Y como telón de fondo, se alzaban las montañas más espectaculares, cubiertas de nieve, con su rica vegetación visible incluso desde el valle en el que se encontraba la capital.

Aunque Lucy estaba segura de que Aldonia tenía sus problemas, como cualquier país, no podía evitar sentirse enamorada del lugar.

Y ahora que se estaban acercando al barrio donde se encontraba el palacio, con sus magníficas casas señoriales resplandeciendo bajo el brillante sol de verano, pudo ver el edificio

en sí, elevándose majestuosamente hacia el cielo despejado, con sus torres blancas coronadas por cúpulas doradas que brillaban y esculturas elaboradas.

—Oh, Dios mío —susurró.

—Así es —dijo la tía Ivy felizmente, evidentemente complacida con la reacción de Lucy.

El carruaje se detuvo frente a un par de enormes puertas de hierro forjado y pudieron oír el sonido amortiguado del conductor de la tía Ivy dando sus nombres.

Después de un momento o dos, el carruaje volvió a ponerse en marcha y, al pasar por las puertas ahora abiertas, Lucy vislumbró el escudo de Aldonia y un par de guardias resplandecientes con chaquetas militares azul real adornadas con botones y trenzas plateadas.

El largo camino de grava por el que ahora viajaban estaba bordeado a ambos lados por un tipo de árbol que Lucy no reconocía, pero que florecía con hermosas flores blancas.

Entre los árboles, Lucy vislumbró césped verde, así como esculturas y abundantes flores. Apenas podía contener la emoción que le recorría el cuerpo, deseando salir corriendo y explorarlo todo.

Sabía, por supuesto, que primero tendría que conocer a la reina Anya. Aunque la presentación oficial ante la familia real sería más tarde esa noche, la amistad de la tía Ivy con la familia real era tal que la reina iba a recibirlas en su salón privado al llegar.

Lucy nunca avergonzaría a su tía o a su propia familia al no asistir a un evento organizado por una reina, por supuesto, pero no hubiera sido su primera elección de actividad.

Quería caminar. Estirar las piernas y respirar aire fresco.

En cambio, se sentaría con su hermana y su prima, hablando solo cuando se le dirigiera la palabra.

Esta regla había sido grabada en su mente por Alice, quien sabía que Lucy tenía la desafortunada costumbre de permitir que su boca dijera exactamente lo que su cerebro estaba pensando en cualquier momento, sin importar si debía hacerlo o no.

—Ah, ya llegamos.

El carruaje se detuvo frente al palacio y Lucy sintió que la mandíbula se le caía.

Se veía... pues, palaciego. ¿Qué otra palabra se podía usar para describir un edificio tan abrumador?

El camino circular estaba centrado por una extravagante fuente de mármol blanco que representaba a un Poseidón de aspecto temible flanqueado por criaturas marinas míticas.

Debía haber parecido ostentoso, pero situado frente al famoso palacio de Aldonia, era casi común.

—No pertenezco aquí —Lucy ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que su tía se inclinó y le apretó la mano.

—Perteneces a donde tú elijas estar, mi pequeña Lucy —sonrió la mujer mayor. — Y sé que Su Majestad quedará encantada contigo. Ya es muy aficionada a Penelope.

—Su Majestad es muy magnánima —sonrió Penelope con modestia.

Siempre era modesta, pensó Lucy mientras observaba a su prima, mientras los sirvientes y lacayos aparecían para escoltar a las damas fuera del carruaje.

Penelope era tan bonita, tan elegante. Se parecía a su difunto padre en la coloración, con los ojos y el cabello oscuros tan comunes en Aldonia. La tía Ivy, siendo inglesa, era mucho más rubia y, aunque ahora su cabello estaba encaneciendo, siempre había sido de un tono mucho más claro que el castaño chocolate de Penelope.

Y sus ojos eran del mismo azul oscuro que los de su hermana, la madre de Lucy, así como los de Alice.

Solo Lucy parecía haber heredado esos extraños ojos azul aguamarina que siempre la hacían sentir un poco incómoda, porque la gente los comentaba constantemente.

Incluso el cabello de Lucy era diferente al de su familia. Un rojo profundo y rico con destellos de castaño y cobre, en contraste con el cabello color caramelo de Alice y la tía Ivy.

Finalmente, la puerta del carruaje se abrió y el lacayo de la tía Ivy comenzó a ayudar a las damas a bajar.

Lucy levantó la vista para ver a dos guardias en la entrada del palacio, ambos elegantes e intimidantes al mismo tiempo.

Una mirada rápida a los terrenos que alcanzaba a ver mostraba aún más soldados dispersos por el lugar.

—El incidente que te conté —susurró la tía Ivy inclinándose. — ¿El intento de asesinato de hace dos años? Ha hecho que el príncipe Christopher sea sumamente celoso con la seguridad del palacio.

—No se le puede culpar —susurró Lucy de vuelta. — No puedo imaginar lo aterrador que debe haber sido.

—Exacto —dijo la tía Ivy mientras comenzaban a subir los escalones que conducían al interior del palacio. — Por supuesto, hizo un trabajo maravilloso manteniendo todo relativamente en silencio. Yo misma solo lo sé por la correspondencia de tu tío con el rey Josef.

Incluso ahora, más de un año después de su fallecimiento, los ojos de la tía Ivy se nublaban de dolor.

Su esposo había sido un hombre formidable. Un par de excelente linaje y distinción en Aldonia, aun así, había adorado a su esposa y sus hijos. Penelope era la menor de sus tres hijos, y la única niña. Ambos hermanos estaban casados y establecidos. Solo Penelope permanecía soltera.

Lucy sabía que su prima también debía haber sentido profundamente la muerte de su padre. Lucy ni siquiera había conocido a su madre y aún sentía punzadas de tristeza cuando pensaba en ella.

Esta visita al palacio era un honor, sin duda, y haría mucho bien tanto a la tía como a Penelope. Y no se podía negar que su padre había estado feliz de despedirlas, sin duda disfrutando de la idea de no tener que atender las necesidades de nadie más por un par de meses. O incluso reconocer su existencia.

El vestíbulo del palacio hizo que la mandíbula de Lucy volviera a caerse. Se sentía como un pez, abriendo y cerrando la boca cada dos segundos, pero en verdad, nunca había visto algo así. Era intimidante. La opulencia prácticamente rezumaba de las paredes.

Una multitud de sirvientes esperaba su llegada y de inmediato se dispusieron a mostrarles sus habitaciones en el ala este.

Lucy entró en la recámara que le habían asignado, y sus pies se hundieron de inmediato en la alfombra persa más lujosa, en tonos de azul. Un azul más claro adornaba las paredes y los cubrecamas de la lujosa cama de roble.

Las ventanas estaban abiertas, permitiendo que entrara una agradable brisa de verano, y Lucy se deleitó al ver que su habitación daba a un jardín de flores tan extenso que apenas podía divisar el muro al otro lado.

Desde allí, podía ver que los terrenos se extendían aún más allá de ese muro.

Todo aquí era tan elaborado, tan abrumador. Mucho más de lo que ella estaba acostumbrada.

Como hija de un conde, Lucy había considerado durante mucho tiempo que su vida era

una de privilegio y lujo. Y lo era. Pero ahora sabía con absoluta certeza que no se comparaba con la realeza.

—Mi lady.

Lucy se giró desde la ventana para ver a su doncella, Jane, entrar apresurada con un vestido recién planchado.

La eficiencia de Jane siempre era impresionante.

Los sirvientes habían llegado apenas unas horas antes que las damas, ya que la tía Ivy había insistido en visitar a una amiga que residía en la ciudad durante todo el año, y Lucy se sintió aliviada al ver que Jane había tenido tiempo de preparar uno de sus nuevos vestidos de tarde.

Era un diseño bastante simple, un azul pálido con mangas cortas en deferencia al clima cálido del verano. El escote cuadrado tenía un corte sencillo con solo una hilera de diminutos botones de perlas que llegaban hasta la cintura imperio.

Desafortunadamente, el grueso cabello de Lucy había luchado valientemente contra el arduo viaje, pero finalmente había perdido, y se necesitaban todas las impresionantes habilidades de Jane para hacerlo presentable para ser visto por una reina.

Lucy se negó a usar cualquier adorno extravagante para su cabello, eligiendo en su lugar una cinta blanca que era simple pero que combinaba bien con los botones blancos del vestido.

En conjunto, podría parecer más sencilla de lo que debería, pero siempre se sentía ridícula con los adornos y fruslerías que tanto disfrutaba Alice. Además, razonaba, el vestido venía de una de las mejores costureras de Londres, así que no podía estar tan mal.

—Su tía ha enviado un mensaje para recordarle que debe encontrarse con Su Majestad a las tres en punto, mi lady —dijo Jane mientras colocaba más horquillas en el cabello rebelde de Lucy. — No llegará tarde para la reina, ¿verdad?

Lucy ni siquiera pudo sentirse insultada por la pregunta. Jane sabía que Lucy tenía la pésima costumbre de llegar tarde, incluso a las ocasiones más importantes.

—No llegaré tarde, Jane —le aseguró a la joven doncella. — Estoy segura de que ya casi son las tres.

Se giró para mirar el reloj de bronce dorado en la repisa y su estómago se hundió.

—Ni siquiera son las dos —frunció el ceño. — ¿Qué se supone que debo hacer hasta entonces?

—Las otras damas están descansando, mi lady. O refrescándose.

—Oh —dijo Lucy débilmente. — Supongo que debería descansar también.

Pero no tenía ganas de descansar. Había estado sentada durante horas y estaba desesperada por estirar las piernas. Y estaba loca de ganas por empezar a explorar los lujosos jardines a su alrededor.

—Tal vez podría dar un pa...

—No, mi lady.

Lucy se detuvo, sorprendida por la exclamación de Jane.

—Por favor, mi lady. No vaya a pasear. Si llega tarde...

Lucy suspiró, exasperada.

—No llegaré tarde, Jane —dijo con firmeza. — Un paseo de media hora por uno de los jardines de flores. Nada más. Y no puedo quedarme aquí sentada, perdiendo el tiempo durante una hora. Me volveré loca.

Jane no parecía convencida, pero con un suspiro resignado sacó un ligero spencer blanco.

—¿Se quedará cerca del palacio, mi lady? —Jane parecía una gallina clueca.

—Lo haré —dijo Lucy mientras se apresuraba a salir, no fuera que Jane intentara bloquear la puerta.

Se despidió con la mano tanto del spencer como del sombrero de paja que Jane le ofrecía. No los necesitaba para un paseo rápido por los jardines y, a diferencia de Alice, a Lucy no le molestaba un poco de sol en la piel.

—No te preocupes tanto, Jane —dijo alegremente por encima del hombro. — Después de todo, ¿cuánto daño puedo hacer en treinta minutos?

Capítulo Tres

–Tus futuras esposas están llegando.

Christopher frunció el ceño ante el comentario frívolo de Jacob.

–Solo una de ellas será mi esposa, Jacob –respondió, aunque el otro hombre ya lo sabía perfectamente.

–Hmm. ¿Y ya has elegido a la afortunada, entonces? –preguntó Jacob con sarcasmo.

–¿Crees que alguna dama se sentiría desafortunada por llegar a ser reina algún día? –respondió Christopher con ironía mientras empujaba un pergamino por el escritorio para que Jacob lo revisara.

Sus opciones.

Sus posibles esposas.

Jacob estudió la lista, y luego lo miró por un momento.

–Creo que una dama que valga la pena se preocuparía menos por cumplir tus criterios que por ser amada –dijo simplemente. – Le importaría menos la Corona y más el hombre con el que se casa.

Christopher bufó.

Si Jacob realmente creía eso, estaba muy equivocado.

En la experiencia de Christopher, la Corona era lo único que interesaba a la mayoría de las mujeres.

Las que no, las que eran como Althea Furberg, que había arriesgado la cárcel o algo peor por este asunto del amor, eran más necias de lo que él podía tolerar. Aunque, para ser justos, Althea *había* estado interesada en la Corona. Solo que, cuando llegó el momento, había elegido esa tontería del amor por encima de su ambición ciega.

Lo único peor que una cazadora de coronas mercenaria era una romántica idiota.

–¿Te refieres a damas como Lady Althea?

Las palabras sonaron amargas, aunque no había tenido esa intención. En verdad, lo único herido por el comportamiento de Althea había sido el ego de Christopher.

Se giró justo a tiempo para captar el brillo peligroso en los ojos de Jacob. Dado que las maquinaciones de Althea habían llevado al secuestro de Harriet, Jacob no tenía más que desprecio por ella.

–Althea Furberg era una villana y, en mi opinión, un poco desquiciada –dijo Jacob. – Definitivamente, no alguien con quien se deba comparar a las demás damas.

–No, hay otras –Christopher se volvió hacia la ventana de nuevo. – Las que no se preocupan por nada más que por poner sus manos sobre la Corona.

Y había habido muchas de ellas.

Desde la desaparición de Lady Althea de la Corte, damas de toda Europa habían comenzado a aparecer, cada una de ellas dispuesta a hacer casi cualquier cosa para cruzarse en el camino del príncipe Christopher. Ninguna de ellas estaba interesada en otra cosa que no fuera el hecho de que él sería rey.

La mayoría ni siquiera lo disimulaba.

A él no le agradaba, pero lo respetaba. Al menos, pensaba cínicamente, eran honestas al respecto.

—Es un buen hombre, Alteza —dijo Jacob en voz baja. — Y tengo la mejor fuente que

asegura que no es desagradable de ver, aunque confieso que nunca me he fijado particularmente.

Christopher puso los ojos en blanco ante las tonterías de Jacob.

—Deberías olvidarte de tus listas y permitirte enamorarte.

La conversación empezaba a incomodar a Christopher, aunque no sabía decir por qué.

Había reducido la lista de damas a tres posibles candidatas. Había estudiado sus antecedentes, sus intereses y su linaje.

Lo último que necesitaba era que Jacob sembrara dudas o ideas fantasiosas e indeseadas en su mente.

Se había fijado una meta y estaba decidido a seguirla.

—Eso es todo —dijo en tono de despedida, incluso de forma brusca.

Pero Jacob no dijo nada. Simplemente asintió y se dispuso a retirarse.

—Una cosa más... —dijo Jacob, dándose la vuelta antes de cruzar el umbral.

Christopher levantó una ceja, esperando.

—Es como te dije antes —dijo Jacob. — El amor no es algo que elijamos. Es algo que nos sucede. Solo... mantén una mente abierta. Y un corazón abierto.

—Mi hermana ha tenido demasiada influencia sobre ti, Lauer —respondió Christopher.

Pero a Jacob no pareció importarle.

Con otra rápida sonrisa, se fue, y Christopher volvió a quedarse solo.

Sin embargo, la conversación con Jacob lo había dejado inquieto.

Deambuló hasta el escritorio y repasó con la mirada la lista corta de candidatas:

Princesa Sylvie de Berent.

Duquesa Real Dorothea Von Shull.

Lady Penelope de Bonne.

Las tres damas tenían un excelente linaje. Y un matrimonio con cualquiera de las dos primeras formaría un vínculo político sólido para Aldonia.

La tercera, Lady Penelope, era hija de un excelente amigo de su padre, el Conde de Bonne.

Sabía que su padre estaría complacido con esa unión.

Recordaba vagamente haber visto a la dama en algunas ocasiones. No recordaba mucho de ella. Pero no había sido ofensiva, y por ahora, eso sería suficiente.

Recordaba que su madre mencionó que la condesa de Bonne traería a sus sobrinas. Las hijas de algún noble de Inglaterra.

Alex y Lydia llegarían la próxima semana y podrían estar relacionados con esas damas.

Pero, dado que no sabía nada de las chicas, y que no había ninguna razón ventajosa para considerar a una dama inglesa como esposa, Christopher no les dio más que un pensamiento fugaz.

"Solo mantén una mente abierta. Y un corazón abierto."

Christopher maldijo en voz baja mientras las palabras de Jacob resonaban en su cabeza.

Lo último que necesitaba era distraerse con pensamientos tan absurdos.

Deambulando una vez más hasta la ventana, miró hacia los jardines. El laberinto favorito de sus padres estaba justo a la derecha de su campo de visión.

Después del intento de asesinato del duque de Tallenburg hace dos años, había trasladado sus oficinas a este lado del palacio, para poder vigilar más de cerca las cosas.

Sus padres no estaban allí ahora, por supuesto. No era común que su padre se sintiera lo suficientemente fuerte como para caminar por sus queridos jardines, y su madre estaría ocupada preparándose para recibir a la condesa de Bonne y su comitiva.

Un movimiento a su izquierda captó su atención, y Christopher dirigió la mirada a uno de los jardines de rosas amurallados.

Allí.

Una figura femenina solitaria estaba de pie en el jardín.

Mientras Christopher observaba, ella inclinó la cabeza hacia una de las abundantes rosas e inhaló su fragancia.

Lo invadió una extraña sensación.

Desde donde estaba, solo podía ver un vestido azul que cubría una figura pequeña y esbelta, y una abundancia de rizos rojos, brillantes y encendidos bajo la luz del sol.

Y, sin embargo, algo se agitó dentro de él al verla.

Ella se dio vuelta y él vio, con la garganta repentinamente seca, que aunque era esbelta, ciertamente era curvilínea de la manera más maliciosamente femenina.

Su rostro seguía siendo algo borroso y, de manera extraña, Christopher se sintió frustrado por no poder verla con claridad.

Estaba ocupado. Más que ocupado. Tenía un país que gobernar y una esposa por la que decidirse.

Sin embargo, no podía apartar la mirada de la joven en el jardín.

¿Quién era? Ciertamente no alguien de su conocimiento. Si nada más, habría recordado ese cabello.

Frunció el ceño mientras la veía mirar a su alrededor, como si se asegurara de que nadie la estuviera observando.

Desde el intento de asesinato de hace dos años, Christopher estaba en constante alerta ante comportamientos sospechosos o preocupantes.

Sin embargo, aunque esta desconocida en el jardín actuaba de manera furtiva, no se sentía preocupado. De hecho, solo se sentía intrigado.

Pero eso era una tontería, como bien sabía. Christopher había aprendido por las malas que las mujeres, incluso las más encantadoras y aparentemente inocentes, eran capaces de las peores traiciones y comportamientos.

Estaba a punto de llamar a los guardias apostados en la entrada de los jardines.

Pero algo lo detuvo, aunque no sabía decir qué era ni por qué.

Mientras miraba, debatido entre observar y actuar, su mano se estiró y arrancó una de las famosas rosas de Aldonia.

Una risa de sorpresa escapó de Christopher al verla moverse de un arbusto a otro, repitiendo la acción una y otra vez hasta haberse robado un verdadero ramo.

¡Vaya, qué pequeña ladrona!

No podía apartar la mirada. Al igual que no podía encontrar en sí mismo otra cosa que no fuera fascinación e incluso diversión ante sus acciones.

Su cabeza se levantó de repente, y sus manos se escondieron detrás de su espalda mientras se apresuraba hacia la salida del jardín.

Antes de que diera más de unos pocos pasos, apareció otra dama. Esta más alta y algo más delgada, con el cabello de un color más miel que el glorioso rojo de la ladrona.

Pero había algo de parecido entre ellas. Algo que llevó a Christopher a pensar que eran parientes.

Las damas hablaron por un momento antes de que la más alta se diera vuelta y saliera del jardín, con la espalda rígida y la barbilla alzada.

La atención de Christopher se volvió inmediatamente hacia la más pequeña. Incluso

desde allí, pudo ver cómo suspiraba antes de apresurarse tras la otra dama, manteniendo las manos y su botín escondidos detrás de su espalda todo el tiempo.

En cuestión de momentos, había desaparecido.

Christopher negó con la cabeza y se alejó de la ventana.

No tenía tiempo de dejarse intrigar por una misteriosa señorita de dedos largos.

Sin embargo, incluso mientras intentaba concentrarse en una de las muchas, muchas tareas que necesitaban su atención, se dio cuenta de que estaba intrigado de todos modos.

Capítulo Cuatro

—Sabía que llegarías tarde.

—No llego tarde.

Lucy cerró rápidamente la boca cuando Alice se giró para lanzarle una mirada furiosa.

—Vamos —siseó Alice, y Lucy, en lugar de discutir, decidió que era más prudente hacer lo que se le pedía.

Se apresuró detrás de Alice, volviendo corriendo al palacio.

De vez en cuando, las rosas detrás de su espalda le pinchaban los dedos, pero no se atrevía a moverlas.

Apostaría todo su dinero de bolsillo a que Alice se desmayaría de puro horror si supiera que Lucy había estado robando flores del jardín real apenas una hora después de su llegada.

Ni siquiera sabía qué la había llevado a hacer tal cosa. No es que no supiera lo mal que estaba.

Pero esas flores, rosas aldonienses según la placa en el jardín, eran las más hermosas que había visto jamás, y realmente quería un recuerdo de su aventura real. Así que pensó que unas cuantas de sus flores nacionales, prensadas entre las páginas de uno de sus libros, serían un recuerdo inofensivo y encantador.

Y, continuaba diciéndose con culpa, no era como si hubiera robado las joyas de la corona. ¿Qué daño podían hacer unas pocas flores?

Llegaron a la escalera que llevaba a sus aposentos, y Lucy se giró para subir rápidamente y dejar las flores en su habitación.

—¿A dónde crees que vas?

Se dio la vuelta de inmediato ante la mordaz pregunta de Alice, agradecida de que su hermana no pareciera haber visto el botín de su crimen.

—Er... solo necesitaba ir a mi habitación.

—Creo que no —dijo Alice. — No vas a llegar tarde para conocer a la reina, Lucia Allenwood. ¿Me oyes?

—Pero... pero...

—Nada de peros —el tono de Alice no dejaba lugar a discusión. — Ahora, *vamos*.

Lucy se quedó en el primer escalón de la escalera, sus ojos oscilando entre los escalones y la espalda de Alice, que se alejaba rápidamente.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

¿Era peor llegar tarde a conocer a un miembro de la realeza o presentarse con flores robadas de su jardín?

Había sido una tontería impulsiva robar las flores.

Después de todo, tenía tres semanas. Habría tenido muchas oportunidades de conseguir su recuerdo.

Ahora estaba atrapada.

Un sonido en lo alto de la escalera llamó su atención, y levantó la vista hacia el rostro más apuesto que había visto en su vida.

Lucy sintió que se le caía la mandíbula mientras sus ojos recorrían al hombre en la escalera, casi por voluntad propia.

Era alto. *Muy* alto. ¡Y sus hombros eran tan anchos! Llenaban su abrigo azul marino de

una manera espectacular.

El estómago de Lucy tembló de la forma más extraña cuando el hombre bajó la escalera hacia ella.

Su cabello era negro como la noche, y sus ojos, notó con un tropiezo en su corazón, eran los más oscuros y pecaminosos que había visto jamás.

No sabía en qué parte de él fijarse más. La mandíbula cincelada, los sorprendentemente carnosos labios, los ojos diabólicos...

Dios, estaba a punto de desmayarse, y ni siquiera sabía quién era.

Ahora estaba más cerca, y pronto estaría en su camino. Se preguntó cómo se sentiría si él la rozara para pasar, y ese pensamiento escandaloso la sacudió, haciéndola moverse.

Eso, y el impaciente "Lucia" que resonó en el pasillo.

El hombre se había detenido y la miraba expectante, como si estuviera esperando algo. ¿De ella?

Sabía que no debía hablar con un hombre al que nunca había conocido, y, sin embargo, allí estaba él... esperando.

Qué raro.

—Lucia Allenwood. Ven aquí *ahora*.

La voz de Alice resonó por el pasillo, aunque estaba fuera de la vista, pero fue suficiente para asustar a Lucy y hacerla actuar.

Sin pensar en nada más que deshacerse de su contrabando antes de que la reina la decapitara o algo peor, Lucy sacó las flores de detrás de su espalda y se las extendió al hombre gigante que la miraba fijamente.

—Tome, lléveselas —susurró con urgencia.

Él no las tomó, en cambio parpadeó sorprendido y luego frunció el ceño hacia ella como si fuera una curiosidad en un museo o algo así. Una que no era particularmente agradable.

—¡Lucia!

—Oh, por favor, rápido. —Las agitó frente a su nariz. — ¡Voy a ser *asesinada*! Solo... solo tómelas. ¡Rápido!

Para su alivio, él extendió una mano, aunque todavía parecía tan horrorizado como si ella le estuviera entregando un cadáver.

Sus dedos se rozaron cuando ella prácticamente le lanzó las rosas, y se sorprendió por la sensación de conciencia que atravesó su brazo con el contacto.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso ahora.

—Gracias —susurró con una sonrisa agradecida antes de girar sobre sus talones y correr por el pasillo tras su hermana tan sufrida.

Podría ser un poco extraño, este alto y apuesto desconocido.

Pero al menos la había ayudado a evitar una vergüenza frente a la familia real de Aldonia.

***

—¡Christopher, ahí estás! ¿Hiciste...? ¿Qué estás haciendo?

El sonido de la voz de su hermana sacó a Christopher de su aturdimiento y se giró para ver a Harriet apresurándose hacia él.

—¿Son esas flores? ¿De dónde las sacaste?

Ella se detuvo a su lado, frunciendo el ceño hacia las rosas en su mano.

Christopher sacudió ligeramente la cabeza, sin saber muy bien cómo responderle.

"Me las lanzó una mujer loca" sonaría increíble, pero eso fue exactamente lo que había sucedido.

No podía entender del todo lo que acababa de suceder.

¿Acaso él, el Príncipe Heredero de Aldonia y futuro rey, había sido asaltado por una hermosa pero claramente desquiciada desconocida que no parecía saber, o quizás no le importaba, quién era él?

Y aún más extraño, ¿acaso había hecho realmente lo que ella había exigido y aceptado sus malditas flores?

Bueno, sí. Lo había hecho. Porque estaba aquí sosteniéndolas como un tonto.

Afortunadamente, ninguno de los guardias estaba lo suficientemente cerca como para haber sido testigos del extraño intercambio. Y por pura suerte, ninguno de los sirvientes del palacio había pasado por allí.

Solo podía imaginar cómo se hubieran esparcido los rumores si alguien hubiera visto al Príncipe Christopher siendo ordenado por la pequeña y hermosa rareza que había espiado en los jardines.

Lucia. Eso era lo que la otra dama había susurrado por el pasillo hacia ella.

De alguna manera, no le quedaba bien. Parecía demasiado apropiado para alguien tan... bueno, no apropiado.

—Eh, sí. —Christopher recordó responder a su hermana—. Yo... ellas.... —Buscó algo que decir y vio cómo los ojos de Harriet se agrandaban.

Christopher *nunca* dudaba sobre qué decir. *Nunca* titubeaba. Nunca.

Una vez con una mujer loca con los ojos más hermosos que había visto, y había perdido la capacidad de hablar.

En ese momento, una sirvienta se deslizó junto a ellos, deteniéndose para hacer una reverencia antes de seguir rápidamente.

—Espere.

La chica giró de vuelta, con los ojos redondos como platos.

Se veía aterrorizada, notó Christopher con una mueca.

Pero luego, razonó, nunca se dirigía al personal de la casa. No solía estar cerca para hacerlo, de todos modos.

—¿S...sí, Alteza? —balbuceó.

Christopher extendió las flores.

—Tome estas —dijo distraídamente.

La chica casi convulsionó de tanto que temblaba al alcanzar las flores antes de apresurarse a irse.

—Christopher, ¿qué demonios estás *haciendo*?

Harriet lo miró frunciendo el ceño, y él le devolvió la misma expresión.

—Nada. —No le gustaba cómo sonaba defensivo. — ¿Y tú qué *haces*?

Harriet lo miró como si le hubiera salido otra cabeza.

—Iré a tomar té con Madre. La Condesa Bonne ha llegado con su séquito.

—Ah —dijo Christopher por decir algo más.

La Condesa Bonne. Su hija, Penelope, estaba en su lista.

Un repentino malestar se aguzó en su interior mientras comenzaba a adivinar quién podría ser la hermosa ladrona del vestido azul.

—Nunca estás en esta parte del palacio —continuó Harriet. — Y ciertamente nunca estás de pie sosteniendo flores. ¿Qué está pasando?

—Nada —dijo bruscamente. — Solo... necesitaba algo. Pero ahora, ya no.

Sabía que estaba divagando como un lunático. Y sus excusas eran tan endebles como su

verdadera razón para estar allí.

Pero no iba a admitirle a Harriet que había venido aquí por ella. ¡La dama del vestido azul! ¡La ladrona! ¡La mujer loca!

—Hmm.

Había una gran cantidad de cosas no dichas en ese ruido, pero Christopher sabía que era mejor no quedarse y permitir que Harriet lo interrogara. Ella tenía una habilidad inquietante para sacar la verdad de las personas.

—Bueno, tengo un país que gobernar —dijo Christopher. — Disfruta de tu té.

Se dio la vuelta para correr de nuevo por las escaleras y hacia el santuario de sus habitaciones privadas. Con suerte, encontraría su cordura perdida en el camino.

Pero antes de haber avanzado más de unos pocos pasos, se detuvo y se giró nuevamente.

—Harri.

Su hermana se detuvo en su camino por el pasillo y se volvió para levantar una ceja inquisitiva.

—La Condesa Bonne —empezó. — ¿Con quién viene?

Harriet entrecerró los ojos con sospecha, pero él había sido hábil en mantener una expresión estoica frente a los buscadores de información. Esa era la suerte de un político y un príncipe.

Cuando quedó claro que no iba a revelar nada, Harriet se encogió de hombros.

—Su hija, la Señorita Penelope, por supuesto —respondió. — Y sus sobrinas de Inglaterra. La Señorita Alice y su hermana menor, la Señorita Lucia. Son las hijas de un conde.

Señorita Lucia.

Eso significaba que la otra dama era su hermana, la Señorita Alice.

Eso también significaba que ella era prima de una de sus posibles novias.

Y aunque eso no debería ser un problema, lo sentía como uno.

Capítulo Cinco

Lucy sentía que ya casi se había recuperado de su momento de locura en los jardines más temprano.

Menos de su encuentro con el oscuro y apuesto extraño en las escaleras.

Ahora que había superado la introducción con la Reina Anya sin incidentes, su mente estaba libre para divagar.

Y divagaba directamente hacia él.

Se preguntaba, por ejemplo, quién era.

Seguramente no un lacayo ni nada parecido. No vestido como él lo había estado.

Quizás era un miembro del personal del Príncipe Christopher.

La Princesa Harriet había mencionado que su propio esposo trabajaba directamente con el príncipe. Quizás su inesperado ayudante también lo hacía.

Quienquiera que fuera el hombre misterioso, era obviamente importante. No solo por el excelente corte y calidad de su ropa. Sino porque se había comportado con tanta confianza. Irradiaba importancia y poder.

Y Lucy lo había tratado como si no fuera más que un sirviente.

Incluso ahora, sus mejillas se enrojecían de vergüenza.

Pero, trató de levantar el ánimo mientras bebía su té y escuchaba a la Tía Ivy conversar con la reina, no se había avergonzado frente a la Reina Anya y se sorprendió gratamente por lo amigable y cálida que era la Princesa Harriet.

Mientras que la Reina Anya era reservada y muy contenida, la Princesa Harriet había hablado sin parar como si fueran todos viejos amigos desde el momento en que los habían presentado.

Lucy podía imaginarse haciéndose amiga rápidamente de la hermosa princesa, por increíble que le pareciera. ¡La alta sociedad se volvería del revés si Lucy volviera a casa con una princesa como amiga!

Y aunque la Reina Anya había dado detalles educados pero superficiales sobre el resto de la familia real, la Princesa Harriet hablaba abiertamente sobre su hermano, el Príncipe Alexander, o el Conde de Huntsforth como se le conocía en Inglaterra, y la Señora Huntsforth.

Lucy había conocido brevemente al príncipe en algún evento social en Londres. Ella recordaba que había sido sorprendentemente apuesto. Y muy encantador.

Su esposa había sido hermosa y amable, y el amor entre ellos era obvio.

Esta familia real aldonia parecía amar profundamente, pues la Princesa Harriet sonaba igual de enamorada de su esposo como el Príncipe Alexander claramente lo había estado de su esposa.

Sin embargo, el Príncipe Heredero parecía bastante diferente a sus hermanos.

—*El Príncipe Christopher tiene responsabilidades variadas* —había dicho la Reina Anya.

—*Christopher ni siquiera miraría a una dama el tiempo suficiente para enamorarse* — había susurrado la Princesa Harriet conspirativamente, poniendo los ojos en blanco. — *Me preocupaba que se casara con la mujer más odiosa que he conocido. Pero, afortunadamente, todo quedó en nada*.

Después de hablar sobre la familia real, la Reina Anya sugirió que visitaran la galería que

albergaba los retratos de la familia y sus numerosos, numerosos, numerosos antepasados ilustres.

Lucy solo esperaba que su expresión no se hubiera caído.

Le parecía horriblemente aburrido, aunque la Tía Ivy, Penelope y Alice parecían más que felices de ir.

Sin embargo, la Princesa Harriet, sorprendentemente, vino a su rescate.

—Por favor, discúlpeme —dijo dulcemente, levantándose y arrastrando a Lucy con ella. — Pero prometí a la Señorita Lucia que la llevaría... eh... a la biblioteca antes de la cena.

Las otras damas parecían bastante sorprendidas, aunque su propia familia nunca discutiría con una princesa, y la reina no parecía muy interesada, en realidad.

Una vez que Lucia escapó de la sala con el brazo firmemente colocado en el de la Princesa Harriet, la princesa se volvió hacia ella con la sonrisa más traviesa en el rostro.

—Espero que no le importe —dijo una vez que habían caminado una buena distancia desde el salón privado de la reina. — Pero necesitaba una excusa para salir de eso. Ya sé cómo luce mi familia. ¡No necesito estar parada mirando sus retratos!

Lucy no pudo contener su sonrisa ante la artimaña de la princesa.

—Confieso que tampoco es mi pasatiempo favorito, Alteza —dijo.

—Hmm. Lo sospeché. Creo que somos bastante parecidas, usted y yo. Creo que seremos amigas.

Lucy se sorprendió, pero se sintió complacida con la afirmación de la Princesa Harriet.

—Yo también. —Sonrió tímidamente.

—¿Cómo conseguiste salir de la visita a la galería de retratos?

Las damas se volvieron al sonido de una voz masculina que se aproximaba.

Lucy sintió que sus ojos se ensanchaban ligeramente al ver a un hombre alto y de anchos hombros acercándose a ellas, con una sonrisa en el rostro.

¡Dios mío, los hombres en Aldonia eran muy apuestos!

Mientras que su misterioso hombre de antes había sido todo oscuridad y pecado, este hombre era rubio y de ojos azules. Una vista inusual entre los rasgos más oscuros que había visto en Aldonia.

El caballero se detuvo frente a ellas, su mirada volviéndose casi lobuna al mirar a la princesa.

—La Señorita Lucia me ayudó —dijo la princesa ahora, con una sonrisa iluminando su rostro. — Gracias a Dios. No creo que hubiera podido mantenerme despierta si hubiera ido con ellos.

—Eres una princesa terrible, ¿sabes eso?

Lucy frunció el ceño ante las palabras del hombre. Seguramente, no era adecuado dirigirse a la Princesa Heredera de manera tan informal.

—Y tú eres un esposo terrible —respondió la princesa. — Por insultar a tu esposa de esa manera.

Los ojos de Lucy pasaron de uno a otro.

Por supuesto. De repente, el brillo posesivo en sus ojos y el delicado rubor en las mejillas de la Princesa Harriet tenían sentido.

—Bueno, dado que lograste salir temprano del compromiso de esta tarde, ¿quizás pueda compensártelo?

Lucy habría tenido que estar ciega para no notar la mirada cargada de emoción intercambiada entre el esposo y la esposa.

—Compórtate frente a mi nueva amiga —dijo la Princesa Harriet con firmeza, aunque su

voz temblaba un poco.

Por alguna extraña razón, la mente de Lucy voló al hombre de cabello oscuro de las escaleras.

—Señorita Lucia Allenwood, mi esposo incorregible, el Sr. Jacob Lauer. Querido, mi nueva amiga, la Señorita Lucia.

La princesa era todo un personaje, pensó Lucy mientras hacía una reverencia en respuesta al saludo del Sr. Lauer.

Y Lucy se sentía completamente a gusto con ella.

—Señorita Lucia —dijo el Sr. Lauer, enderezándose y sonriendo cortésmente hacia ella. Era considerablemente más alto que ella, pero no, pensó Lucy, tanto como el hombre misterioso.

¿Y por qué su mente seguía regresando a él?

—Nuestro delegado inglés —bromeó. — ¿Es la prima de la Señorita Penelope, entonces? ¿La sobrina de la Condesa Bonne?

—Así es —respondió.

Le pareció bastante extraño que el hombre mencionara a Penelope por su nombre. Y a juzgar por el ceño de la Princesa Harriet, ella también lo encontró extraño.

—Bueno, es un placer conocerla —dijo él, sin dar ninguna pista sobre el motivo de su pregunta. — Mis disculpas, Lady Lucia, por interrumpir su tarde.

—No hay problema, señor Lauer —respondió ella apresuradamente. — No me molesta en absoluto. De hecho, no me importaría retrasar nuestra visita a la biblioteca para otro momento, Alteza —dijo, dirigiéndose a la princesa.

—¿Está segura? —preguntó la princesa. — Sé que no pidió ir a verla, pero es realmente espectacular.

La verdad era que a Lucy le encantaría ver la biblioteca. Pero estaba tan distraída por su encuentro anterior que no creía que pudiera apreciarla del todo.

Además, no quería interrumpir a la pareja enamorada, dándoles la oportunidad de pasar tiempo a solas.

Podía imaginar que debía ser difícil, dado que ambos vivían en el palacio y tenían una enorme cantidad de responsabilidades, según lo que la reina Anya había dicho en el té.

—Sí, estoy... estoy algo cansada y me gustaría refrescarme antes del baile de esta noche.

—Oh, claro que sí —dijo la princesa Harriet con simpatía. — Vaya y disfrute de algo de paz y tranquilidad —añadió.

—Si está cansada, mi lady, quizás debió haber ido a la galería. La habría puesto a dormir casi de inmediato —dijo el señor Lauer con una sonrisa, ganándose un golpecito juguetón en el brazo por parte de su esposa.

Lucy se despidió apresuradamente de la pareja, girando para regresar rápidamente por el pasillo.

Esperaba poder encontrar su camino de vuelta a través de los enormes y laberínticos pasillos del palacio.

Y esperaba, aunque no debería, volver a encontrarse con su misterioso hombre.

Capítulo Seis

La información que solicitaste. Espero que sepas que interrumpiste algo muy importante entre mi esposa y yo.

Christopher puso los ojos en blanco al leer la nota de Jacob. Estaba bastante seguro de que no tenía el más mínimo deseo de saber qué había interrumpido entre Harriet y Jacob cuando envió el mensaje de que necesitaba información sobre las sobrinas de Lady Bonne con urgencia.

No podía criticar la capacidad de Jacob para hacer su trabajo, y repasó con la mirada los detallados informes sobre las hermanas inglesas.

Alice era la mayor por dos años, leyó.

Su padre era un acaudalado y respetado noble inglés con un título lo suficientemente antiguo como para ser impresionante.

Las chicas habían asistido al mismo internado.

Lady Alice había sido presentada en la corte británica hacía cuatro años, Lady Lucia hacía dos.

Ambas damas habían sido bien recibidas y tenían dotes considerables.

El informe le contaba todo y nada.

Le proporcionaba información básica sobre la dama de azul y su familia. Pero no explicaba por qué una dama de tal calibre robaría flores y, de forma bastante extraña, se las arrojaría al príncipe heredero antes de desaparecer.

Con un suspiro de frustración, Christopher lanzó el pergamino a un lado, donde cayó encima de su lista de posibles novias.

Princesa Sylvie de Berent
La duquesa real Dorothea Von Shull
Lady Penelope de Bonne

Esas eran las damas que había elegido. Esas eran las damas en las que debía concentrarse.

Esta Lady Lucia no era importante. En verdad, salvo la presentación oficial en el baile de esta noche, tendrían poca, si acaso alguna, interacción.

Su madre mantendría ocupadas a las damas la mayor parte del tiempo. Christopher solo asistiría a los eventos de los que no pudiera excusarse o en los que decidiera conocer mejor a una de las damas de su lista.

Sabía lo suficiente como para entender que la información de fondo no determinaría una pareja adecuada. Tendría que conocer a cada dama, ver si eran compatibles.

Y esta Lady Lucia...

Los pensamientos de Christopher se detuvieron en seco cuando una imagen de la dama irrumpió en su mente.

Desde lejos, había notado que tenía el cabello más glorioso. Sabía que era esbelta y femenina de una manera que le secaba la garganta.

Pero verla de cerca. Ver su rostro.

Eso lo sacudió.

De formas que no había anticipado ni particularmente deseado.

Era hermosa. Desquiciada, pero hermosa.

Había pensado que su cabello sería su mayor atractivo, pero se había equivocado. De hecho, era difícil decidir qué era más hermoso. Los labios de capullo de rosa, la piel pálida y

clara, o esos ojos.

Christopher tragó ante un inesperado y sumamente inconveniente nudo en la garganta.

Nunca había visto ojos de ese color. Rodeados de espesas pestañas rizadas, eran del color del océano más claro en un día de verano. Un azul aguamarina que literalmente lo había dejado sin aliento.

Aunque eso podría haber sido porque ella le había arrojado las flores que había robado de su jardín.

Christopher se volvió hacia la ventana para contemplar la escena del crimen.

Lady Lucia podía ser bastante poco ortodoxa, por decir lo menos. Pero era de la alta sociedad. La hija de un noble.

Sabría hacer una reverencia ante la realeza. Sabría que no debía lanzar flores antes de salir corriendo por un pasillo. Estaba seguro de ello.

La única explicación lógica para su comportamiento era que no sabía quién era él.

Por sorprendente que fuera, dado que estaba en el palacio real y su retrato colgaba en más de un lugar, Lady Lucia no tenía idea de que había tenido un encuentro con el príncipe heredero.

Quizás lo más extraño era el hecho de que a Christopher le agradaba enormemente esa idea.

Y se encontró de pie, mirando el jardín cuando debería estar haciendo cualquier cantidad de otras cosas más importantes, deseando volver a verla, volver a hablar con ella, mientras aún no supiera quién era él.

Sería imposible, por supuesto.

Tonto, también.

Esta no era una mujer que le interesara.

Esta no era una mujer de la lista.

Y sin embargo...

El reloj dio la hora, llamando su atención.

En solo dos horas, sus invitados llegarían al salón de baile; las jóvenes damas serían presentadas ante la familia real.

Tendría que estar allí, por supuesto. Después de todo, fue idea suya que esto sucediera en primer lugar.

Quisiera o no, en dos horas tendría que ocupar su lugar en el estrado que sostenía el trono, pararse al lado de su padre y observar la procesión de jóvenes damas que se presentarían.

Eso significaba ignorar a la extraña Lady Lucia y su aún más extraño encuentro con ella.

Significaba hacer lo que siempre hacía, lo que siempre debía. Seguir con el trabajo de ser el príncipe heredero y gobernante de Aldonia. Y concentrarse en una mujer que no lo hiciera sentir inquieto ni intrigado de manera extraña. Concentrarse en cambio en una mujer que no le hiciera sentir nada en absoluto.

***

—Oh, Lucy. ¿No es hermoso?

Lucy solo pudo asentir ante la emocionada pregunta de su prima mientras se encontraba en la entrada del salón de baile más elaborado y amplio que jamás había visto.

Incluso cuando fue presentada en la corte, no se había sentido tan abrumada.

Tal vez se debía a que estaba en este país extranjero y hermoso. Tal vez a los altos techos abovedados cubiertos de satén blanco y las miles de velas iluminando la habitación y reflejándose en las joyas brillantes que llevaban las invitadas, haciendo que pareciera estar en un sueño.

Tal vez se debía a las cientos y cientos de hermosas rosas aldonianas que la habían fascinado tanto antes en el día y que llenaban cada superficie disponible.

Por supuesto, pensar en las rosas la llevaba directamente a pensar en el hombre con el que se había encontrado en la escalera. El hombre que había ocupado demasiados de sus pensamientos desde esa tarde.

Durante todos sus preparativos para el baile, mientras se sumergía en un baño de rosas, mientras se sentaba y le rizaban y prendían con peines de diamantes y zafiros su cabello, mientras se vestía con su vestido de satén azul aguamarina, Lucy había pensado en el hombre.

Y ahora, de pie en la sala más hermosa, sus ojos lo buscaban.

Tonto. Ridículo, incluso. Había sido una conversación, ¡menos de cinco minutos!

Nada que le hiciera perder la cabeza, y ciertamente nada sobre lo que debería estar obsesionándose ahora, cuando había tanto para distraerla.

Justo entonces, tía Ivy fue abordada por una mujer anciana y delgada como un palo, con un elaborado tocado de plumas de pavo real, y tras una breve presentación, las damas comenzaron a conversar en serio, inclinando alarmantemente sus cabezas, con las plumas de pavo real balanceándose.

Penelope estaba señalando a “solteros de importancia,” como ella los llamaba, a Alice.

Y Lucy quedó prácticamente a sus anchas.

Un vistazo al elegante reloj de pie en el vestíbulo por el que acababan de pasar le había mostrado que tenían treinta minutos antes de que llegara la familia real y las damas fueran presentadas.

Había abundantes rumores sobre la razón detrás de las invitaciones a este evento tan exclusivo.

La especulación era que el príncipe Christopher elegiría a una novia entre las invitadas. Incluso ahora, la amiga de tía Ivy susurraba tras su abanico.

—Parece probable que el príncipe haya invitado a posibles novias, si consideramos la lista de invitados —dijo la mujer de nariz afilada.

—¿De verdad? —exclamó tía Ivy.

—Y es seguro que su propia chica será candidata.

Lucy frunció el ceño y lanzó una mirada a su prima.

Penelope era hermosa y de impecable linaje. Y era totalmente posible que estuviera emocionada ante la idea de ser la futura reina de Aldonia.

Pero nunca había mencionado haber tenido siquiera una conversación significativa con este príncipe Christopher.

¿Cómo podía ser una potencial novia si ni siquiera se conocían?

¿Se esperaba que Penelope, junto con estas otras posibles novias, desfilara hasta que el príncipe decidiera que le gustaba el aspecto de una de ellas?

¡Era como elegir una montura en Tattersalls, por el amor de Dios!

¿Y la compatibilidad? ¿Y el romance? ¿Y el amor?

No entendía esa actitud en casa, y no la entendía aquí.

La delgada dama seguía hablando, y Lucy se inclinó más cerca para escuchar, espiando descaradamente.

—¿De verdad lo crees, Agatha? —suspiró tía Ivy.

—¿Por qué más estarías aquí? —resopló la mujer mayor.— Y debo decir que acogería con gusto el matrimonio. Sería maravilloso tener una reina aldoniana. Después de ese horrible asunto con Althea Furberg, temía que el príncipe mirara en otra parte.

Lucy esperó a que tía Ivy insistiera en que Penelope se casaría con quien ella amara.

Pero, para su sorpresa, tía Ivy parecía positivamente encantada con la perspectiva.

—Debo decirle que haga un esfuerzo adicional, entonces.

—Tía Ivy —Lucy no pudo contenerse más.

Las dos damas mayores se volvieron a mirarla.

—A Penelope podría ni siquiera gustarle el príncipe —dijo, perdiendo confianza ante la mueca repentina en el rostro de Lady Agatha.

—Eh, solo quiero decir que...

—No estoy del todo familiarizada con cómo se hacen las cosas en Inglaterra, Lady Lucia —Lady Agatha la miró con una frialdad que podría haber congelado agua en un día de verano.— Pero las damas de Aldonia, le aseguro, saben que el gusto y el disgusto tienen muy poco que ver con estas cosas.

Lucy sintió que sus mejillas se ruborizaban de vergüenza. La señora la hacía sentir de tamaño diminuto. Y no había terminado.

—Además —continuó Lady Agatha, sus ojos recorriendo a Lucy y dejando la impresión de que la consideraba decididamente insatisfactoria.— Nuestro príncipe es impecable en todos los aspectos que importan. Cualquier joven dama sería afortunada de ser elegida.

—C...claro —murmuró ella.— Solo que...

—Penelope.

Lady Agatha interrumpió el intento de Lucy de explicar, disculparse o hacer cualquier cosa, realmente.

Y tía Ivy, excepto por una mueca de simpatía, ignoró por completo la situación, su mirada moviéndose con entusiasmo hacia Penelope, que se había acercado a la formidable Lady Agatha por su petición, con Alice cerca de ella.

Lucy se echó atrás mientras las cuatro damas se reunían emocionadas, sus cabezas inclinadas hacia ellas, sus abanicos moviéndose con desenfreno.

Se sintió tonta de pie allí, sin ser parte de la conversación, y sin interés en ello de todos modos.

Un poco herida también, al notar que nadie parecía darse cuenta o preocuparse de que ella definitivamente no era parte de su animado grupo.

Y, por supuesto, luego se sintió como una niña que hace pucheros en lugar de una dama adulta.

Decidiendo que lo mejor que podía hacer en ese momento era poner algo de distancia entre ella y los demás, para no avergonzar más a su tía, Lucy se dio la vuelta y salió del salón de baile.

El vestíbulo estaba casi desierto, con solo unos pocos invitados, que en ese momento estaban entrando al salón.

Pero había guardias apostados alrededor del vasto pasillo, y Lucy no tenía muchas ganas de sentirse observada.

Sabía que un corredor recorría uno de los lados del salón de baile, con puertas al otro lado que daban a una gran veranda y escaleras hacia algunos de los jardines formales.

Sabiendo que Alice le daría un buen regaño si la encontraba allí, Lucy dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia el corredor.

Estaba segura de que estaría vacío de invitados, razonó, y todo lo que necesitaba era un momento a solas.

De todas formas, no la echarían de menos. Ella y Alice no estaban allí para ser

presentadas, solo eran espectadoras.

Prometiéndose a sí misma que no tardaría en regresar, Lucy se apresuró por el corredor, esperando encontrar una habitación vacía en la que esconderse por un momento.

Para su alivio y sorpresa, el corredor estaba libre de guardias y vacío.

Al ver lo que parecía ser un pequeño nicho más adelante, suspiró y se deslizó en el espacio oscuro.

—No me quedaré mucho tiempo —se susurró a sí misma en voz alta.

—Bien, porque yo esperaba algo de soledad.

Lucy soltó un grito y giró la mirada. Directamente hacia el rostro de su hombre misterioso.

Capítulo Siete

Christopher no podía creer que no solo habían invadido su escondite, sino que la intrusa no era otra que la ladrona Lady Lucia.

Nunca antes había sentido la necesidad de tomarse un tiempo a solas antes de asistir a una función, pero hoy se sentía... inquieto.

De niño, Christopher solía esconderse en ese pequeño nicho cuando necesitaba un respiro. Cuando las demandas de su padre le parecían demasiado pesadas, o cuando se sentía excluido de los juegos de Alex y Harriet, venía aquí y simplemente se sentaba. Incluso se permitía llorar a veces.

Todos sabían dónde estaba, por supuesto. Pero los guardias se mantenían a distancia, y hasta su padre parecía haber alcanzado un entendimiento tácito de que cuando estaba aquí, nadie lo molestaría.

Y, sin embargo, allí estaba Lady Lucia. Molestándolo.

Y de más de una manera.

En la penumbra, no podía ver mucho de sus delicados rasgos, no podía perderse en los hipnóticos y acuosos ojos color azul verdoso.

Pero podía oler el aroma floral que parecía flotar a su alrededor. Y si se movía solo unos centímetros, podría sentir su cuerpo pegado al suyo.

Por alguna razón, ese pensamiento lo ponía nervioso como un colegial.

—Lo...lo siento mucho —jadeó ella ahora, su mano enguantada presionada contra su pecho. — No pensé que hubiera alguien aquí.

Se detuvo, y aunque estuvieran a oscuras, él podía decir que ella lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Por qué está aquí? —preguntó.

Todavía no sabía quién era él. Si lo supiera, estaría inclinándose y haciendo reverencias.

Sorprendentemente, eso le agradó. Mucho.

—¿Y *usted* por qué está aquí? —le respondió, disfrutando bastante.

Sabía que llegaría tarde. El rey era muy estricto con la puntualidad. Especialmente porque no se quedaría mucho tiempo. Haría acto de presencia y luego se iría a descansar.

Christopher generalmente imitaba a su padre en ese aspecto. Nunca llegaba tarde.

Y porque nunca llegaba tarde, debería irse ahora.

Sin embargo, se quedó.

Ella suspiró, y Christopher deseó tener una vela para poder ver su rostro.

—Solo necesito un momento antes de que la familia real llegue y el príncipe Christopher comience a examinar a las candidatas —dijo ella.

Sus palabras lo congelaron en el sitio, encontrándose en la inusual posición de no saber qué decir.

—¿El príncipe Christopher comience a qué? —preguntó, aunque sabía que probablemente no disfrutaría lo que saldría de la boca de ella a continuación.

—Lo siento —dijo ella, sin sonar en absoluto arrepentida. — Sé que todos están completamente enamorados de su príncipe. Y estoy segura de que es un buen gobernante. Pero...

Christopher se tensó, preparándose para el golpe a su ego que seguramente estaba por llegar.

—La idea de que estas damas sean traídas aquí para ser escrutadas, examinadas y luego elegidas como si no fueran más que animales en una feria de caballos. Es terrible. Ni siquiera las conoce.

—Estoy seguro de que sabe lo suficiente sobre sus antecedentes y sus familias para...

Fue interrumpido en su defensa de sí mismo por un resoplido nada elegante.

—¿Sus antecedentes y familias? ¿Qué hay de *ellas*? ¿Qué hay de sus pensamientos, esperanzas y sueños?

—No creo que comprenda lo que es importante para un príncipe heredero al elegir una esposa potencial, mi lady —replicó, sonando más cortante de lo que pretendía.

¡Pero de verdad! Estaba siendo muy insultante.

—Un príncipe debe elegir no solo a una esposa, sino a una futura reina. Y hay requisitos específicos para una reina.

—Hmm. Como dije. Carne de feria.

Christopher no sabía por qué sus palabras lo afectaban tanto. Pero lo hacían sentir avergonzado de lo que sabía que era el curso de acción correcto. Avergonzado por usar su cabeza, por negarse a ser engañado por otra mujer o guiado por cosas sin sentido como su corazón.

—Y mi prima Penelope está siendo considerada para el gran honor de casarse con un hombre al que, si los rumores son ciertos, no le importa lo más mínimo —continuó ella, ahora realmente en su apogeo. — Como si eso fuera algo de lo que alegrarse.

Christopher apretó los dientes.

¿Cómo diablos se había filtrado la información sobre las candidatas potenciales? Supuso que no debía subestimar los oídos atentos y aparentemente las bocas grandes de los sirvientes del palacio. Los rumores eran parte de ser un miembro de la realeza. Entonces, ¿por qué le molestaba tanto esta vez?

Y ¿por qué le molestaba tanto que ella fuera la prima de Lady Penelope?

—Por supuesto, todas están allí, emocionadas ante la idea de ser elegidas —continuó en un tono que dejaba muy claro que no lo aprobaba.

—¿No le gustaría ser reina? —preguntó, tratando de que su cinismo no fuera demasiado obvio.

Pero sabía lo suficiente sobre el sexo femenino como para saber que no había una sola de ellas que no tomaría esa corona si tuviera la oportunidad.

—Supongo que no me importaría —dijo ella después de una pausa, y él se negó a sentirse decepcionado porque era como todas las demás.

Pero luego, lo sorprendió, después de todo.

—Si el hombre del que me enamorara fuera príncipe o rey, podría hacerlo. Aunque, a decir verdad, preferiría que no. Parece una vida muy... tranquila.

No pudo hacer otra cosa que mirarla fijamente.

Antes la había considerado una rareza. Ahora estaba seguro de ello. Estaba chiflada. Total y completamente.

—La mayoría de las jóvenes piensan que la vida de una reina sería maravillosa, no tranquila —logró decir.

—Hmm. Pero yo no soy como la mayoría de las jóvenes —dijo.

Bueno, en eso no se equivocaba.

—Estoy segura de que es algún terrible defecto de carácter, pero preferiría que un hombre me amara por lo que soy y no porque encajo en el molde de ser una reina.

Christopher quedó atónito, sin palabras. No solo porque sus palabras resonaban con un profundo deseo que él mismo tenía, uno al que desesperadamente trataba de no prestar atención, uno que no se había permitido sentir en años: el deseo de ser querido por el hombre y no por el príncipe, sino porque le creía.

Tanto como estaba seguro de que no había una mujer viva que rechazara la oportunidad de ser de la realeza, honestamente creía que esta joven extraña y hermosa lo haría a menos que se enamorara.

Podría discutir, por supuesto. Decirle que el amor era un lujo que un futuro rey no podía permitirse. Un cuento de hadas. Y mucho menos común en los matrimonios de lo que su mente romántica podía comprender.

Sin embargo, se encontró reacio a hacerlo, o a señalar su ingenuidad. No quería burlarse de su tierno corazón.

El silencio se prolongó, y él escuchó otro suspiro.

—Oh, esto es sumamente impropio, ¿no?

Sí, lo era. Extraño que no lo hubiera notado hasta que ella lo mencionó.

—Sé que no debería estar aquí discutiendo estas cosas con un desconocido. Con un *hombre*.

No podía pensar en nada que decir, así que no dijo nada.

—Pero bueno, no es un *completo* desconocido —continuó ella despreocupadamente. —Me ayudó a salir de un buen aprieto antes. Iba a tomar el té con la reina Anya, verá, y... bueno...

Vaciló antes de cuadrar los hombros, y él pudo ver, en la penumbra, cómo levantaba la barbilla con desafío.

—Bueno, para ser sincera, robé esas flores que le arrojé del jardín.

Christopher sintió que sus labios se curvaban.

—¿De veras? —dijo cuando ella hizo una pausa para tomar aire. Aunque sabía la respuesta perfectamente, ya que la había visto hacerlo.

—Sí —aclaró ella. — Sé lo horrible que es, ¡de verdad lo sé! Y ciertamente no lo volveré a hacer. Solo que... eran tan hermosas, y realmente quería un recuerdo de mi viaje. Bueno, todo esto es tan emocionante, ¿verdad? Ser invitada a un *palacio*. Especialmente uno tan hermoso como este.

—¿Entonces le gusta? ¿El palacio? —preguntó, preguntándose por qué su respuesta le parecía importante.

—¿Gustarme? Lo *amo* —dijo apasionadamente. — El palacio. Aldonia. ¡Todo!

Ella parecía ser del tipo que se apasionaría por muchas cosas, y con ese pensamiento llegó de repente una ola de deseo que Christopher luchó por controlar. Así que, sin piedad, lo apartó.

—¿Le gustaría tanto como para casarse con el príncipe por ello? —se sorprendió al preguntarle. A ella también, apostaría.

Pero ella se rio, un sonido ligero y sin aliento que hizo que su deseo volviera a agitarse.

—No me va a engañar para que diga algo como eso —dijo alegremente. — Estoy decidida a que solo me casaré con un hombre del que esté profundamente enamorada. Príncipe o plebeyo, no me importa.

En algún lugar, un reloj dio la hora, y Christopher se dio cuenta de repente de que no solo llegaría tarde. Llegaría muy tarde.

Maldita sea.

Se dio cuenta de que no quería que esta pequeña interrupción terminara.

—Oh, vaya, supongo que debo irme. Mi hermana me matará.

Vio el destello de dientes rectos y blancos y supo que probablemente sonreía ante la preocupación de su hermana por la puntualidad.

Se reiría a carcajadas de la suya, entonces. Se sintió avergonzado por ello, casi esperando que ella nunca lo descubriera.

—Bueno, gracias nuevamente por tu ayuda antes, ¿señor...?

Sabía que necesitaba darle un nombre.

Pronto sabría quién era, de todos modos.

¿Por qué le disgustaba tanto eso? ¿Por qué debía avergonzarse de ser el príncipe heredero, por Dios?

Era porque ella estaba tan en desacuerdo con él, lo sabía. No quería que supiera que tenía toda la razón acerca de él y su método para elegir una esposa.

Las palabras de Jacob de antes vinieron a su mente de repente.

El amor nos sucede inesperadamente, Su Majestad.

Christopher sacudió la cabeza sutilmente, disipando esos pensamientos fantasiosos.

Uno, o dos encuentros, más bien, extraños con una joven bonita no iban a desviarlo de su camino.

Incluso si *quisiera* ignorar su lista y sus criterios, no podría. Como príncipe heredero, no tenía ese lujo.

Y no podía casarse con alguien que robaba flores y despreciaba al príncipe, en cualquier caso.

El sonido de pasos que se acercaban resonó en el pasillo, y Christopher escuchó a la joven murmurar entre dientes.

—Realmente debo irme —dijo rápidamente. — No sé cómo es en Aldonia, pero en Inglaterra, ser atrapada así tendría graves consecuencias.

—Gracias nuevamente por su ayuda —dijo al tiempo que se movía hacia el pasillo bien iluminado.

—Oh no, ese es el esposo de la princesa Harriet —susurró. — Bueno, no queda otra opción. Tendré que correr. Solo que...

Giró de nuevo para mirarlo, y con la luz de la vela del pasillo iluminando su cabello hasta convertirlo en un rojo ardiente y proyectando sombras en su rostro, era la encarnación del pecado y la tentación.

Tenía razón, pensó Christopher de repente, un poco desesperado; necesitaba salir de allí antes de que él se permitiera seguir sus instintos. Antes de escuchar a ese corazón sin sentido suyo, o peor aún, a otra parte mucho más primitiva.

—Por favor, no le diga que estuve aquí con usted. Si se corre la voz antes de que el príncipe vaya de compras en busca de esposa... —puso los ojos en blanco, y una vez más él se sintió terriblemente insultado. — Nunca terminarían de reprenderme. Todos ellos.

Los pasos se acercaban cada vez más.

Ella no tenía manera de saber que Jacob sabría dónde buscarlo y, por lo tanto, que sabría que había estado allí con él.

Pero, por supuesto, podía confiar en que Jacob sería discreto.

–Adiós, entonces –susurró, y antes de que él pudiera siquiera parpadear, ella ya se había ido.

Seguía parado en el mismo lugar, con la misma expresión en el rostro, cuando apareció Jacob.

–Me enviaron a averiguar qué estabas haciendo. O... –se giró, mirando especulativamente en la dirección por donde había desaparecido Lady Lucia. – Con quién lo estabas haciendo.

Christopher carraspeó y se enderezó, acomodando su chaqueta de noche, que ya estaba perfectamente sin arrugas.

–Vamos –dijo bruscamente, pasando junto a Jacob y marchando en la dirección opuesta a la de Lady Lucia.

–¿Vas a contarme sobre...?

–No.

Christopher podía prácticamente sentir la sonrisa de Jacob a su espalda.

–Entonces sigamos con esto –dijo Jacob cuando llegaron a la puerta de la antesala que conducía al salón de baile y a la presentación.

–¿Seguir con qué? –Christopher frunció el ceño, distraído por el recuerdo del cabello de Lady Lucia a la luz de las velas y su aroma en la oscuridad.

–Elegir una esposa, por supuesto –respondió Jacob, mirándolo como si hubiera perdido la razón.

–Cierto. Una esposa. Sí. Vamos entonces –dijo.

Intentó olvidar el encuentro con Lady Lucia. Pero no pudo.

Y de repente, entrar en ese salón de baile se sentía como caminar hacia la horca.

Capítulo Ocho

—Llegas tarde.

—No es cierto.

Esta conversación entre Lucy y Alice era tan habitual a estas alturas que la negación salió de los labios de Lucy sin que ella prestara atención a lo que decía.

Porque, una vez más, su mente estaba fija en el misterioso caballero.

¿Quién *era* él? ¿Y por qué se olvidaba por completo de sí misma cuando estaba cerca de él?

Si Alice estaba molesta porque Lucy había llegado unos minutos tarde, se desmayaría por completo si supiera que Lucy había estado escondida en rincones oscuros con un hombre. Peor aún, ¡un hombre al que ni siquiera le habían presentado!

Lucy sintió cómo se le encendían las mejillas al darse cuenta de que había estado parloteando con él sin siquiera preguntarle su nombre ni ofrecerle el suyo propio.

No solo había estado criticando al príncipe y gobernante del caballero —suponiendo, claro está, que él fuera aldonio, — sino que más de una vez se sorprendió inclinándose escandalosamente cerca para captar ese delicioso aroma que lo envolvía.

Era tan masculino, y él era tan grande. Su voz había sido baja y absolutamente provocativa, y Lucy se había escandalizado a sí misma con los pensamientos lujuriosos que habían invadido su mente cuando susurraban juntos en ese oscuro rincón.

Parecía que habían sido las únicas dos personas en el mundo. Algo extraño, dado que, en el palacio, allá donde se mirara, siempre había un guardia, un sirviente o *alguien*.

Pero en ese rincón, en ese momento…

Incluso si él la hubiera besado, nadie lo habría sabido. Habría sido un delicioso y travieso secreto.

—¡Lucy!

—¿Qué? ¡Sí! ¿Qué?

El siseo desaprobador de Alice cortó los pensamientos atrevidos de Lucy. ¡Dios mío! Nunca se había considerado a sí misma como alguien impropia o escandalosa. Sin embargo, no podía dejar de pensar en su misterioso acompañante, en lo alto que era, en lo grande y lo bien que olía.

—¿Escuchaste lo que dije? —preguntó Alice.

—Por supuesto —mintió Lucy.

—Entonces, ven.

Alice la tomó del brazo y la arrastró hacia donde Penelope estaba con un grupo de jóvenes elegantes.

—Es un gran honor. Espero que lo entiendas. Después de todo, no somos miembros de la aristocracia aldonia. Así que, ser presentadas ante el rey... somos muy afortunadas.

—¿Qué? ¿Qué dijiste? —Lucy soltó su brazo del apretón férreo de Alice.

—¿Qué? —Alice frunció el ceño.

A veces, realmente era muy malhumorada, pensó Lucy distraídamente.

—¿Qué quieres decir con ser presentadas ante el rey? ¿Cuándo? ¿Cómo? *¿Por qué?*

Su estómago era un torbellino de nervios.

Realmente, *realmente*, no quería que la exhibieran frente a los cientos de invitados que llenaban el salón de baile.

—La tía Ivy lo ha hecho posible, Lucia —susurró Alice. — Y será maravilloso para nosotras. Para ambas. En esta misma sala hay algunos de los solteros más ricos y elegibles de Europa. ¿Quién sabe a quién podrías conocer?

Las palabras de Alice hicieron que Lucy se detuviera un momento, y se encontró escaneando ansiosamente a esos solteros elegibles en busca del rostro de su misterioso hombre.

Sabía sin lugar a dudas que él no era un sirviente cualquiera. Su habla y sus modales eran impecables, con un ligero acento maravillosamente exótico, y aunque no había podido distinguir mucho de él en la oscuridad, había notado que su ropa era de la más alta calidad.

Y tenía ese aire de autoridad que ahora notaba nuevamente.

Él debía estar aquí, seguramente.

El sonido de las trompetas anunció la llegada de la familia real, y las damas alrededor de Lucy comenzaron a moverse como grupo hacia el heraldo, quien las anunciaría al rey.

Lucy no pudo evitar dejarse llevar por la emoción.

Alice se giró para mirarla severamente.

—Ahora, Lucia, esto no es diferente de nuestra presentación en casa —empezó, con el tono de una madre cansada ante una hija recalcitrante. — No vayas demasiado rápido. Ni demasiado lento. Deslízate como si estuvieras en el agua.

Lucy asintió para demostrar que estaba escuchando.

—Mira, debes mantener la cabeza baja hasta que te levantes de la reverencia. Solo entonces debes levantar la barbilla y los ojos hacia Sus Majestades y Su Alteza Real, el Príncipe Christopher.

Lucy frunció el ceño.

—¿Y qué? ¿Sigo caminando hasta chocar con sus tronos?

Alice solo puso los ojos en blanco.

—Por favor, sé seria, Lucia.

—Lo soy —protestó Lucy. — ¿Cómo se supone que debo saber cuándo detenerme si no puedo mirar hacia dónde voy?

Alice suspiró profundamente.

—Te detendrás en la corona dorada estampada en la alfombra. Harás una reverencia. Esperarás cinco segundos, y luego te levantarás. *Con recato* —finalizó, mirándola con ojos penetrantes.

—Su Alteza, la Princesa Harriet.

La llegada de la primera real distrajo a Alice de su sermón, y rápidamente se giró para mirar al frente del salón.

Lucy vio a la Princesa Harriet, resplandeciente en satén rosa, del brazo de su apuesto esposo, asomándose por encima de las cabezas inclinadas de las chicas que estaban haciendo una reverencia delante de ella.

—Su Alteza Real, el Príncipe Christopher.

Con la llegada del príncipe, el pequeño grupo de damas frente a Lucy comenzó a agitarse como pájaros, reuniéndose para susurrar emocionadas entre sí, incluso mientras hacían una reverencia. No había manera de verlo, ni por un segundo.

Quienquiera que eligiera, sin duda, sería una mujer feliz si el deleite y la anticipación entre las damas era algo a tener en cuenta.

—Sus Majestades, el Rey Josef y la Reina Anya.

Esta vez, hubo un solemne silencio mientras todas hacían una reverencia.

Lucy echó otro vistazo alrededor del salón mientras se alineaba detrás de Alice para ser

presentada.

Allí estaba la tía Ivy, sonriendo de oreja a oreja junto a su amiga de rostro severo.

Pero no reconoció a nadie más.

Él no estaba allí.

Lucy se dijo a sí misma que era una tontería sentirse decepcionada. Era tonto desear que él estuviera allí, mirándola con esos ojos pecaminosos.

¡Estaba a punto de conocer a un rey, por el amor de Dios! Y Penelope estaba a punto de ser presentada al Príncipe Heredero. Había muchas probabilidades de que ella fuera la dama que él eligiera como esposa.

Eso era en lo que Lucy debería estar concentrada.

No en extraños que ni siquiera decían sus nombres.

El heraldo anunciaba a las damas, quienes ahora estaban emocionadas.

—Su Alteza, la Princesa Sylvie de Berent.

Lucy nunca se había dado cuenta de lo baja que era hasta que se paró en esa fila.

Con la altura de las damas frente a ella, junto con plumas elaboradas y rizos altísimos, no podía ver a la familia real ni a las damas que estaban siendo presentadas antes que ella.

—La Duquesa Real Dorothea Von Shull.

La fila se hacía cada vez más pequeña, y Lucy se adelantó, obediente, detrás de Alice. Penelope había sido colocada al menos tres personas más adelante.

—Lady Penelope de Bonne.

Alice chilló emocionada cuando Penelope fue anunciada, y hasta Lucy sintió un pequeño escalofrío por su prima. Aunque no veía el atractivo de ser elegida por el príncipe solo por el nombre de la familia, entre otras razones decididamente poco románticas, Penelope no tenía tales reparos. Y tener una princesa en la familia sería, supuso Lucy, un buen tema de conversación en las fiestas.

Solo podía imaginar el disfrute que Alice obtendría al contarle a la gente que tenía una prima que era princesa. Y Alice seguramente aprovecharía cualquier oportunidad para sacar ventaja de ello.

—Mi señora.

Un susurro del heraldo despertó a Lucy de sus ensoñaciones, y se dio cuenta, sobresaltada, de que mientras su mente vagaba, Alice ya había hecho el breve recorrido para ser presentada ante el Rey Josef.

—Perdón —susurró de vuelta, sintiendo cómo se le encendían las mejillas.

El hombre no respondió, simplemente alzó la voz con el impresionante tono que había estado utilizando toda la noche.

—Lady Lucia Allenwood, hija del Conde de Dunhaven.

Lucy mantuvo la cabeza baja con recato, tal como Alice le había inculcado apresuradamente mientras esperaban en la fila, y avanzó.

Mantuvo los ojos fijos en la alfombra, buscando la corona dorada.

Ni muy rápido. Ni muy lento. Deslízate, se repetía una y otra vez mientras se dirigía hacia la familia real.

Estaba desesperada por levantar la cabeza y mirar a su alrededor, pero sabía que, si lo hacía, Alice la castigaría, así que mantuvo la cabeza inclinada como se le había ordenado.

Después de lo que le pareció una eternidad, apareció la corona dorada en la alfombra y Lucy se detuvo.

Se detuvo justo sobre ella e hizo una profunda reverencia.

Uno, dos —Me pregunto si aparecerá esta noche. Su mente comenzó a divagar de nuevo, como solía hacerlo, y Lucy tuvo que obligarse a concentrarse.

Tres, cuatro —Me pregunto si me invitará a bailar.

Cinco.

Lucy se incorporó y lentamente, esperaba que con recato, levantó la cabeza para mirar a la familia real.

El Rey Josef era tan regio como se esperaba, con la espalda recta y altivo, con una barba blanca como la nieve.

La Reina Anya Lucia cada centímetro de su realeza con su vestido dorado y granate, su tiara de oro y rubíes brillando bajo la luz de las velas.

La Princesa Harriet, con su propia tiara deslumbrante de diamantes, le regaló una pequeña sonrisa, al igual que su esposo, el Sr. Lauer.

Y el Príncipe Heredero...

Los pensamientos de Lucy se detuvieron en seco, y no pudo evitar soltar un pequeño jadeo de sorpresa.

Allí, frente a ella, luciendo casi obscenamente apuesto, estaba su misterioso hombre.

Pero ya no era un misterio.

Si su posición en el estrado al lado del rey y la reina no lo delataba, la *corona* dorada sobre su cabeza ciertamente lo hacía.

Los ojos oscuramente pecaminosos, el cabello negro, los anchos hombros... eran los mismos.

Solo que ahora, Lucy sabía que pertenecían al Príncipe Christopher.

Capítulo Nueve

Christopher observó cómo una serie de emociones cruzaban rápidamente el rostro de Lady Lucia.

Nunca sería una buena reina, se dijo con firmeza. Ella llevaba sus emociones a flor de piel. Una reina debía mantener la ecuanimidad frente a todo.

Era demasiado fácil leer el shock, luego la confusión, la decepción e incluso el miedo en sus ojos.

Y la vergüenza en el intenso rubor que teñía sus mejillas mientras lo miraba hacia arriba.

Lo estaba haciendo sentir como un maldito monstruo, para ser sincero.

Y mientras el silencio se alargaba mientras ambos se miraban en silencio, su estómago se revolvía con lo que se sentía sospechosamente como culpa.

No le gustaba la emoción.

Tampoco podía soportar mirar esos ojos azul marino por más tiempo. Le resultaba demasiado incómodo.

También lo hacía sentirse extrañamente protector. Lo cual era, por supuesto, una tontería.

Sobre todo, le hacía sentir que le debía una explicación. Y, como Príncipe Heredero y gobernante de Aldonia, no estaba acostumbrado a sentir que debía explicarse a nadie. Nunca.

Al oír una tos femenina sutil, los sorprendentes ojos de Lady Lucia se dirigieron sobre el hombro de Christopher y, aunque habría dicho que era imposible, sus mejillas se enrojecieron aún más.

Se levantó de un salto y, sin siquiera mirarlo de nuevo, se apresuró hacia su hermana.

Christopher se quedó allí como un maldito idiota tratando de resistir el impulso de correr tras ella.

Se giró en dirección a la tos para ver a Harriet mirándolo especulativamente, pero no sería tan necio como para permitir que apareciera algo más que pasividad en su rostro frente a su hermana romántica.

Dándole la espalda, Christopher examinó a las damas que estaban a un lado del estrado en el que él se encontraba.

Se esperaba que abriera el baile.

Elegiría a una dama para invitarla a bailar, y ella aceptaría, por supuesto.

Por sí mismo, sus ojos buscaron a Lady Lucia.

Ella todavía parecía atónita. Incluso herida. Y esos ojos increíbles estaban fijos de manera decidida en el suelo.

No podía pedirle a ella. Causaría un escándalo incalculable.

Lo sabía.

Sin embargo, el deseo de ir allí, sentirla en sus brazos, inclinar su mentón hacia arriba para perderse en las profundidades acuáticas de sus ojos, era casi abrumador.

¿Qué demonios es esto? se preguntó un poco frenéticamente.

Harriet era la romántica. Alex era quien no se preocupaba por las consecuencias de sus acciones.

¡Christopher era el Príncipe Heredero, por el amor de Dios! No podía permitirse ser romántico. No podía permitirse ignorar las consecuencias.

Tenía que hacer lo correcto. Encontrar una reina, no solo una esposa.

Reprimiendo con firmeza todas sus emociones incómodas y confusas, Christopher descendió del estrado hacia el mar de colores y joyas que se encontraba a su derecha.

Repitió su lista una y otra vez mientras caminaba hacia el grupo.

Princesa Sylvie de Berent

Duquesa Dorothea Von Shull

Lady Penelope de Bonne

Esas eran las damas por las que se había decidido.

Eran las que mejor cumplían con sus criterios.

La Princesa Sylvie era la elección obvia para abrir el baile.

Ella era la de mayor rango. Una alianza con Berent sería buena para Aldonia. Y era una real, lo que significaba que ya entendía la vida real.

Estudió sutilmente a la princesa rubia mientras caminaba en dirección a las damas.

El súbito y abrumador deseo que había sentido al mirar a Lady Lucia no estaba en ninguna parte al observar el cutis pálido y los rasgos delicados de la Princesa Sylvie.

Sin embargo, no era un ser tan bajo como para descartar una posible alianza solo porque no casi perdiera su famoso autocontrol al mirar a la dama.

De hecho, era aún más razón para elegirla.

La vida con alguien que se parecía a Lucia Allenwood sería demasiada distracción. Nunca lograría hacer nada alrededor de ella.

Era algo bueno, se dijo con furia, que no sintiera ni un atisbo de deseo por la princesa.

Ella no lo distraería con sus ojos, su cabello o su sonrisa.

No se sentiría extrañamente fascinado por su parloteo o travesuras. Estaba bastante seguro de que la Princesa de Berent nunca había parloteado en su vida. Y apostaría su corona a que nunca había robado flores de un jardín.

Sus labios se torcieron incluso ahora al recordar las travesuras de Lady Lucia.

El impulso de mirarla era casi abrumador, pero se negó a hacerlo.

Había pasado demasiado tiempo pensando en la chica.

Ya había llegado hasta las damas y notó con sorpresa que las tres de su lista estaban, de hecho, de pie una al lado de la otra.

La rubia Princesa Sylvie, la morena, alta y esbelta Duquesa Dorothea, y la igualmente alta, de cabello negro azabache, Lady Penelope. La prima de Lady Lucia.

Sin duda, Lady Penelope tendría una gran cantidad de historias sobre su incorregible prima.

Sabía por el expediente que Jacob le había proporcionado anteriormente que Lucia tenía solo un año menos que Lady Penelope.

También sabía que Lady Penelope había pasado casi un año entero en Inglaterra con sus primos, primero en su hogar en un condado llamado Surrey, y luego una temporada en Londres.

Así que, si aún tenía curiosidad sobre Lady Lucia, su prima sabría una gran cantidad de cosas sobre la chica.

Pero no la tenía.

Iba a invitar a la Princesa Sylvie a bailar y olvidar todo sobre la errática ladrona de flores con su sonrisa traviesa y su charlatanería escandalosa.

Christopher se detuvo frente a las damas de su lista.

Cada una posada. Cada una perfectamente arreglada. Ninguna de ellas evocando ni un atisbo de deseo o interés.

A pesar de sí mismo, Christopher echó un vistazo a Lady Lucia.

Más hermosa que cualquier otra dama en la sala en su opinión, también estaba menos arreglada.

De hecho, incluso ahora, un rebelde rizo castaño se había escapado de su lugar y estaba rozando su clavícula.

La boca de Christopher se secó mientras la observaba, y su corazón latía de la manera más alarmante.

Arrastrando los ojos de nuevo hacia las damas frente a él, tomó una respiración profunda, tratando de concentrarse en la tarea en mano y no en su incómodo deseo por Lady Lucia.

Eres un príncipe y un líder, se dijo a sí mismo. *Y ella es solo una chica bonita. Ahora concéntrate en encontrar una reina.*

Miró a la Princesa Sylvie con su calma rubia y serena.

Observó a Lady Dorothea, que provenía de una poderosa familia política y sería un activo para la familia Wesselbach.

Luego miró a Lady Penelope, que era prima de Lady Lucia y conocía a Lucia más que casi cualquiera aquí.

Christopher se maldijo a sí mismo y a su estupidez mientras daba un paso adelante e inclinaba la cabeza ante su futura compañera.

— Lady Penelope, — dijo, mientras cuestionaba su propia cordura. — ¿Aceptaría el honor de bailar el primer baile conmigo?

***

Lucia seguía mirando intensamente al suelo, pero a pesar de sus mejores esfuerzos, este se negaba a abrirse y tragarla por completo.

Él era el Príncipe Heredero. El *Príncipe Heredero.*

Y sus mejillas se sonrojaron nuevamente, haciéndola temer genuinamente que su piel empezara a burbujear...ella había robado flores y se las había lanzado. Lo había ridiculizado de manera bastante cruel en su cara y había estado sola con él en un rincón oscuro sin siquiera saber su nombre.

Lucy no estaba exactamente familiarizada con el funcionamiento de la cultura aldonia, pero estaba bastante segura de que ese comportamiento no estaba bien visto.

Y ahora...miró hacia arriba y su estómago se hundió, como era de esperar...ahora él estaba bailando con Penelope. Su prima.

Y se veían hermosos juntos.

Penelope era lo suficientemente alta como para no tener que inclinar la cabeza hasta que le crujiera el cuello para mirarlo, como lo hacía Lucy.

Sus cabezas oscuras estaban inclinadas hacia el otro, y estaban hablando fácilmente, como si se conocieran desde hace años.

Penelope sonreía y su misterioso hombre, o mejor dicho, el Príncipe Christopher, parecía completamente cautivado. Lo que fuera que Penelope estuviera haciendo, estaba claramente encantando al príncipe, dado que una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

Las emociones de Lucy eran un verdadero caos mientras observaba a Penelope y al príncipe.

“Deja de inquietarte,” susurró Alice.

Lucy frunció el ceño ante la reprimenda de Alice antes de mirar hacia abajo. Se dio cuenta de que había estado tirando de sus guantes, y el satén blanco empezaba a arrugarse.

El interminable vals aldonio llegó a su fin, y Lucy observó con una sensación de malestar en el estómago cómo el Príncipe Christopher escoltaba a Penelope de regreso a la tía Ivy.

Los observó detenidamente, al igual que todos los demás en el enorme salón de baile.

Mientras el Príncipe Christopher seguía luciendo tan apuesto como siempre, no parecía particularmente embelesado con Penelope.

De hecho, se veía estoico e implacable. El fantasma de una sonrisa que había estado en sus labios mientras bailaba no estaba a la vista.

Penelope parecía sonrojada y radiante, notó Lucy.

— ¿Por qué está tan feliz? Solo fue un baile, — se dijo amargamente, sintiéndose inmediatamente avergonzada.

Qué terrible cosa para decir acerca de su querida prima. Para pensar de su querida prima.

Penelope no había hecho nada para ganarse el desprecio de Lucy, y Lucy nunca había sido tan maliciosa.

Era celos, se dio cuenta de repente. Sentía celos de que su hombre misterioso, el Príncipe Heredero de Aldonia, hubiera elegido a Penelope. Hubiera bailado con ella y sonreído a ella, haciendo que Lucy deseara desesperadamente poder intercambiar lugares con su prima.

Era una sensación horrible. No una que disfrutara. Y no una que permitiría seguir sintiendo.

La orquesta comenzó otra melodía, y el Príncipe Christopher se volvió para dirigirse a la Princesa Sylvie. Una rubia bellamente elegante.

También formaban una pareja llamativa, notó Lucy con desdén. La princesa era incluso más alta que Penelope. Menos inclinación del cuello para ella también.

Lucy sabía que estaba siendo ridícula. Y mientras la tía Ivy y Penelope se dirigían hacia ella y Alice, trabajó arduamente para poner su rostro en una expresión educada, incluso emocionada.

Penelope no sufriría el mal humor de Lucy solo porque su hombre misterioso resultó ser el príncipe. No habría más conversaciones secretas. No más miradas a esos ojos oscuros y pecaminosos. No más de esa extraña, traviesa y emocionante sensación que se había desplegado en su vientre cuando hablaron en el rincón.

Y cuanto antes hiciera las paces con eso, antes olvidaría todo sobre él.

Capítulo Diez

—¿Lady Penelope entonces?

Christopher frunció el ceño cuando la voz de Harriet sonó a su lado.

El Rey Josef se había retirado hace unas horas, pero Christopher dejó el trono vacío como siempre, en lugar de tomar su asiento a la derecha de él.

Aunque gobernaba Aldonia, no tomaría ese asiento hasta que fuera necesario.

—¿Qué? —preguntó sutilmente mientras miraba a través del salón de baile, tratando y fallando en no observar a Lady Lucia.

No podía evitarlo.

Mientras bailaba con su prima, había pasado todo el vals prácticamente interrogando a la dama.

Y para su desdén, en lugar de desanimarse por las historias de algún comportamiento bastante travieso de Lady Lucia—como robar un cordero de un granjero local, de quien había asumido que maltrataba al animal, e intentar quedárselo como mascota, por ejemplo—se había divertido enormemente. Aunque, por supuesto, no lo mostró.

La historia de Lady Penelope sobre Lady Lucia desnudando el jardín de rosas de la tía Ivy un verano, sin embargo, lo hizo incapaz de ocultar una sonrisa. La chica realmente parecía notablemente hábil con las manos para una dama de calidad.

—Lady Penelope —repitió Harriet. — Aunque bailaste con todas las damas de tu lista, ella parece ser la única que logró hacerte sonreír. O hacer cualquier expresión facial, realmente.

Christopher asintió distraído a un amigo de su madre, que hizo una profunda reverencia antes de subir los escalones del estrado con el permiso de la reina.

—Ordinariamente, no pensaría que una pequeña sonrisa significara algo más que... bueno, eres tú, ¿no es así?

Esta vez, Christopher se volvió para mirar a su hermana con un ceño fruncido y una constante molestia en su vida.

—¿Cómo sabes sobre mi lista? —exigió imperiosamente, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Cómo crees? —respondió Harriet, revolviendo los ojos, solo un tono más claro que los suyos.

—Tu esposo tiene una boca increíblemente grande para alguien que se supone debe ser el *discreto* jefe de mi seguridad —soltó Christopher mientras volvía a dirigir sus ojos hacia el salón de baile y sus ocupantes.

No se sentía cómodo teniendo esta conversación con su hermanita. Nunca había tenido la relación fácil con Harriet que ella y Alex disfrutaban. Christopher había estado demasiado ocupado aprendiendo a ser rey como para pasar mucho tiempo simplemente siendo un hermano.

Y aunque eso podía doler un poco a veces, así eran las cosas. Sabía que no valía la pena preocuparse por lo que no podía cambiar.

El hecho de que deseara una relación más sencilla con su familia, o no haber sido engañado por una mujer como Althea Furberg, o —sus ojos se posaron en el inconfundible cabello rojo de Lady Lucia Allenwood, quien en ese momento bailaba con el Conde de Tresdon — librarse de ciertas restricciones que lo obligaban a tomar ciertas decisiones, no significaba que pudiera hacerlo realidad. Era mucho mejor enfocarse en lo que *podía* controlar que lamentarse por lo que no podía.

—Es el alma de la discreción —argumentaba ahora Harriet. — Pero también es mi esposo y sabe lo que es más importante —terminó con una sonrisa sin arrepentimientos.

—¿Y eso no es la lealtad a su futuro rey?

—Pues no, no mientras esté casado conmigo —respondió con ligereza.

Christopher sabía que no valía la pena discutir con su obstinada hermana, así que la ignoró, dejando que sus ojos recorrieran el salón de baile.

Allí estaban los rostros de siempre, algunos desesperados por atraer su atención, otros bailando, otros disfrutando de la agradable brisa veraniega en el balcón.

El silencio fue tan placentero como breve.

—Entonces, ¿Lady Penelope?

Christopher maldijo a su hermana en su interior, al menos. Exteriormente, no mostró ninguna emoción.

—No tengo preferencia por ninguna dama —contestó con frialdad, aunque no pudo evitar buscar con la mirada una melena alborotada de rizos castaños rojizos y un par de ojos resplandecientes de color aguamarina.

Había dejado de bailar y había sido escoltada hasta la mesa de refrescos por el Conde.

Christopher observó como si su vida dependiera de ello cuando Tresdon se inclinó para susurrar en el oído de Lady Lucia, con la mano del hombre deslizándose por su espalda y posándose mucho más abajo de lo que debería.

El torrente de celos que surgió en Christopher lo tomó por sorpresa. Al igual que el impulso de protegerla cuando vio que los hombros de Lady Lucia se tensaban visiblemente ante las acciones de Tresdon.

Christopher no era ingenuo. Conocía las inclinaciones de los hombres. Pero no permitiría que una dama fuera tratada con menos que el máximo respeto en su salón de baile.

Eso era todo lo que estaba sucediendo aquí. Esa era la única razón por la que su corazón latía más rápido y sus puños se apretaban involuntariamente.

Apartó la mirada de la mano de Tresdon para observar a los guardias apostados por todo el vasto salón.

Ninguno de ellos miraba en dirección a Lady Lucia. Y no tenían motivo para hacerlo, lo sabía Christopher. Sin embargo, no dejó de maldecirlos en silencio.

Dirigió su mirada nuevamente hacia la dama y vio con cierta satisfacción que había dado un paso deliberado alejándose de Tresdon. Y aunque solo podía ver el perfil de su hermoso rostro, podía notar, incluso desde esa distancia, que sus ojos destellaban y sus mejillas estaban enrojecidas.

Mientras la observaba, la vio soplar con impaciencia un rizo que se había escapado de su peinado.

¿Dónde diablos estaba su tutora, en cualquier caso? ¿No se suponía que Lady Bonne debía cuidar de la joven?

Buscó a la dama con la mirada y vio, con no poca consternación, que estaba con su hija, Lady Penelope, y un auténtico aquelarre de matriarcas aldonianas. Y todas ellas estaban demasiado ocupadas mirándolo a él con deleite como para prestar atención a Lady Lucia.

Entonces, su hermana.

Incluso mientras levantaba una mano sutil para llamar a un guardia, sus ojos recorrieron el salón de baile en busca de la hermana.

Ella estaba ocupada en una danza con el vizconde De Fait y estaba demasiado entretenida con el hombre como para prestar atención a su hermana.

Era decididamente irritante.

Con su visión periférica, Christopher vio a dos guardias dirigirse hacia él apresuradamente.

Sin embargo, su alivio fue breve.

Necesitaba sacar a la chica de las manos errantes del conde sin causar un escándalo. Y enviar a dos guardias armados para arrastrar al patán lejos de la dama definitivamente causaría un escándalo.

¿Por qué te importa tanto? —se preguntó a sí mismo. Pero no habría sabido decirlo. Era desconocido e indeseable, ese desconcertante sentido de envidia protectora que estaba sintiendo.

Sentía... posesión hacia ella. Lo cual era una completa locura y razón suficiente para ignorarla.

Esto. Esto aquí era la prueba de que necesitaba mantenerse alejado de la chica. El príncipe heredero no podía permitirse estar sentado, ignorando a las damas adecuadas, a los dignatarios y a los visitantes reales, a favor de vigilar a una ladrona inglesa de poca importancia. Ni siquiera la conocía, por el amor de Dios.

No habían bailado. Apenas habían conversado dos veces. Y, sin embargo, estaba listo para arrancarle los miembros a Tresdon a la vista de todos en este salón de baile.

No era inusual en él querer ayudar a una dama en apuros, se dijo con firmeza. Pero sabía que iba más allá de eso. Y eso era un gran problema.

Los guardias habían llegado al estrado, atrayendo la atención de más de un invitado en el baile, y de Jacob, que apareció de repente, con sus gélidos ojos azules recorriendo el salón de baile y, Christopher estaba seguro, sin perderse ni un solo detalle.

Con otro gesto sutil, Christopher despidió a los guardias. Sabía que probablemente estarían cuestionando su cordura en ese momento, pero no harían otra cosa más que seguir órdenes.

El príncipe heredero nunca tomaba decisiones impulsivas ni erráticas. Ciertamente, nunca causaba un escándalo ni permitía un susurro de chismes si podía evitarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jacob en voz baja, llamando la atención de Christopher.

¿Ves? —insistió Christopher para sí mismo. — *Si el comportamiento de Tresdon fuera un verdadero peligro o problema, Jacob lo habría notado.*

Aun así, no pudo evitar mirar una vez más a través del salón de baile, buscándola.

Y cuando la vio, cuando vio a Tresdon manosearla de nuevo, toda su famosa racionalidad salió volando por la ventana.

Sin pensarlo, Christopher se levantó y cruzó el salón de baile, ignorando los rostros sorprendidos y los súbditos que se inclinaban a su paso.

Para cuando llegó junto a Lady Lucia, sin embargo, su sentido común había regresado y, con él, una saludable dosis de arrepentimiento.

¿Qué diablos estaba haciendo corriendo por su salón de baile como un loco solo porque el conde había puesto su mano sobre una dama en la que no tenía interés?

Y ¿por qué había asumido que los avances de Tresdon no eran bienvenidos?

Ignoró el repentino aguijón de celos que surgió al formarse el pensamiento. Tenía suficientes emociones ridículas con las que lidiar en ese momento como para agregar una más.

Los invitados que merodeaban donde ahora estaba, frente a Lady Lucia y Tresdon, estaban de pie en silencio, ni siquiera pretendiendo no estar observando la escena ante ellos.

Los ojos inyectados en sangre de Tresdon se abrieron levemente ante la aparición repentina del príncipe, antes de ofrecer una reverencia apresurada, aunque torpe.

Christopher no miró al hombre, sin embargo. Sus ojos estaban clavados en la joven que tenía delante. La joven que, decididamente, no parecía dar bienvenida a los avances del conde.

De hecho, parecía positivamente, hermosamente furiosa.

Sus mejillas estaban enrojecidas, sus ojos destellaban y, lo que era peor, Christopher no podía decir cuál de los dos hombres era el blanco de su ira.

Sin embargo, notó que aprovechó la oportunidad de su llegada para alejarse deliberadamente del alcance de Tresdon.

—Su... Alteza —balbuceó Tresdon levemente. — Yo... usted...

Christopher no podía culpar al hombre mayor por su evidente confusión.

Era inusual, por decir lo menos, que el príncipe heredero, conocido por su frialdad, hiciera una aparición repentina al lado de uno en un baile.

Pero no pudo apartar su atención de Lady Lucia para siquiera tranquilizar al hombre. Aunque hubo un claro destello de alivio en sus ojos cuando logró apartarse de Tresdon, la ira volvió. Y sus mejillas estaban más rojas que nunca.

Nunca había visto una reverencia parecer menos sumisa en su vida que la que hizo tardíamente. Por alguna razón, eso le divirtió.

El impulso de levantar la mano y pasar el pulgar por una de sus mejillas para ver si estaba tan caliente como parecía fue agudo. Afortunadamente, ya que su cordura había regresado, Christopher pudo resistirse.

—Está enfadada —soltó, aunque en voz baja. Lo suficientemente fuerte como para que solo ella lo oyera.

Observó cómo sus ojos se abrían de par en par y luego se entrecerraban.

—Oh no, me encanta hacer el ridículo delante de la realeza que finge no ser quien es —espetó ella.

¿Por qué encontraba encantadora su charla confusa? ¿Por qué su sarcasmo le resultaba divertido en lugar de enfurecerlo?

—No fingí ser otra persona —respondió él con suavidad.

Sus ojos se entrecerraron aún más.

—No me dijo que era el Príncipe Heredero de Aldonia —siseó ella.

—Y tampoco le dije que no lo era —respondió él suavemente.

Su mandíbula cayó, sin duda ante su descaro. Sin embargo, él era el Príncipe Heredero, lo que significaba que podía ser tan audaz como quisiera.

—Pero usted… usted… ¡ugh!

Sin saber exactamente cómo, él pudo darse cuenta de que ella estaba a punto de perder la paciencia. También sabía, o al menos lo suponía, que su temperamento desatado sería digno de admirar.

Christopher era consciente, de una manera que Lady Lucia parecía ignorar, de que estaban atrayendo mucha atención. Y aunque eso lo incomodaba, se sentía renuente a alejarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, ignorando su indignación ante su subterfugio.

Su expresión cambió a una de total confusión.

—Eh…

—¿Está *cómoda* con su acompañante? —Lanzó una mirada de desagrado al Conde de Tresdon, quien parecía visiblemente avergonzado.

—Oh. —Sus ojos siguieron la mirada de Christopher antes de volver a mirarlo. — Ahora sí, Alteza. Ahora que las manos de todos están donde deben estar —concluyó con un tono marcado.

Christopher se mordió el interior de la mejilla para no reírse ante su descarado comentario.

Las damas que conocía nunca hablaban con tanta franqueza sobre nada, y mucho menos

sobre las manos errantes de un hombre.

—¿Y quién se supone que debería estar cuidándola, Lady Lucia? —continuó él.

—Oh, bueno, mi hermana está bailando, y la tía Ivy y Penelope están celebrando.

No era tonto. Sabía a qué se refería con "celebrando". Incluso Harriet había comentado sobre su aparente interés en Lady Penelope.

Pero ninguno de ellos sabía que su verdadero interés había sido en la desconcertante criatura que tenía enfrente, y no en su prima.

Los ojos de ella se abrieron al máximo tan pronto como las palabras salieron de su boca, y Christopher se dio cuenta de que había hablado sin pensar.

Esa era otra razón por la que no podía ni debía considerar perseguirla. Una reina nunca podía permitirse hablar sin pensar.

—Quiero decir, bueno... no celebrando. Más bien, eh, más bien... —Sus ojos comenzaron a buscar una salida. — Ah, la tía Ivy.

La repentina aparición de la tía de la chica puso fin a su parloteo, pero, para Christopher, el daño ya estaba hecho.

Ahora que sus extraordinarias acciones la habían separado de Tresdon y la habían puesto a salvo, estaba libre para pensar realmente en lo que acababa de hacer, corriendo por el salón de baile.

Estar allí, sabiendo que todas las miradas estaban puestas en él, era un problema.

Al igual que el hecho de que no tenía ni idea de cómo salir de esa situación.

Pedirle que bailara estaba fuera de toda cuestión.

Christopher dedicaba mucha energía a asegurarse de que su nombre permaneciera fuera del alcance de los chismes y que sus acciones fueran siempre intachables.

Bailar con una completa desconocida haría que las lenguas comenzaran a moverse.

Y la verdad era que deseaba tanto sostenerla en sus brazos que, precisamente por eso, no podía permitírselo.

Echó un vistazo a la multitud que los rodeaba, sintiéndose cada vez menos seguro de sí mismo.

Como príncipe, no respondía ante nadie, pero aborrecía la idea de que todos hablaran de él.

"Siempre llevarás un aire de superioridad, Christopher. Y siempre estarás por encima de toda crítica."

Las palabras de su padre desde su juventud resonaban en la cabeza de Christopher.

Necesitaba alejarse de la tentación de una mujer que era todo lo que no necesitaba, pero que temía que pudiera convertirse en todo lo que quería.

Después de solo un día y dos conversaciones.

—Tresdon —llamó al desconcertado conde, ignorando a Lady Lucia y la tentación que ella representaba. — Haga una cita para verme mañana antes de que se vaya. Quería discutir —Christopher buscó rápidamente en su cabeza un tema legítimo—... su propiedad en la costa. Al mediodía estaría bien.

Por un momento, se preguntó si el pobre hombre moriría de susto en el acto, pero luego el conde simplemente asintió. No es que Christopher estuviera pidiendo su opinión.

Sin más palabras ni gestos, ni siquiera una mirada en dirección a Lady Lucia, Christopher se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso por el salón de baile, maldiciéndose mientras lo hacía.

Ahora tendría que soportar la compañía del torpe Tresdon al día siguiente. Había rumores

sobre bandas de contrabando operando en la costa, y aunque los hombres de Jacob lo tenían todo bajo control y, de hecho, estaba a kilómetros de Tresdon, era una excusa tan buena como cualquier otra.

Tendría una reunión rápida y le pediría a Tresdon que estuviera atento, y con eso bastaría.

Por ahora, iba a dejar el baile en busca de su sensatez y sentido común.

Llegó a la parte superior del salón de baile y a la puerta que conducía a las alas privadas de la familia en el palacio.

Sin embargo, antes de que pudiera atravesarla, su hermana apareció.

Su sonrisa era demasiado astuta para el gusto de Christopher. Sus ojos marrones brillaban con astucia.

—Así que —dijo ella con una aparente despreocupación que él no creyó ni por un segundo, — al final no era Lady Penelope.

Christopher la ignoró, pero sintió su mirada astuta clavada en él hasta que cerró la puerta del salón de baile tras de sí.

Capítulo Once

—Y Penelope está que no cabe en sí, como te podrás imaginar. No podía creerlo cuando el príncipe la escogió para el primer baile.

Lucy sonrió débilmente mientras Alice repasaba los eventos de la fiesta de anoche. Esperaba que su hermana no notara lo pálida que estaba.

No había pegado ojo en toda la noche.

Después de descubrir la verdadera identidad del príncipe Christopher, y luego esa extraña conversación susurrada en medio del salón de baile, había estado en vilo toda la noche.

De hecho, tan pronto como el príncipe exigió una reunión con su acosador y luego se fue del baile, Lucy había fingido un dolor de cabeza y se retiró discretamente.

Su mente, sin embargo, no había estado en silencio.

Mientras se preparaba para acostarse, repasaba los eventos de la noche e, incluso horas después, sus mejillas se encendían al recordar su vergüenza.

Era suficientemente malo no haber sabido quién era.

Suficientemente malo que su corazón se hubiera agitado alarmantemente cuando él acudió en su rescate, asegurándose de que el excesivamente familiar conde de Tresdon mantuviera las manos quietas.

Suficientemente malo haber parloteado sobre Penelope actuando como si él le hubiera propuesto matrimonio y no solo un baile.

Pero había *discutido* con él. Se quedó allí, en su salón de baile, en su país incluso, y discutió con él.

¿Sería eso un delito castigado con la horca aquí? Ciertamente, la había mirado frunciendo el ceño como si lo hubiera disgustado. Y sabía por qué.

Después de todo, cuando no sabía quién era realmente, no había sido precisamente halagadora con el príncipe heredero.

—Y el almuerzo de hoy con la reina Anya será muy revelador. Para las dos.

—Hmm —respondió Lucy distraídamente, antes de que las palabras de Alice penetraran en su mente adormecida.

—Espera —levantó la vista del plato de tostadas que había estado destrozando sin pensar. — ¿Para las dos? ¿Qué quieres decir?

—¿No has escuchado una palabra de lo que te he dicho? —gruñó Alice, evidentemente exasperada.

—Eh… —Lucy pensó en mentir, pero no tenía sentido. Alice se daría cuenta de que estaba mintiendo, de todas formas. — No, no realmente —admitió.

La mirada de desaprobación de Alice le dejó claro cuánto desaprobaba su distracción.

—La condesa de Tresdon asistirá al almuerzo de hoy. Su hijo estaba completamente enamorado de ti, Lucy. Sería un excelente matrimonio.

Lucy solo pudo mirar a Alice con incredulidad y una buena dosis de horror.

—Pero él...

La mente de Lucy regresó al conde sudoroso y su aparente incapacidad para controlar sus manos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Jamás lo consideraría, Alice —insistió. — Jamás.

Alice solo volvió a poner los ojos en blanco mientras untaba compota de frutas en su propia tostada. Lucy había perdido el apetito.

—No seas tonta, Lucia —respondió Alice con tono sufrido. — No puedes rechazar a un conde, por el amor de Dios.

—Es repugnante —respondió Lucy con firmeza. — Él… bueno, hubiera... tomado libertades si no...

Su voz se apagó al recordar al alto e intimidante príncipe acercándose a ellos, con sus ojos negros brillando peligrosamente.

Salvándola.

Ayudándola.

Confundiéndola.

—Psh —Alice agitó un trozo de tostada despreocupadamente. — Los caballeros tienen sus inclinaciones, Lucia. Eres lo suficientemente mayor para entender eso. Y aunque no te animaría a estar sola con ese hombre por mucho tiempo, nunca es mala idea ser alentadora cuando se trata de asegurar una propuesta.

Lucy abrió la boca, incrédula ante las palabras de Alice.

—Alice —susurró. — Eso es... eso es...

Horrible. Codicioso. Repugnante.

Todas esas palabras y más pasaron por la mente de Lucy.

Siempre había sabido que Alice era pragmática cuando se trataba del sexo opuesto, riéndose del corazón romántico de Lucy e intentando (sin éxito) inculcarle que un buen matrimonio era lo primordial.

¿Pero esto? ¿Decirle que prácticamente permitiera que ese hombre grasiento la manoseara? No quería asegurar ninguna propuesta con él, en todo caso. Era lo último que deseaba.

—Es pragmatismo —respondió Alice con firmeza. — Y te lo ruego, Lucia. No arruines este almuerzo con... bueno, con tu personalidad.

Qué encantador.

—Lady Travers también estará allí. Anoche me familiaricé con ella y con su hijo.

—¿Travers?

Para sorpresa de Lucy, un rubor apareció en las mejillas de Alice.

—¿Son de Inglaterra?

—Sí, de Hampshire. Lady Travers es de Aldonia.

—¿Y te gusta él? ¿Este tal Travers?

El rubor se profundizó, y Lucy no pudo contener su sonrisa. Claramente, su hermana mayor no era tan inmune al romance como pretendía.

—Es… adecuado.

—Adecuado —Lucy rodó sus propios ojos. — Qué maravillosamente romántico.

—Pragmático —repitió Alice con firmeza, aunque había un brillo en sus ojos azules que no había estado allí antes. — Y tú también necesitas a alguien adecuado.

Sin previo aviso, la mente de Lucy volvió al oscuro y endemoniadamente apuesto príncipe.

Nadie podría ser menos adecuado, y sin embargo, su corazón se aceleraba al mero recuerdo de sus ojos clavándose en los suyos.

—¿Y me dejarías aquí en Aldonia, entonces? ¿Me mandarías a tierras extranjeras con alguien adecuado?

Trató de mantener su tono ligero, pero en verdad, le dolió un poco.

Casi tanto como el hecho de que, si la persona con la que la enviaban fuera un singularmente apuesto, pero terriblemente arrogante príncipe, no creía que estaría tan en contra de la idea.

Alice colocó su cuchillo en el plato antes de mirar a Lucy.

—No seas tan dramática, Lucia —la reprendió. — Así es el mundo, como bien sabemos. Y, la verdad, nunca has mostrado interés por ningún caballero. Ni en casa ni aquí. Así que si un caballero próspero y titulado, que vive en un país que afirmas adorar, quiere hacerte una oferta, sería una locura no aceptarla.

Lucy tomó un sorbo de su té, que se estaba enfriando rápidamente, tratando de ocultar su malestar.

—Además —Alice se inclinó hacia adelante para hablar en un tono conspirador. Lucy no sabía por qué. Nadie iba a interrumpir su desayuno privado en las habitaciones de Alice. — Las dos sabemos que a papá difícilmente le importaría si estamos o no. Y si llegara a casarme con alguien como Lord Travers, de todos modos estaríamos lejos la una de la otra. Siempre quedan las cartas, querida.

—Supongo que sí —concedió Lucy, aunque con dudas.— Pero te prometo esto: no me importa si el mismísimo rey lo ordena. No veré ni hablaré de nuevo con el conde de Tresdon.

***

—Lucia, querida. Ven y vuelve a saludar al conde de Tresdon.

Lucy apretó los dientes cuando la tía Ivy la llamó con un gesto.

Este almuerzo se suponía que era solo para damas.

Y lo había sido, al principio.

Sin embargo, después de haber sido entrevistada de manera bastante intensa por la condesa, Lucy se desanimó al ver la llegada de algunos de los caballeros invitados.

Por supuesto, no estaban alojados en el palacio. La mayoría tenía casas en la ciudad, y Aldonia no parecía tan diferente a Inglaterra en este aspecto. Igual que en casa, la nobleza se congregaba en la capital mientras el parlamento sesionaba. Y, de manera similar a Inglaterra, aprovechaban la oportunidad para socializar y concertar matrimonios siempre que podían.

El almuerzo de la reina era, como era de esperar, un evento de gran importancia, y la tía Ivy había dejado claro a las muchachas el honor de haber sido invitadas a asistir.

Cuando llegaron al comedor formal, Alice vestida en un rosa pálido y Lucy en verde menta, el salón ya estaba lleno de damas de gran renombre.

Lady Travers había sido una de las primeras en acercarse a ellas, lo cual complació a Lucy. Y parecía tener un gran aprecio por Alice.

Después de eso, la tía Ivy se apresuró a presentar a Lucy ante la condesa de Tresdon.

La señora era el opuesto de su hijo en todos sus modales. Era estoica, rígida y, lo más importante, mantenía las manos bien lejos.

También era mucho menos amigable de lo que Lady Travers había sido con Alice. Lo cual, según el criterio de Lucy, era una ventaja.

Para ella, no había necesidad de estar en buenos términos con la condesa de Tresdon, ya que no esperaba volver a verla en el futuro.

Después de lo que le pareció un interrogatorio, logró excusarse de la señora y estaba lista para esconderse en un rincón con Alice, Penelope, la princesa Harriet, o sola si aquellas damas estaban ocupadas —lo cual era el caso, — cuando la puerta se abrió y entró un grupo de caballeros que venían de la caza matutina.

Entre ellos, para horror de Lucy, estaba el conde de Tresdon, y sus ojos brillantes recorrieron el salón hasta que se posaron en ella. Su rostro regordete adoptó una expresión lasciva mientras la escaneaba con una mirada insolente.

Por supuesto, se dio la vuelta y se apresuró hacia el otro extremo del amplio salón. Pero fue en vano.

No había avanzado más que unos cuantos pasos cuando la tía Ivy la llamó.

Sin más opción que acudir a la llamada de su tía, Lucy se armó de valor para lo que estaba segura sería un encuentro de lo más desagradable.

Sonrió e hizo una reverencia en respuesta a la inclinación del conde, ignorando deliberadamente la sonrisa sugestiva del hombre.

—Lucia, querida, le estaba contando al conde de tu amor por las flores. Y, qué suerte, él estaba planeando un paseo por los rosales que tanto te gustaron ayer.

Lucy esbozó una sonrisa débil.

—Qué coincidencia —rio nerviosamente, mientras fulminaba a su tía con la mirada.

La tía Ivy parpadeó con una inocencia exagerada, lo cual no le gustó nada a Lucy.

—Así es —respondió el conde, y Lucy no tuvo más remedio que dirigir su mirada hacia él. — Esperaba que me acompañara, mi señora, ya que le gustan tanto los jardines.

Lucy se quedó momentáneamente congelada en su sitio.

Absolutamente, categóricamente, no quería ir a ninguna parte con el repugnante conde. Pero ¿qué opción tenía?

Sentía más de una mirada sobre ella, y las severas advertencias de Alice sobre no avergonzar a la tía Ivy revoloteaban en su mente, imposibles de ignorar.

Así que, preparándose para un paseo singularmente desagradable por los jardines, dibujó una sonrisa educada en su rostro.

—Estaría encantada, mi señor.

Al menos, concentrarse en mantener la distancia con Tresdon le permitiría dejar de pensar en el príncipe.

Capítulo Doce

—También he tenido noticias de Hans. Está en la frontera belga y ha conseguido el documento de su contacto parisino. Debería estar de vuelta en Aldonia a finales de mes. ¿Su Alteza?

Christopher sacudió ligeramente la cabeza, tratando de centrar su mente en la tarea que tenía entre manos. Es decir, en su reunión semanal con Jacob sobre el trabajo que su equipo de élite realizaba para él por todo el continente. En realidad, por todo el mundo, ya que el palacio tenía asuntos en las Américas e India.

—Excelente —respondió, aunque no podría decir lo que Jacob le había contado. Afortunadamente, Jacob era su espía más talentoso y sabía más sobre el negocio que cualquier otra persona. Más que Christopher, incluso. Podía confiar en que mantendría todo en marcha sin necesidad de la intervención de Christopher.

Y era bueno, también, pues su intervención en los asuntos de estado esa mañana había sido escasa.

Y todo por una ladrona de flores pelirroja y de ojos azules.

Había soñado con ella anoche. Nunca había soñado con nadie antes. Sin embargo, allí estaba ella, atormentando sus sueños.

Cuando despertó por segunda vez y vio que eran las tres de la mañana, estuvo tentado de llamar a la amante que mantenía cerca del palacio para saciar el deseo que lo atormentaba.

Sin embargo, desechó rápidamente la idea. Porque sabía que no era la morena Celeste la que su cuerpo deseaba, sino la tentadora pelirroja con los ojos hipnotizantes.

—¿Su Alteza?

Una vez más, la voz de Jacob devolvió a Christopher al presente.

—¿Todo bien? —preguntó Jacob.

Christopher suspiró y se levantó del escritorio.

Estaba irritado consigo mismo.

Había conocido a la joven apenas veinticuatro horas antes, y sin embargo, allí estaba él obsesionado con sus encuentros, constantemente distraído por el rojo pecaminoso de su cabello y el inusual azul de sus ojos.

Peor aún, estaba aún más distraído por su agudeza y su brutal honestidad. Incluso encantado por su inclinación a robar rosas.

Si solo fuera que era hermosa, no le importaría tanto.

Anoche el palacio estaba repleto de mujeres hermosas.

Pero no. Esta desconcertante atracción tenía más que ver con su personalidad que con su apariencia.

Y eso lo inquietaba más de lo que podía expresar.

—Estoy bien —respondió con brusquedad. — Creo que podemos dejarlo por hoy y retomar la próxima semana.

Jacob se quedó mirándolo boquiabierto por un momento, pero sabía que era mejor no cuestionar las órdenes de Christopher.

Mientras su cuñado recogía los archivos y pergaminos que habían estado discutiendo, Christopher se acercó a las ventanas para mirar nuevamente los jardines.

A pesar de sí mismo, sus ojos se dirigieron al lugar donde había visto por primera vez a Lady Lucia el día anterior.

El jardín estaba vacío ahora, pero... ¡espera!

Sus pensamientos se detuvieron en seco cuando la propia dama apareció de repente en su campo de visión.

Hoy llevaba un delicado vestido verde claro que hacía que el rojo de su cabello pareciera más profundo. Más pecaminoso.

Tragó saliva, luchando contra el nudo repentino en su garganta.

Esto era una locura. No debería estar reaccionando así con solo ver a la joven.

Sin embargo, nada podría apartar sus ojos de ella.

Mientras la observaba, vio que sus hombros se tensaban visiblemente, y Tresdon apareció de repente.

Christopher apretó los dientes cuando la mano del conde se extendió y recorrió la longitud del brazo de Lady Lucia.

Sintió una satisfacción sombría al ver que ella retiraba su brazo.

¿Qué demonios hacía él en los jardines reales? Después de su reunión esa mañana, Christopher lo había despedido y esperaba su regreso inmediato a Tresdon.

Sin embargo, ahí estaba, manoseando a mujeres jóvenes e inocentes en los terrenos de Christopher.

¿Por qué estaba la dama sola con ese canalla, de todas formas?

Incluso antes de que la pregunta surgiera en su mente, Christopher vio tanto a Lady Bonne como a la condesa de Tresdon detrás de Lady Lucia y el conde.

Mucho más atrás, de hecho, y mirando en la dirección completamente opuesta.

Nunca había visto una maquinación tan descarada.

Su temperamento, famoso por ser ecuánime y tranquilo, se encendió en llamas.

¿Qué demonios estaba haciendo Lady Bonne permitiendo que su sobrina fuera manoseada?

En su visión periférica, Christopher vio a Lady Penelope caminando con Lady Alice en una parte diferente del jardín, acompañadas por un caballero que recordaba vagamente como uno de los pares ingleses presentes, aunque su nombre le escapaba y, francamente, no le importaba quién era en ese momento.

—Ah, ¿observando a una de tus posibles novias, verdad?

La voz de Jacob sonó en su oído, y se giró para mirar al hombre de cabellos dorados.

—¿Qué? —balbuceó.

¿Se había delatado de alguna manera? ¿Había hablado en voz alta accidentalmente? ¿Admitido su atracción por la joven?

Jacob lo miraba como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Lady Penelope —respondió finalmente, señalando con la cabeza hacia los jardines.— Una de las afortunadas de la lista.

Christopher frunció el ceño ante el sarcasmo, aunque un alivio barría sobre él. No se había delatado después de todo.

—Mírala, paseando por el jardín, rebosante de requisitos. Debes estar embelesado.

—Jacob, estás despedido —espetó Christopher.

Pero el granuja simplemente se rio.

—Si vas a perder el tiempo mirando por la ventana a tus invitados, iré a revisar los planes para el baile con los guardias. El príncipe Alexander ha confirmado la fecha de su llegada, así que organizaré la escolta para él y Lydia.

Christopher apenas lo escuchaba. Su enfoque completo estaba en Lucia y Tresdon.

Para ese momento, ella ya había marchado por delante del conde regordete, pero el hombre estaba decidido y pronto la alcanzó.

—¿Dónde demonios están los guardias de los jardines? —gruñó.

—Están donde siempre, Su Alteza. Apostados en los puntos de entrada y salida.

Hubo una pausa que Christopher ni siquiera intentó llenar.

—¿Hay algún problema? —preguntó Jacob, con voz tranquila.

Christopher sabía que lo hacía deliberadamente. Jacob Lauer era conocido por sacar información de la gente. Por eso había captado la atención de Christopher en primer lugar.

—No, por supuesto que no —sonaba a la defensiva, lo sabía. — Es solo que yo...

Antes de que pudiera decir otra palabra, la mano de Tresdon se deslizó por la cintura de Lucia.

—Eso es todo —escupió, y sin mirar a Jacob, giró sobre sus talones y salió disparado de la habitación.

***

—Mi señor, por favor, compórtese.

Lucia estaba al borde de perder la paciencia.

Sospechaba que el conde actuaría de manera inapropiada, pero ¡esto era el colmo! Las constantes caricias a la vista de cualquiera que mirara en su dirección eran intolerables.

Miró desesperadamente alrededor del jardín, pero Alice y Penelope habían vagado hacia los setos amurallados, y la tía Ivy y la condesa viuda tenían la espalda vuelta. Deliberadamente, Lucy estaba segura.

Un destello de traición la atravesó ante el comportamiento de la tía Ivy.

Seguramente la anciana no pretendía que Lucy se comprometiera con una criatura como el conde Tresdon. Era positivamente repulsivo.

Y no podía estar segura de si el olor a alcohol era de la noche anterior o de esa misma mañana. Tampoco sabía cuál de esos era el menor de los males.

—Vamos, Lady Lucia. No hay necesidad de ser tímida conmigo.

Estuvo tentada de abofetearle la cara. ¿Tímida? ¡Por favor!

Pero de alguna manera, no creía que Alice aprobara tal acción.

Su hermana estaba embelesada con Lord Travers, y parecía que el sentimiento era mutuo.

—No soy tímida, Lord Tresdon —replicó mordazmente. — Simplemente no deseo ser... ser...

Lucia no estaba del todo segura de qué decir.

Ser manoseada por un maldito cerdo parecía demasiado insultante, pero era exactamente como se sentía.

—Su discreción le hace honor, querida —el odioso patán le lanzó una sonrisa lasciva. — Quizás podamos escabullirnos a un lugar más discreto.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, él le había tomado el brazo y la arrastraba hacia las ramas bajas de un árbol que no reconocía.

Y aunque estaba en el borde del jardín, a solo unos metros de donde supuestamente estaban sus acompañantes, estaban bastante escondidos de la vista.

Lucia se estremeció. No podía imaginarse nada peor que estar sola con el conde.

Una vez más, lanzó una mirada alrededor, pero nadie estaba lo suficientemente cerca para intervenir.

No había otra opción. Tendría que gritar o levantar sus faldas y salir corriendo.

—Me temo que me ha dado un dolor de cabeza bastante fuerte, Conde Tresdon. Tendrá

que disculparme.

La sonrisa del hombre le dio escalofríos.

—Nada que un buen *descanso* no pueda solucionar, querida. ¿Por qué no deja que yo...

—¿Por qué no toma la indirecta y deja en paz a la dama, Tresdon?

Lucia se giró al escuchar la voz masculina, y su mandíbula se cayó por sí sola.

El príncipe Christopher se alzaba sobre ella, oscuro y claramente enfurecido.

Pero su evidente enojo no estaba dirigido a ella. No, sus ojos lanzaban dagas firmemente a su compañero demasiado familiar.

—S...su Alteza —balbuceó el conde, haciendo una apresurada reverencia, lo que recordó a Lucy hacer una inclinación.

La mirada casi negra del príncipe se posó brevemente sobre ella antes de volverse hacia Tresdon.

Casi sentía lástima por el hombre.

—Y...yo... Es decir, la dama y yo...

—Se estaba retirando —interrumpió el príncipe Christopher.

No era una pregunta. Era una orden.

—P...por supuesto, Su Alteza.

El conde se giró para hacer una reverencia a Lucy, y ella pudo ver el sudor que corría por su frente.

No merecía una reverencia, pero la cortesía dictaba que ella le hiciera una de todas formas.

En cuestión de segundos, el conde había dado media vuelta y desaparecido a través de los jardines, serpenteando por los caminos laberínticos, y Lucia se encontró completamente sola con el príncipe.

El silencio era insoportable, y una vez más, se sorprendió buscando a alguien que apareciera.

Solo que esta vez no era porque estuviera asqueada, o asustada, o irritada. De hecho, sentía lo opuesto a todas esas cosas, lo cual era precisamente la razón por la que necesitaba alejarse del apuesto príncipe lo antes posible.

Una vez más, fue consciente de lo oculto que estaba ese árbol, pero ahora se sentía deliciosamente travieso. El príncipe no le daba miedo. Pero los sentimientos que despertaba en ella sí.

—¿La molestó Tresdon, Lady Lucia?

—Eh... no —logró decir Lucy antes de siquiera pensar en la pregunta. Pero siempre había sido honesta. Demasiado, dirían algunos. — Bueno, en realidad, sí. Odioso ser —respondió con un tono mordaz.

Su sonrisa fue rápida y repentina, y dejó a Lucy sin aliento.

Era una cosa hermosa, aunque en alguna parte de su interior sabía, sin saber cómo lo sabía, que era raro ver a este poderoso y prominente príncipe sonreír libremente.

—Lo es —dijo el príncipe con un leve asentimiento. — Espero que mi compañía sea un poco menos odiosa.

Por Dios, qué encantador era.

Para su horror, Lucy sintió cómo sus mejillas se encendían.

—Estoy segura de que lo será —sonrió débilmente. Y luego, porque no podía mantener sus pensamientos para sí misma, especialmente cuando él estaba convirtiendo su cerebro en jalea, habló de nuevo. — Ahora que ha dejado de mentir sobre quién es.

Se tapó la boca con la mano, pero, por supuesto, el daño ya estaba hecho.

La expresión del príncipe Christopher pasó de vagamente divertida a ceñuda en un abrir y cerrar de ojos.

Lucy sabía que debía disculparse, y abrió la boca para hacerlo.

Pero antes de que tuviera la oportunidad de hablar, él se adelantó.

—No mentí sobre quién soy —espetó, y su temperamento se alzó a la par de su evidente enojo.

—Tampoco fue honesto —respondió ella con el mismo tono.

En alguna pequeña parte de su mente, se dio cuenta de que estaba discutiendo con la realeza. Algo que nunca, nunca se hacía.

Y por lo que sabía, era una acción castigada con la muerte, o con ser arrojada a un calabozo.

No entendía por qué le permitía irritarla tanto. Por qué olvidaba que él era el gobernante de uno de los países más prominentes de Europa.

—Nunca me preguntó quién era.

—¡Sí lo hice! —gruñó. — Simplemente no quiso responderme. Y de todos modos, debió habérmelo dicho.

—¿Cuándo? —exigió él— ¿Cuándo me estaba llamando arrogante o acusándome de tratar a las mujeres como ganado?

Sus palabras hicieron que su estómago se revolviera con el recuerdo de la vergüenza y el horror. Y sí, también la decepción.

Porque, por tonto que fuera, se había permitido pensar todo tipo de cosas salvajemente inapropiadas, escandalosas, pero terriblemente románticas sobre su hombre misterioso.

Pero no era suyo. Y no era solo un hombre.

—Solo dije esas cosas porque no sabía que era el príncipe —respondió entre dientes. — Pensé que era un hombre.

Él levantó una ceja, luciendo tan arrogante que ella quiso pisotear el suelo, por más infantil que fuera.

Lucy puso los ojos en blanco y soltó un suspiro, sintiéndose avergonzada, emocionada e inquieta todo al mismo tiempo.

—Solo quiero decir... Bueno, no es un hombre en el sentido común de la palabra, ¿verdad? Es un príncipe.

—Soy todo un hombre, Lucia —respondió simplemente, suavemente. Las palabras fueron prácticamente un gruñido, y su piel se erizó en respuesta. — ¿Quiere que lo demuestre?

Antes de que pudiera adivinar sus intenciones, el príncipe extendió una mano, agarró la parte trasera de su cuello y tiró de su boca hacia la suya en un beso abrasador.

Capítulo Trece

—Jamás había visto una arquitectura tan maravillosa fuera de Aldonia, Alteza, hasta que veraneé en Budapest. ¿No le pareció que era de un estilo similar?

Christopher apenas escuchaba las palabras de la princesa Sylvie. Afortunadamente, la rubia de aire frío parecía tan desinteresada en su conversación como él.

La verdad era que no había podido concentrarse en nada durante días.

Cada parte de su ser, cuerpo y alma, estaba consumida por Lucia Allenwood.

La había besado. Había perdido el control de sí mismo y la había besado.

Como un maldito joven inexperto sin autocontrol ni consideración por las consecuencias.

Y ahora, ella lo perseguía.

Recordaba vívidamente su jadeo de sorpresa que había destruido su última capacidad de pensar, recordaba cómo había invadido su boca con la lengua y la exquisita tortura de su respuesta, primero vacilante y luego atrevida.

Era una inocente, pero una seductora natural, y lo había atrapado con el aroma de su piel, la sensación de sus brazos aferrándose a su cuello y el roce de su cuerpo contra el suyo.

Con un solo beso, lo había arruinado.

Y luego había huido, y no la había visto desde entonces.

Había pasado tres días. Más importante aún, tres noches pensando en ella. Y eso debía detenerse.

Tenía que concentrarse en su lista, en su potencial esposa, en su país.

No en una joven que no tenía idea de cómo comportarse en público.

Eso no es justo, se reprendió. *Has pasado toda tu vida aprendiendo a comportarte en público y lo tiraste todo por la borda por un solo beso.*

—Su Alteza, por favor, disculpe la interrupción.

Christopher se giró al escuchar una voz justo detrás de él.

Había invitado a la princesa Sylvie a acompañarlo en un paseo por el lago al otro lado del jardín, lejos de donde había besado a Lucia Allenwood hasta hacerla perder el sentido. Parte de la comitiva había ido a la costa, y él había decidido aprovechar la oportunidad para concentrarse en conocer a la princesa, quien había mostrado poco interés en la excursión.

Pero si había esperado que la bella rubia lo distrajera de sus recuerdos, estaba terriblemente equivocado.

Sylvie era fría, compuesta, desapasionada y regia. Solo hablaba cuando se le preguntaba, y lo que decía no era ni ofensivo ni particularmente interesante.

Su cabello no ardía con una colección de rojos pecaminosos diseñados para hacer a un hombre pensar en todo tipo de cosas perversas.

Y sus ojos eran de un azul claro y simple. No eran enormes pozos de color aguamarina en los que uno podía fácilmente ahogarse, ni hacían que un hombre se sintiera como si tuviera que matar dragones por ella.

Era todo lo que Lucia Allenwood no era.

Eso significaba que era la candidata perfecta para ser reina.

Desafortunadamente, también significaba que era más aburrida que una piedra.

Pero él quería *aburrimiento*, se recordó fieramente. El aburrimiento significaba lo adecuado. El aburrimiento significaba no ser una distracción.

Su leal asistente, Hincham, esperaba pacientemente a que Christopher reconociera su presencia.

—¿Qué sucede, Hincham?

—El duque de Luxemburgo ha enviado la misiva que estaba esperando, Alteza. Y pidió que le informara de su llegada de inmediato.

—Gracias, Hincham.

Christopher suspiró internamente de alivio al tener una razón válida para escapar de esta interminable tarde.

—Por favor, acepte mis disculpas, Princesa —levantó una mano e hizo una seña para que se acercara la dama de compañía de la joven. De hecho, había un verdadero séquito de chaperones y ayudantes presentes. — Quizá tengamos la oportunidad de terminar nuestra conversación esta noche durante la cena.

Hizo una reverencia sobre la mano de la dama, sintiendo nada más que una fugaz irritación por no agradarle más.

Y mientras marchaba decididamente hacia el palacio y sus oficinas privadas, tenía que preguntarse qué le había sucedido y, más importante aún, qué iba a hacer al respecto.

***

—Estás siendo tonta. Infantil y tonta. Y andar escondiéndote por las esquinas no te hará menos tonta. O menos infantil.

Lucy se preguntó vagamente si su mente se había roto.

¿Cómo más podía explicar que estuviera hablando en voz alta consigo misma frente a un espejo?

Era su último recurso.

Tres días fingiendo dolores de cabeza para evitar los eventos, tres noches soñando con un hombre increíblemente apuesto, siempre fuera de su alcance.

Recuerdos constantes de su primer y explosivo beso. Era agotador.

Lo peor de todo, no tenía a nadie con quien hablar del tema.

Ojalá pudiera confiar en Alice o en Penelope. Pero, ¿qué les diría exactamente?

Permití que un caballero tomara libertades escandalosas. Ah, y ¿mencioné que es el príncipe? Ya sabes, el mismo príncipe con el que Penelope quiere casarse.

De alguna manera, no creía que ni su hermana ni su prima estarían encantadas de escuchar lo que había hecho.

Pero después de tres días encerrada en su cuarto, necesitaba escapar.

Alice y Penelope se habían ido de picnic esta mañana y estarían fuera todo el día. Normalmente, a Lucy le habría gustado participar en una salida así. Especialmente porque le habría dado la oportunidad de explorar más de Aldonia.

Pero le preocupaba que el príncipe asistiera, así que fingió otro dolor de cabeza y se excusó.

Y eso la dejó sola. De nuevo.

La única gracia salvadora era que sus habitaciones eran positivamente gigantes, así que no le resultaba una gran molestia pasar sus días allí.

Las tapicerías y la ropa de cama eran de un azul pálido, y dos enormes ventanales con parteluces daban vista a extensos jardines cuidadosamente arreglados que se extendían hasta donde alcanzaba su vista.

Todo el palacio debía estar rodeado de varios jardines. Y si no tuviera que mostrarse, habría pasado días explorándolos todos.

Tal como era, solo había asistido a tés y almuerzos que eran estrictamente para damas, y se había saltado todas las cenas.

Pero si continuaba con esa actitud, sabía que la tía Ivy mandaría llamar a un médico.

Una completa pérdida de tiempo porque estaba segura de que no había cura para su tonta lujuria.

No ayudaba que Penelope la visitara todas las noches antes de retirarse, llena de comentarios sobre el príncipe Christopher. Cómo había hecho un esfuerzo por hablar con ella, cómo incluso había conversado con Alice. Cómo había sido tan atento como para preguntar por la salud de Lucy.

Lucy no podía descifrar si él preguntaba por ella para ganarse el favor de Penelope o para asegurarse de que ella seguía fuera de su camino.

Frustración y aburrimiento burbujearon dentro de ella.

No podía quedarse allí durante las siguientes dos semanas y media. Eso sería una locura.

Además, él era el *príncipe*. Demasiado ocupado e importante para asistir a eventos sociales en el palacio con damas de poca importancia.

No es como si fuera a encontrárselo tomando té. Había muchas probabilidades de que estuviera cortejando a Penelope en la costa.

Tomándola entre sus imposiblemente fuertes brazos, despertando en ella un deseo perverso y desconocido con sus labios, su lengua, y...

—¡Basta! —se reprendió a sí misma como una loca.

Reuniendo valor y decisión, Lucy decidió que ya había tenido suficiente de esconderse.

Esa noche habría una cena con baile. No era exactamente un baile, aunque probablemente sería tan extravagante como cualquier otro que Lucy hubiera asistido. Y no iba a perdérselo. Ni por el príncipe Christopher. Ni por nadie.

Lucy bajó la enorme escalera y se dirigió hacia uno de los salones donde parecía que los invitados solían reunirse. La tía Ivy y sus compañeras no habían ido al picnic, así que Lucy supuso que allí las encontraría.

En verdad, prefería dar un paseo, pero no estaba segura de si debía vagar sola por los jardines otra vez. Eso no había traído más que problemas.

Tendría que prepararse para sentarse y escuchar pacientemente las charlas de las damas mayores. Incluso pretender que le interesaban.

—¡Lady Lucia!

Lucy se giró para ver a la princesa Harriet, hermosa en su vestido de seda malva, apresurándose hacia ella.

—¡Querida, han pasado días! ¿Cómo se siente?

Lucy se sintió inmediatamente culpable por la preocupación en el tono de la princesa.

—Oh, um, muy bien, Alteza. Solo... pensé que debería dejarme ver antes de que la tía Ivy o mi hermana se sientan avergonzadas.

La princesa Harriet estudió el rostro de Lucy por un momento antes de sonreír.

—Lady Bonne está disfrutando del té con las otras matriarcas. Y su hermana y su prima se han unido al picnic en la costa y no volverán hasta que sea hora de prepararse para el evento de esta noche. ¿No se lo dijeron?

—Oh, sí. Solo que... no me sentía lo suficientemente bien para acompañarlas esta mañana. Pero, bueno, tres días sola parecían suficientes.

La princesa seguía mirándola, su oscura mirada, tan parecida a la de su hermano, penetraba en Lucy.

—Um... ¿no deseaba ir a la excursión, Alteza? —preguntó, más para romper el silencio tenso que por otra cosa.

Para su sorpresa, la princesa se sonrojó ligeramente.

—He decidido no hacer viajes largos por el momento —dijo la princesa Harriet en tono confidencial, sus ojos brillando. — No en mi... uh... delicado estado.

Lucy abrió mucho los ojos.

—Oh, qué maravilloso —dijo emocionada. — Felicitaciones, Alteza.

—Gracias, Lady Lucia. Sé que no es usual hablar de estas cosas con mujeres solteras, pero estoy tan emocionada.

—Oh, no me molesta en lo absoluto —Lucy agitó una mano. — Y no le diré a nadie.

La princesa Harriet extendió su brazo y lo enlazó con el de Lucy.

—Lady Lucia, ¿por qué no viene a mis aposentos privados y tenemos una charla? Mucho mejor que sentarse con las matriarcas —puso los ojos en blanco, y Lucy no pudo evitar reír ante la travesura de la princesa. — Y puedo contarte todo sobre el bebé y lo feliz que está Jacob. ¿Le he contado cómo me enamoré de él? Es toda una historia.

Lucy sonrió a su nueva amiga.

—Eso suena maravilloso, Alteza —dijo, sintiéndose mucho mejor.

Si estaba oculta en el ala de la princesa Harriet, no corría el riesgo de ver al príncipe, incluso si él no había ido al picnic.

—Y por favor, llámeme Lucy.

La princesa Harriet la condujo a una parte del palacio que Lucy aún no conocía.

Hablaron sobre la emoción de la princesa por la llegada de su bebé, hablaron sobre Alice y lo cercana que parecía estar a Lord Travers. Hablaron sobre el príncipe Alexander y los preparativos para su llegada.

Para el infinito alivio de Lucy, no mencionaron al príncipe Christopher.

Comenzó a relajarse completamente cuando llegaron a los aposentos privados de la familia.

Incluso empezó a preguntarse por qué se había escondido de esa manera.

Las damas giraron en una esquina, y un movimiento adelante captó la atención de Lucy.

Miró hacia arriba y su corazón se hundió.

Caminando junto al esposo de la princesa Harriet estaba la exacta razón por la que se había escondido.

Y él venía directamente hacia ella.

Capítulo Catorce

—Maldita sea.

Christopher no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Jacob levantó una ceja.

—¿Problemas? —preguntó con suavidad.

—Ah... bueno...

Sí.

—No —respondió.

¿Era un problema que estuviera a punto de encontrarse con la mujer de la que no podía mantener las manos alejadas?

Sí, definitivamente lo era.

—Serías un espía terrible, Alteza —comentó Jacob desde la comisura de los labios. — Eres un mal mentiroso.

—¿Te gustaría una visita a las mazmorras, Lauer?

La suave risa de Jacob hizo que Christopher quisiera darle un puñetazo.

Se detuvieron frente a Harriet y Lady Lucia, y por más que lo intentara, Christopher no podía evitar que su mirada devorara a la dama por completo.

Dios, se ponía más hermosa cada vez que la veía. ¿Cómo era eso posible?

Sus ojos recorrieron su figura, deteniéndose en las profundidades acuosas de los suyos, y maldito sea si su corazón no se detuvo un instante.

No podía dejar de recordar aquellos ojos deslumbrados, brillantes de pasión.

—Cariño, ¿no se suponía que debías descansar?

La voz de Jacob sonó junto a Christopher, pero no podía apartar la vista de Lady Lucia. Observó con fascinación cómo sus mejillas se tornaban de un rosa encantador, y se encontró desesperado por saber qué lo había provocado.

—Lo estaba haciendo. —Harriet sonó ligeramente a la defensiva. — Estaba estirando las piernas cuando me encontré con Lucy. Ella ha tenido piedad de mí y ha aceptado hacerme compañía.

Lucy.

El corazón de Christopher se apretó al escuchar el nombre.

¿Había sido solo hace unos días que pensó que Lucia no le quedaba? Lucy era mucho mejor. Lindo y menos reservado. Era un encaje perfecto.

¿Y por qué le importaba cómo se llamaba la chica?

—Es un placer para mí —intervino Lucia, Lucy, sonriendo tímidamente a Jacob. — He estado encerrada durante tres días. Estoy agradecida por la compañía.

Tan pronto como habló, sus ojos se volvieron hacia Christopher, y el rubor en sus mejillas se profundizó aún más.

¿Estaba recordando lo que había pasado entre ellos hace tres días? Él seguro que sí.

—Harriet mencionó que había estado enferma. Espero que se haya recuperado.

—Sí, bastante. Gracias.

La pregunta amistosa de Jacob hizo que Christopher se sintiera como un sinvergüenza.

Era el Príncipe Heredero. El supuesto gobernante encantador de esta tierra. Sin embargo, no había pronunciado una palabra ni preguntado por la chica.

Ella no sabía que él había prácticamente interrogado a Lady Penelope cada noche para informarse sobre ella.

Y al hacerlo, le preocupaba haberle dado a la chica alguna especie de falsa esperanza respecto a su interés.

Por eso había pedido a la Princesa Sylvie que lo acompañara esa mañana.

Y por eso prestaría especial atención a la Duquesa Dorothea esa noche.

No quería dar a ninguna de las damas de la lista algún tipo de esperanza. No hasta que se hubiera decidido por una de ellas.

—Su Alteza y yo estábamos terminando una reunión. ¿Por qué no nos unimos a ustedes para el té?

La cabeza de Christopher se giró hacia Jacob tan rápido que se sorprendió de no haberse hecho daño.

Jacob tenía una sonrisa extrañamente satisfecha en los labios.

¿Cuándo había perdido el rumbo de su propia vida a manos de su entrometido cuñado? Se negaría, por supuesto.

Él era el gobernante de Aldonia.

No tenía tiempo para sentarse a beber té con damas que no le interesaban.

Al volverse para rechazar una sugerencia tan ridícula, notó que los ojos de Lady Lucia se agrandaban. Estaba fascinado por las profundidades verdeazuladas. Así como lo estaba por los labios en forma de capullo que se abrían en un sorprendido “Oh”.

—Christopher, nunca te había visto tomando tiempo de tu día para tomar té.

—Eso es porque no tomo tiempo de mi día para tomar té —respondió bruscamente.

Harriet puso los ojos en blanco, pero Christopher se concentraba en la reacción de Lady Lucia.

Sus hombros se relajaron al exhalar, y él pudo ver el alivio reflejado en su rostro.

Y sorprendentemente, se encontró curioso por su reacción.

¿Por qué estaba aliviada?

¿Era su compañía tan desagradable para ella? La mayoría de las personas caminaría sobre brasas por la oportunidad de tomar té con el Príncipe Heredero de Aldonia.

Quizás—solo quizás—estaba aliviada porque también sentía la extraña atracción entre ellos. Esa atracción que era tan indeseable como innegable.

¿No podía olvidar ese beso explosivo, igual que él?

Un diablillo de travesura despertó dentro de él. Uno que nunca había experimentado antes.

—Sin embargo, siempre hay una primera vez para todo. Vamos.

Como había sospechado, el rostro de Lady Lucia se desanimó.

Quizás debería sentirse ofendido, pero todo lo que sentía era diversión.

No debería importarle, pero quería saber exactamente cuál era el problema de la dama con pasar tiempo con él.

Jacob era un maestro en leer personas. Quizás tendría alguna idea.

Las damas caminaron adelante, Lady Lucia mucho más contenida de lo que había estado, y Christopher se volvió hacia Jacob.

Pero, en lugar de observar a Lady Lucia, Jacob lo estaba observando a él. Y la expresión de especulación divertida en el rostro de su cuñado fue suficiente para hacer que Christopher pensara que quizás esta no había sido su mejor idea después de todo.

***

—Lord Travers parece estar absolutamente enamorado de tu hermana, querida. No me sorprendería que le propusiera matrimonio.

Lucy, decidida a mantener su atención en la princesa y no en el príncipe, que la observaba en silencio desde la ventana, sonrió y sorbió su té.

Desde que entraron en la sala de estar de la Princesa Harriet, él la había estado observando.

No había hablado. Solo observaba.

Y en lugar de hacerla sentir incómoda, despertaba esa deliciosa y peligrosa sensación dentro de ella. La que solo sentía con él.

Cuando aceptó unirse a ellos para el té, casi se muere. Lo último que esperaba o quería hoy era pasar su tiempo con él.

Y, sin embargo...

No podía negar la emoción, así como no podía negar el impacto que tenía en su corazón.

Era una locura. ¡Locura total! Completamente insensato.

Y totalmente innegable.

—Creo que ella también parece tener una cierta inclinación por el caballero —respondió ahora tan firmemente como pudo.

—Es de excelente linaje, por supuesto —continuó la princesa. — Estoy segura de que a tu padre le complacería mucho la unión.

—No estoy segura de que le importe —soltó Lucy antes de poder pensarlo mejor. — O incluso que le preocupe.

La princesa Harriet parpadeó con sorpresa, y Lucy sintió que su estómago se hundía.

¿Cuándo aprendería a mantener sus pensamientos para sí misma?

Sintió sus mejillas arder y no pudo resistir la tentación de mirar hacia el Príncipe Christopher.

Su corazón dio un salto al darse cuenta de que él la estaba mirando. Era como si estuviera mirando directamente a su alma.

Pero no parecía descontento ni desaprobador, como habría pensado. Más bien, lo notó intrigado y, con un sobresalto, incluso comprensivo.

—Los padres rara vez se preocupan por sus hijas —dijo suavemente la Princesa Harriet.

—O por sus hijos.

Una vez más, la mirada de Lucy se disparó hacia el príncipe ante esas palabras amargas.

Él seguía mirándola, pero esta vez sintió una afinidad con él. Como si realmente comprendiera lo que era tener un padre desinteresado.

Sin embargo, ¿cómo podía ser eso?

Cuánto tiempo se sentó Lucy allí hipnotizada por su mirada oscura no podría decirlo. Todo lo que sabía era que el aire entre ellos parecía cambiar. Se llenaba de esa extraña energía que la envolvía cada vez que él estaba cerca.

Finalmente, el sonido de una tos la sacó de su ensueño, y se volvió para ver a la Princesa Harriet observándola de manera especulativa y al Señor Lauer sonriendo de oreja a oreja.

—Cariño, te ves cansada. ¿Te gustaría descansar un poco antes de la fiesta de esta noche?

Lucy frunció el ceño ante el repentino cambio de tema, aunque estaba agradecida a Mr. Lauer por romper la tensión.

Mientras observaba, parecía que se establecía una comunicación tácita entre la pareja, y la Princesa Harriet se volvió hacia Lucy con una sonrisa de disculpa.

—Me temo que este pequeño príncipe o princesa sabe cómo cansarme —dijo a Lucy .—

¿Le importaría si descanso un rato?

—Por supuesto que no—dijo Lucy, demasiado educada para cuestionar el extraño comportamiento repentino de la princesa. Incluso Lucy sabía que era bastante poco ortodoxo esencialmente despedir a sus invitados.

La Princesa Harriet sonrió serenamente antes de volverse hacia el Príncipe Christopher.

—Christopher, por favor, acompaña a Lady Lucia de vuelta a los cuartos de invitados. No me gustaría que se perdiera en este laberinto de palacio.

Lucy sintió que sus mejillas se incendiaban una vez más en presencia del príncipe.

Cualesquiera que fueran las habilidades del Señor Lauer, y según la Princesa Harriet eran muchas, la sutileza no era una de ellas.

Claramente, él y la princesa habían estado tramando esto. Lucy sintió un respeto a regañadientes por su capacidad para urdir su plan sin pronunciar una palabra.

No quería mirar en dirección al príncipe.

No había pasado tiempo cerca de él, y mucho menos con él, desde que la besó.

Por favor, di que no, por favor, di que no, por favor, di que no, suplicaba en su mente.

Él era el Príncipe Heredero. Podía ser tan grosero como quisiera y nadie podría hacer nada al respecto.

Y nunca había dudado en ser grosero con ella antes.

El silencio tras la solicitud de la Princesa Harriet era exasperante.

Finalmente, cuando Lucy no pudo soportarlo más, lo miró.

Él estaba mirando a su hermana con desprecio, y el estómago de Lucy se retorció de humillación.

No iba a sentarse allí y permitirle que se negara. Tendría que disculparse y marcharse. No había otra opción.

Lucy se levantó de un salto, haciendo un gesto de sacudir sus faldas lavanda, para no tener que mirar a ninguno de ellos a los ojos.

¿Qué creía que estaba haciendo, en todo caso? Lucia Allenwood simplemente no estaba hecha para tomar té con la realeza.

Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, el Príncipe Christopher habló.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo en voz baja. Simplemente. Sin señales de frustración o enojo. Sin inflexión alguna, de hecho, así que Lucy no podía adivinar su estado de ánimo o pensamientos.

Se encontró mirándolo en silencio.

—Maravilloso. —La Princesa Harriet se puso de pie y caminó hacia donde el señor Lauer le ofrecía el brazo.

—¿A dónde crees que vas?

El Señor Lauer se volvió ante la pregunta del Príncipe Christopher.

—Me aseguro de que mi esposa esté cómoda. ¿Necesitas un escolta para acompañar a la dama?

Lucy miró nerviosamente entre el príncipe y su cuñado.

No sabía mucho sobre el Príncipe Christopher, salvo que era sombrío, arrogante y poco sincero sobre quién era. Oh, y que sus besos hacían que el mundo entero se moviera en su eje, y la hacían sentir más viva que nunca.

Pero no podía imaginar que fuera del tipo que tolerara comentarios despectivos e incluso bromas de nadie, ni siquiera de su cuñado.

Pero, mientras los observaba, vio otra de esas pequeñas comunicaciones secretas y

silenciosas. Y después de unos momentos tensos, el príncipe suspiró y sacudió levemente la cabeza.

—Por supuesto que no necesito un escolta —gruñó. —Estaré en mi oficina en una hora.

La confusión de Lucy solo aumentó tras el extraño intercambio.

El Señor Lauer parecía complacido consigo mismo. La Princesa Harriet lucía encantada y divertida a partes iguales.

Y el Príncipe Christopher...

Lucy tragó saliva al observar su mueca mientras le ofrecía el brazo.

Bueno, el Príncipe Christopher parecía como si hubiera tragado un panal de avispas.

Lucy sintió una explosión de ira ante su evidente desagrado.

No era como si ella le hubiera pedido que la acompañara. El palacio era cavernoso, pero era perfectamente capaz de encontrar su propio camino.

Quería girar sobre sus talones y marcharse de su lado.

Quería decirle exactamente lo que pensaba de él y de su mal humor.

Pero no podía. Era de la realeza. El gobernante de Aldonia y dueño del palacio donde actualmente era invitada.

Lucy podía luchar con ciertas normas sociales a veces, pero sabía que no podía ser grosera con un príncipe. Incluso uno que lo mereciera.

Mientras se quedaba allí mirando su brazo, el príncipe suspiró cansadamente.

—¿Está lista, mi lady? —preguntó en un tono que no era menos que completamente hastiado.

Y todas las intenciones de Lucy de comportarse apropiadamente y ser sumisa ante el príncipe se desvanecieron de inmediato.

—Estoy segura de que está usted muy ocupado, Alteza —dijo con desdén. — Demasiado ocupado para acompañarme. No me perderé. Puedo arreglármelas perfectamente sin usted.

Y sin decir ni una palabra más a ninguno de ellos, se dio la vuelta y se marchó tal como había querido.

Capítulo Quince

Christopher se quedó mirando la puerta, paralizado por la sorpresa.

Trató de recordar alguna ocasión en la que alguien lo hubiera ignorado o se hubiera marchado mientras hablaba con él, y por más que lo intentó, no pudo pensar en ni una sola.

¡Era el príncipe Christopher de Aldonia, maldita sea! ¿Por qué eso parecía importarle a todo el mundo excepto a ella?

Una risa ahogada sonó a sus espaldas, y Christopher se giró para ver a Harriet claramente encantada de que alguien lo hubiera dejado plantado.

Incluso Jacob tenía una estúpida sonrisa en la cara.

—No te quedes ahí parado, Christopher. La estás perdiendo.

—No voy a perseguir a una loca por todo mi palacio —respondió Christopher, sintiéndose inusualmente a la defensiva.

—¡Ella no es una loca! —exclamó Harriet. — Simplemente no parecía muy impresionada por tu arrogancia.

Christopher frunció el ceño hacia su traidora hermana.

¿Era arrogante? Quizá. Pero también era ocupado e importante, y no tenía tiempo para correr detrás de chicas desconcertantemente hermosas.

—Estoy seguro de que encontrará su camino sin escolta —dijo ahora, negándose a morder el anzuelo de Harriet. — Hay guardias y sirvientes por todas partes. ¿Cuántos problemas podría causar?

Sin embargo, mientras hacía la pregunta, su mente ya corría pensando en cuántos problemas podía, de hecho, causar. Nunca había conocido a nadie tan capaz de atraer problemas.

—Tiene razón, por supuesto, Alteza —respondió Jacob con suavidad. — Hay más de un caballero aquí que estaría encantado de robarle unos momentos a la dama, si se la encuentran sola. Y si se cruza con el conde de Tresdon, ese hombre seguramente...

Christopher no esperó a que Jacob terminara.

Tan pronto como mencionó a Tresdon, una ola de celos protectores lo recorrió y lo hizo moverse hacia la puerta antes de que siquiera se diera cuenta.

Sin embargo, fue muy consciente de la risa de Jacob siguiéndolo fuera de la habitación.

Tan consciente como lo era de que su comportamiento se estaba volviendo tan evidente como problemático.

Pero eso no lo detuvo de correr tras ella, no fuera que se encontrara con alguien con quien no quisiera encontrarse.

O peor aún, con alguien con quien *sí* quisiera encontrarse.

Tresdon había sido claramente un problema. Pero, ¿qué pasaba con los otros jóvenes aquí? ¿Qué pasaba con los condes, duques y marqueses que estaban en busca de una esposa?

No había un hombre vivo que no quisiera a la sirena pelirroja de ojos aguamarina como esposa.

Excepto él.

Solo que, Christopher exigía honestidad consigo mismo mientras caminaba por el pasillo, eso no era verdad.

Christopher, el hombre, movería cielo y tierra para tenerla.

Pero Christopher, el príncipe heredero, sabía que era imposible.

Un destello de color captó su atención, y se detuvo lentamente.

Lady Lucia estaba de pie en el corredor de cristal que conectaba los aposentos privados del palacio con las habitaciones para invitados y las oficinas oficiales.

Era una peculiaridad arquitectónica de la que Christopher nunca había sido particularmente fanático, aunque era el lugar favorito de Harriet en el palacio.

Sin embargo, ahora, con la luz del sol de la tarde iluminando el cabello de Lucia en rojos ardientes y dorados bruñidos, resaltando los suaves y lisos contornos de su rostro, de repente le encontró aprecio.

Era exquisita. Una visión.

Y estaba en más problemas que nunca en su vida.

***

Lucy sintió la llegada del príncipe Christopher antes de oír sus pasos.

La ira y la vergüenza habían alimentado su huida de él en los aposentos de la princesa Harriet.

Pero no pudo resistirse a detenerse para admirar la vista desde ese corredor. La princesa Harriet le había contado a Lucy sobre la maravillosa propuesta del señor Lauer en ese mismo lugar donde lo había visto por primera vez de niña.

Era demasiado romántico para que Lucy pudiera resistirse, y se quedó mirando el patio que había marcado el destino de la princesa Harriet.

La princesa había mencionado que sus hermanos estaban allí el día que vio por primera vez a su futuro esposo. Y el corazón de Lucy se había detenido alarmantemente ante la idea de ver al príncipe Christopher resplandeciente en el uniforme azul del ejército de Aldonia.

Estaba allí, atrapada en la visión de él, cuando sintió su aproximación.

—Se mueve bastante rápido para ser tan pequeña, Lady Lucia.

Lucy se giró para enfrentarlo.

—No tenía que venir a buscarme, Su Alteza. Como dije, soy perfectamente capaz de encontrar el camino a mis aposentos sin causar ningún daño.

El príncipe Christopher la miró durante lo que pareció una eternidad. No sabía por qué. Tampoco sabía si él estaba particularmente contento con lo que veía en su rostro.

Lo único que sabía era que cuanto más tiempo él se quedaba allí mirándola, más ese *algo* travieso y lascivo se desplegaba en su interior.

La hacía sentir cálida y temblorosa a la vez. Como si su piel ardiera solo por esos oscuros, pecaminosos ojos que parecían penetrar su alma.

Estaba aterrorizada. Y emocionada. E insana por sentir cualquiera de esas dos cosas.

—Perdóneme si no estoy del todo de acuerdo con eso, mi señora. Después de todo, ¿cómo sé que alguna de mis vasijas no habría llamado su atención por el camino?

Lucy frunció el ceño, confundida por su enigmático comentario.

No podía descifrar su estado de ánimo. Parecía casi... juguetón. Sin embargo, sabía que eso sería imposible.

—¿Sus vasijas? —repitió con incertidumbre.

—Mis vasijas —repitió él. — No olvide que sé de su secreto gusto por el robo, Lucy. Difícilmente puede esperar que confíe en usted sola en mi palacio.

La mandíbula de Lucy se cayó. No solo por su acusación en tono de broma, sino también por el uso casual de su nombre. Y cielos, ¡el hombre había sonreído mientras hablaba!

¡Su pobre corazón no podía soportarlo!

Y, por mucho que hubiera estado molesta con él, por mucho que sintiera envidia de

Penelope y de las otras damas que serían consideradas lo suficientemente buenas para el poderoso príncipe heredero de Aldonia, no podía resistirse a este lado encantador y sonriente de él.

Le recordó su encuentro en el rincón y no pudo resistirse a la atracción que él ejercía sobre ella.

—Creo que encontrará que mi afición por el robo solo se extiende a los jardines, Su Alteza —sonrió tímidamente. — Y nunca me quedé esas rosas. ¿Qué hizo con ellas?

Su risa le provocó escalofríos a Lucy.

—No podía llevar a cabo muy bien mis asuntos con las flores robadas en mi posesión, mi señora. Me temo que no puedo vivir la vida de un criminal como usted.

Lucy levantó una ceja, apenas atreviéndose a creer que estaban conversando tan fácilmente.

—Ah, pero sin evidencia de mi crimen, ¿cómo puede probar que soy una criminal?

—Un excelente punto, mi señora. Y por favor, acepte mis disculpas por deshacerme de los frutos de su trabajo.

Hizo una pausa y le sonrió de manera conspiratoria, y Lucy supo que su corazón estaba en un creciente peligro de perderse por completo en este hombre. Príncipe o plebeyo, no le importaba. La imposibilidad de su situación no tenía relevancia.

Era simplemente imposible no sentirse completamente cautivada por él.

—Y ya que la culpa es mía, permítame extenderle una invitación oficial y real para recoger rosas en los jardines del palacio. Las que quiera y tan a menudo como desee.

—Oh. Bueno, g...gracias, Su Alteza —respondió tímidamente.

Lucy permaneció de pie, sintiéndose decididamente insegura de sí misma.

Si él le ofrecía escoltarla en ese momento, no se negaría.

Cualquiera que fuera el estado de ánimo que había en el salón de su hermana, parecía haberse disipado. Al menos por ahora.

En resumen, él era un hombre muy confuso.

Pero cuando se comportaba de esta manera, cuando le recordaba su interludio secreto, y ella recordaba ese beso, se sentía casi desesperada por estar en su compañía.

Cómo podía ser tan completamente tonta era un misterio. Sabía que no debía enamorarse de un príncipe. O al menos, debería saberlo.

Pero en ese momento, él no parecía el príncipe. En ese momento, solo era el hombre al que le había lanzado flores y con el que había compartido conversaciones en susurros.

Era como si fuera dos personas completamente diferentes.

—Le ofrecería ir a los jardines ahora mismo, pero sé cuánto tiempo necesitan las damas para prepararse para las cenas y los bailes y cosas por el estilo.

—Y sé lo ocupado que debe estar —respondió rápidamente, no fuera que hiciera algo tonto como rogarle que la llevara a los jardines. — Con un país que gobernar y... y siendo real — terminó de manera algo patética.

Era cierto, de todos modos, que las damas requerían horas para prepararse. Solo que Lucy nunca había sido capaz de pasar su tiempo así. Por lo general, estaba demasiado inquieta para relajarse en baños de lavanda y pasar interminables horas con alfileres y plumas clavadas en el cabello.

El silencio se alargó mientras Lucy deseaba tanto huir como quedarse.

Finalmente, él habló.

—Me encuentro con algo de tiempo libre esta tarde, Lady Lucia —dijo suavemente.

De repente, Lucy sintió como si estuviera en una especie de encrucijada.

Él le había dado la excusa perfecta para alejarse de él; tenía que prepararse para la velada.

Y él seguía siendo ese príncipe arrogante y distante que estaba eligiendo una reina como si fuera un caballo.

Y, por supuesto, estaba el pequeño asunto de su interés en su prima.

Y sin embargo…

Sabiendo que estaba siendo completamente idiota, Lucy respiró hondo y esperó que sus mejillas no estuvieran tan visiblemente sonrojadas como se sentían.

—Y encuentro que no me toma tanto tiempo prepararme para las veladas, Su Alteza —dijo. Bueno, más que decirlo, lo croó. Pero lo dijo.

Sus ojos brillaron con un fuego repentino que hizo que el estómago de Lucy se revolviera de forma salvaje.

No podía nombrar la emoción. Y desapareció tan rápido que podría haberla imaginado, de no ser por su corazón desbocado.

Fuera lo que fuera, sabía que significaba problemas.

—Entonces, ¿damos un paseo por los jardines? —Su voz era profunda y áspera mientras le ofrecía el brazo.

Oh sí. Sin duda alguna, problemas, pensó Lucy mientras tomaba el brazo que él le ofrecía.

Los problemas más exquisitos que existían.

Capítulo Dieciseis

Christopher pensó en las cien misivas apiladas en su escritorio, esperando ser respondidas.

Pensó en sus criterios para elegir esposa.

Pensó en cada razón válida que tenía para no pasar tiempo a solas con la tentadora que estaba a su lado.

Y luego ignoró todo eso por la oportunidad de estar solo con ella.

Cuando la vio allí, bañada por la luz del sol, algo se rompió dentro de él. Algo que se parecía mucho al muro defensivo que siempre había mantenido alrededor de su corazón.

Y, aunque era una tontería, decidió dejar la corona a un lado por un rato. Dejar a un lado las responsabilidades y las exigencias de una vida real, y ser simplemente Christopher, el hombre.

Quizá un par de horas en su compañía servirían para curar lo que fuera esta atracción absurda.

Su belleza, en gran medida, podía ignorarla.

Lo que más lo distraía era su lengua afilada y su mente ágil. Las vulnerables y despreocupadas charlas. Cómo parecía decir lo primero que se le venía a la cabeza y no notaba, o no le importaba, que no era algo que se hiciera con la realeza.

Probablemente solo estaba tan distraído y fascinado porque no estaba acostumbrado a eso.

Si la escuchaba hablar un rato, seguramente perdería su encanto.

Claro que también había supuesto que su deseo por ella se desvanecería. Que el recuerdo de un inocente beso no lo atormentaría ni lo mantendría despierto por las noches.

Y había estado equivocado. Dolorosamente equivocado.

Pero esto era diferente.

Esto funcionaría.

—¿Está disfrutando su estadía, Lucy? —preguntó, observando su rostro de cerca en busca de una reacción.

Sabía que no debía llamarla por su nombre de pila, por supuesto. Especialmente uno que claramente solo usaban sus familiares y amigos cercanos.

Pero Lucia no le quedaba bien; lo había pensado días atrás.

Y la verdad era que no podía resistir la intimidad de llamarla Lucy. No podía resistir intentar provocar ese sonrojo revelador en sus mejillas.

Ninguna de las damas de su círculo se sonrojaba. La reacción era tan inocente, tan refrescante y honesta.

Tal como ella.

Para su deleite, sus mejillas se ruborizaron, y no deseaba nada más que acariciar una de ellas con el pulgar. Pero, por supuesto, no lo hizo.

—Supongo que el hecho de que sea usted príncipe significa que no puedo regañarle por llamarme Lucy —dijo secamente. — Aunque ambos sabemos que no es lo correcto. Alice me mataría.

Sonrió ante su franqueza, sintiéndose más ligero y despreocupado de lo que se había sentido en años, quizá nunca.

—Bueno, no diré nada si usted no lo hace —respondió. — Además, técnicamente, si alguien pudiera realmente tener su cabeza, sería yo, ¿no?

Lucy se quedó boquiabierta, soltando una pequeña risa sorprendida, y maldición, si ese sonido no hizo que su corazón se acelerara.

—No decapita usted a la gente, ¿verdad? —preguntó con los ojos grandes y redondos, pero había una chispa de travesura en ellos.

Eran lo más hermoso que Christopher había visto, se dio cuenta de repente.

Cada país que había visitado. Cada obra de arte que había visto. Palidecían en comparación con la belleza de sus ojos.

—Podría. Si realmente quisiera —dijo con severidad fingida antes de dejar escapar una sonrisa. — Pero no, nunca he sentido la necesidad de quitarle la cabeza a nadie.

—Debe ser agradable tener la opción —replicó ella, y no pudo evitar reírse de su desfachatez.

—Su padre debe haber tenido las manos llenas con usted —dijo mientras se dirigían a una parte de los jardines que Christopher creía que Lucy no había visto aún.

Se sorprendió al darse cuenta de cuánto disfrutaba su conversación. Y de lo emocionado que estaba por mostrarle los jardines a los que la estaba guiando.

Estos jardines en particular no eran muy frecuentados. Ciertamente no por él.

Cuando eran niños, Hari y Alex habían pasado mucho tiempo en ellos, pero a medida que crecieron, quedaron algo abandonados.

Pero estaban llenos de estanques y senderos, sauces llorones y una abundancia de rosas aldonianas. Estaban cuidadosamente cultivados, pero mantenían un aire de abandono y salvajismo. Sabía ahora que el jardinero del palacio debía haberlos diseñado así, probablemente para fascinar a los niños reales. Pero de joven, los había considerado casi mágicos.

Tenía la sensación de que Lucy pensaría lo mismo.

Para su sorpresa, en lugar de reírse y estar de acuerdo con su comentario, una sombra de tristeza cruzó sus expresivos ojos.

—Para ser honesta, no creo que mi padre notara mucho mi comportamiento, Su Alteza. De hecho, no me sorprendería si ya se ha olvidado de Alice y de mí, ahora que no estamos en medio de su camino.

Ella había dicho algo similar en el salón de Harriet.

Christopher sintió una extraña pero reconfortante afinidad con la dama.

No podía imaginar *cómo* alguien podía ignorar la presencia de ella. O por qué querrían hacerlo.

—Debe ser difícil para usted —dijo suavemente, deteniéndose.

Habían llegado a la entrada de los jardines, pero ella no parecía notarlo. No era sorprendente, ya que estaba escondida detrás de un muro de rosas trepadoras. Nadie la encontraría a menos que supiera dónde buscar.

Lucy se encogió de hombros, pero él vio cómo se apagaba el brillo de sus ojos.

—Como dijo su hermana, los padres no siempre se preocupan por sus hijas.

—Y como yo dije —respondió Christopher con una honestidad que no solía utilizar, — lo mismo puede decirse a veces de los padres con sus hijos.

Lucy lo miró, con el cuello inclinado y los ojos agudos y atentos.

—Seguramente eso no puede ser cierto para un rey y su heredero —preguntó con vacilación, como si eligiera cuidadosamente sus palabras.

Christopher sintió un momento de pánico. Rara vez, si es que alguna vez, había tenido

una conversación honesta y abierta con alguien. Especialmente con alguien a quien solo conocía desde hacía una semana.

Sin embargo, sus defensas parecían inútiles ante esta diminuta señorita. No quería mentirle. No quería ser el príncipe encantador y, sin embargo, sin emociones.

Solo quería ser él mismo.

—Es especialmente cierto para un rey y su heredero —dijo. — La verdad es que un rey no tiene mucho tiempo para ser padre, Lucy. O al menos, el mío no lo tuvo.

Ella parpadeó sorprendida antes de levantar la mano y colocarla suavemente sobre su antebrazo.

El contacto, por simple que fuera, despertó en Christopher un potente deseo y le recordó que esta mujer representaba un peligro constante para todos sus cuidadosamente trazados planes.

Y ese pensamiento le dio la fuerza para dar un paso atrás y romper la insoportablemente fuerte conexión.

—He sido… algo desagradable con usted en ocasiones, Lady Lucia —dijo, luchando por contener la sonrisa cuando ella levantó una ceja.

—¿Se refiere a cuando mintió sobre quién era? ¿O cuando actuó como si mi compañía fuera un castigo?

—Ambas veces —admitió él con una reverencia que le arrancó una sonrisa a regañadientes.

—Pero espero que esto lo compense.

Christopher se sentía casi eufórico mientras daba un paso hacia la entrada oculta de sus jardines secretos.

Apartó las flores que ocultaban la puerta de hierro y, con no más que un empujón rápido, la abrió y retrocedió para dejar que Lucy pasara delante de él.

La observó mientras cruzaba y, al dar una vuelta para asimilar todo, jadeó con los ojos llenos de asombro y su cabello resplandeciendo bajo el sol de la tarde.

—Dios mío —susurró. — Es perfecto.

Y lo era. Ella lo era.

En ese momento, Christopher sintió que el mundo mismo era perfecto.

***

Lucy intentaba desesperadamente mantener su corazón bajo control mientras exploraba ese maravilloso y mágico lugar.

El príncipe Christopher parecía una persona diferente mientras paseaban por el jardín, señalándole varias cosas.

Ella podría haberse quedado allí para siempre. Solo los dos. Sin títulos, sin política. Solo un hombre y una mujer disfrutando de la compañía del otro.

Por supuesto, si alguien descubría que estaba allí a solas con el príncipe, estaría completamente arruinada, tanto aquí como en su hogar.

Pero, por mucho que lo intentara, no le importaba.

El príncipe Christopher la entretenía con historias de su juventud, aunque no pudo evitar notar que la mayoría de las aventuras de las que hablaba pertenecían a sus hermanos, no a él.

—¿No pasaba mucho tiempo aquí de niño? —preguntó mientras observaban a los peces de colores moverse en uno de los estanques.

—No tenía tiempo para ello —respondió, sin apartar los ojos del agua. — Ser el heredero de un trono no deja mucho tiempo para el ocio. Ni de niño ni de hombre.

Aunque se encogió de hombros con indiferencia al hablar, Lucy no pudo evitar sentir una

punzada de simpatía por él.

Pensó en el palacio decorado con tanta elegancia, las riquezas y el lujo que los rodeaban, y aunque era agradable, no debía de ser mucho consuelo para un niño que nunca había tenido permiso para serlo.

—Debe ser una existencia bastante aburrida para un niño —dijo, observando su rostro.

Él se volvió para mirarla, sus oscuros ojos penetrando los suyos.

—La mayoría de las personas lo consideran un privilegio —dijo suavemente.

—Y lo es, supongo —respondió ella. — Pero sigue siendo aburrido.

Su sonrisa torcida hizo que el corazón de Lucy latiera tan rápido que casi se le salía del pecho.

¿Por qué tenía que ser tan apuesto?

¿Cómo iba a recordar que él estaba destinado a casarse con alguien perfectamente adecuada para ser reina, cuando la miraba de esa manera? Cuando el sol hacía que su cabello negro brillara, cuando su cercanía la abrumaba, cuando podía oler el aroma a sándalo que le hacía cosquillas en el estómago.

—Me gusta cómo es usted así —soltó de repente, y de inmediato sintió sus mejillas arder.

El príncipe Christopher arqueó una ceja.

—Yo... quiero decir... —balbuceó y titubeó por un momento antes de soltar un suspiro de derrota. Ya había hablado, así que mejor ser honesta.

—Solo quiero decir que siento como si fuera dos personas diferentes. El hombre que conocí en la escalera, mi cómplice. —Sonrió tímidamente. — El hombre con el que compartí una reunión secreta en el corredor. Y luego el príncipe. El gobernante de un país, todo... todo orgulloso, serio y reservado. Dedicado completamente a su pueblo.

Sus ojos se abrieron ligeramente antes de entrecerrarse de repente, y se veía más severo de lo que jamás lo había visto.

Bueno, ya lo había arruinado.

—Lo que quise decir es que usted... bueno, que a veces es el príncipe Christopher y a veces es simplemente Christopher y, y me gusta cuando es solo Christopher. No es tan severo. Tan intimidante.

El silencio que siguió a su arrebato fue insoportable, y Lucy solo quería salir corriendo.

¿Por qué había abierto la boca? Este lugar era glorioso, y él había sido tan maravilloso, y lo había arruinado soltando las tonterías que pasaban por su mente.

Preparándose para aún más humillación, abrió la boca para disculparse.

Pero no tuvo la oportunidad.

Antes de que supiera exactamente lo que estaba ocurriendo, el príncipe Christopher la atrajo hacia él, capturando su jadeo de sorpresa en un ardiente beso.

Capítulo Diecisiete

No podía seguir besándola así, lo sabía Christopher.

Independientemente de lo que él sintiera, o de lo que esperaba que ella sintiera, el hecho era que él sería rey y necesitaba a alguien que pudiera ser reina.

Pero que el diablo lo llevara, no podía resistirse a ella.

Era impotente cuando se trataba de ella. Y aunque hasta ahora había podido controlarse, cuando ella habló de que él era dos personas diferentes, el último atisbo de control que le quedaba se rompió.

Por primera vez en su vida, Christopher sintió que otra persona lo conocía. Que lo veía de verdad como el hombre que era y no solo como la corona que llevaba.

Y eso lo afectaba de formas que ni siquiera podía articular.

El hecho de que esa persona que veía su verdadero ser fuera la misma por la que él sentía esta abrumadora atracción era demasiado como para ignorarlo.

Lucy jadeó en respuesta a su beso, y él aprovechó la oportunidad, sumergiendo su lengua en las sedosas profundidades de su boca, acercándola aún más mientras ella imitaba sus movimientos, incendiando todo su cuerpo.

Christopher sabía que necesitaba ir más despacio. Ella era inocente. No podía salir nada de esto.

Pero entonces las manos de Lucy encontraron su camino hacia su cabello, aferrándose a sus mechones y correspondiendo con el mismo ardor, y él se perdió.

Gimió mientras las llamas del deseo los consumían a ambos.

Y sus gemidos de respuesta solo lo incitaban aún más.

Apartando su boca de la de ella, Christopher se movió para trazar besos a lo largo de su mandíbula y bajar por su cuello, deteniéndose para lamer el pulso furioso que latía en su garganta.

Ella jadeó en respuesta, y él casi perdió la maldita cabeza con ese sonido.

Se inclinó para levantarla completamente del suelo, con la intención de recostarla sobre la suave hierba que había bajo ellos.

—Christopher.

Su voz sonó frenética en su oído, y él sabía que ella lo deseaba tanto como él.

Nunca había sentido esta urgencia. Esta necesidad que todo lo consumía.

Y ella también. Estaba justo ahí con él.

Capturó sus labios de nuevo y la sintió temblar en sus brazos...

Todo dentro de Christopher se detuvo en seco.

Fue ese temblor lo que lo detuvo.

El escalofrío que podría haber sido de deseo, pero que le recordó cuán inocente era ella.

La realidad regresó con fuerza cuando apartó sus labios de los de ella una vez más.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Ella no era una amante con la que pudiera saciar su deseo. Ninguna de sus amantes lo había hecho sentir de esta manera, en cualquier caso.

Ella era una dama. Pura e intachable.

Y completamente inadecuada para él.

El arrepentimiento fue casi tangible mientras la soltaba y se alejaba de la tentación que

ella representaba.

Observó, fascinado, cómo sus ojos se abrían lentamente, y estuvo a punto de arrastrarla a sus brazos de nuevo al ver el deseo nublado en esas profundidades imposiblemente azules.

—Lo siento —murmuró, tratando desesperadamente de recuperar el control sobre su traicionero cuerpo.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo hace? —preguntó con franqueza antes de que sus ojos se abrieran desmesuradamente y cubriera su boca con una mano.

Y aunque acababa de cometer un error colosal, aunque la situación era tan seria como confusa, no pudo evitar reírse ante la honestidad de su comentario. Claramente, no había tenido la intención de decirlo en voz alta.

—Resulta que no, no lo hago—Christopher decidió corresponder a su franqueza con la suya propia, aunque no les serviría de nada a ninguno de los dos. — Pero debería.

Ella frunció los labios de una manera que él trató de no encontrar encantadora.

—Ah —dijo tras un largo silencio. — Entonces supongo que yo también debería.

Una risa ahogada escapó de él ante sus palabras.

Cristo, ¿acaso tenía idea de lo irresistible que era cuando decía cosas tan extravagantes?

—Debería escoltarla de vuelta —dijo a regañadientes.

La idea de la cena de esa noche no le atraía en absoluto.

La idea de bailar con las mujeres de su lista lo dejaba frío.

—No quiero que su hermana intente ninguna decapitación —bromeó, tratando de romper la tensión entre ellos.

Ella sonrió suavemente en respuesta a su chiste, pero había una tristeza en sus ojos que despertaba en él esa curiosa necesidad de protegerla. La que lo hacía querer tomarla en sus brazos y mantenerla a salvo.

Sin embargo, ¿no era él el mayor peligro para ella en ese momento?

—Y tiene que encontrar una reina —murmuró ella, bajando la mirada a sus pies.

Él quería negar sus palabras. Levantarle el mentón y decirle que estaba equivocada. Que ella era la que él deseaba.

Pero no podía.

Y ambos lo sabían.

Tras un silencio que estiró su autocontrol al límite, ella enderezó los hombros y alzó la barbilla de una manera que él ya empezaba a reconocer.

—Entonces, sigamos nuestro camino —dijo, y se giró para apresurarse a salir del jardín.

Debería simplemente seguir su ejemplo, lo sabía Christopher.

Ella le estaba dando la oportunidad de actuar como si los últimos momentos no hubieran ocurrido.

Y él era el príncipe heredero, no debía olvidar eso. No tenía que dar explicaciones a nadie. Nunca.

Sin embargo, no podía dejar las cosas así entre ellos. No quería que ella saliera herida. Y especialmente no quería ser él quien la lastimara.

Esta maravillosa e inapropiada tarde le había enseñado una lección valiosa: que cuando se trataba de Lucia Allenwood, haría bien en mantenerse muy, muy alejado de ella.

Sin embargo, aquí estaba, persiguiéndola de nuevo.

—Lucy. —La alcanzó, estirando la mano para detenerla. Para hacerla enfrentarse a él. — Necesito...

—Yo nunca podría ser una reina —dijo ella, con tanta naturalidad y franqueza, que por un momento él se quedó en silencio, aturdido, preguntándose si de alguna manera había escuchado sus pensamientos más profundos.

Pero estaba empezando a conocer a esta mujer directa y obstinada. Y sabía que probablemente estaba tratando de hacerle saber que no tenía expectativas. Aunque tendría derecho a tenerlas.

—No, no podría —respondió rápidamente, luego se maldijo cuando ella se estremeció.

Demasiado refrescantemente poco sofisticada para su mundo de subterfugios y falsedades, ella rio, pero sonaba tensa, y él sabía que estaba tratando de ocultar su dolor porque él había estado de acuerdo tan rápidamente.

Y en ese momento, Christopher supo que no había aprendido su lección cuando se trataba de Lucy, porque la idea de herir sus sentimientos le causaba dolor físico, y sus intentos de ocultar ese dolor lo hicieron alcanzarla de nuevo sin pensar en las consecuencias.

—Usted nunca podría ser reina, Lucy, porque un rey sabe lo que le debe a su corona. Sabe que tiene que entregarse por completo a su reino.

Ella parecía confundida, pero él continuó antes de que pudiera cuestionarlo.

—Y tenerla cerca sería fatal para eso. Despertar junto a usted todas las mañanas sería una manera segura de hacer que su país se arrodillara.

—¿Por qué?

Sonaba mortalmente ofendida, y eso solo hacía que él la deseara más.

—Porque incluso los reyes son solo humanos —dijo con ironía. — Y no hay uno solo que sea lo suficientemente fuerte como para alejarse de usted el tiempo suficiente para hacer nada, y mucho menos para gobernar un país. Un rey debe poner a su país antes que todo, y quien sea lo suficientemente afortunado para ganarla sería un maldito idiota si no la pusiera a usted en primer lugar. Siempre.

Su boca se abrió de par en par, y él apenas pudo resistir el impulso de besarla de nuevo.

—Usted nunca podría ser mi reina, Lucy. Porque la deseo demasiado.

Tan pronto como pronunció esas palabras, Christopher deseó no haberlas dicho. O al menos, debería haberlo deseado.

La verdad era que había habido un cambio entre él y Lucy en este jardín secreto hoy.

Quizás era el hecho de que estar aquí se sentía como un momento fuera del tiempo, como si fueran las únicas dos personas en el mundo. Parecía que todas las razones por las que esta atracción era un problema podían dejarse en la puerta, allá en el mundo real.

Fuera lo que fuera, Christopher sentía que estaba al borde de algo de lo que no podría regresar. Algo de lo que no creía que quisiera regresar, si realmente se abría a ello.

Y fue ese pensamiento, más que cualquier otra cosa, lo que le dio la fuerza para alejarse de Lucy una vez más y guiar el camino de regreso al palacio. De vuelta a la vida real. De vuelta al mundo donde no había futuro para ellos.

Capítulo Dieciocho

— Este es el problema, — dijo Lucy a sí misma en el espejo, como la loca que se estaba convirtiendo rápidamente. — Él te hace sentir... cosas. Cosas aterradoras y maravillosas. Te hace sentir viva.

Por un momento, se permitió distraerse con el recuerdo de otro beso que cambió su mundo. Pero solo por un momento.

Ya llegaba tarde —otra vez— a las festividades de la noche.

El grupo que había ido a la costa había regresado hacía algunas horas, pero Lucy ya se había apresurado a volver a sus habitaciones y se había encerrado hasta que no tuvo más opción que salir.

— Pero eso no es lo importante, — se dijo con firmeza. — Lo importante es que tú...no puedes permitir que un hombre, ningún hombre, tome tales libertades contigo. ¡Especialmente cuando sabes que él está buscando una novia que no eres tú!

El corazón de Lucy se retorció dolorosamente mientras hablaba.

Las palabras de él en el jardín volvían a flotar en su mente, y suspiró sin esperanza.

¿Podría haberlo dicho en serio? Había sido tan maravilloso. Tan romántico.

Pero luego razonó que Alice le había advertido lo suficiente sobre los caballeros que dirían lo que fuera necesario para engañar a jóvenes desprevenidas y permitir ciertos comportamientos.

Quizás era ingenua, pero Lucy no podía imaginar al príncipe Christopher engañando a ninguna dama. Francamente, no podía imaginarlo teniendo que hacerlo.

Ya le había besado dos veces, y ella había correspondido con una pasión que no sabía que era capaz de sentir.

¿Y ahora qué debía hacer? ¿Mirar desde lejos mientras él se casaba con su prima?

El dolor que sentía ante esa idea era rápido y agudo y le decía más que nada que probablemente había perdido su corazón ante el príncipe atormentado.

Un golpe sonó en la puerta de sus habitaciones, y su tonto corazón dio un salto de emoción.

Pero, por supuesto, ¡el príncipe de Aldonia no había venido a tocar su puerta!

Era Alice quien entró, echó un vistazo a Lucy y puso los ojos en blanco, suspirando con resignación.

— No estás lista.

— ¡Sí lo estoy! — dijo Lucy a la defensiva. Luego, en un acto de plena transparencia, añadió: — Casi.

— No podemos llegar tarde. Lord Travers es...

Alice dejó de hablar abruptamente, pero Lucy vio el sonrojo traicionero manchar las mejillas de su hermana.

Se apresuró a tomar las manos de Alice, que estaban recubiertas con guantes de satén blanco.

— Cuéntame todo, — insistió Lucy, olvidando momentáneamente sus propios desastrosos asuntos del corazón en favor de conocer los de su hermana.

— No hay nada que contar, — dijo Alice, aunque una pequeña sonrisa jugaba en su boca. — Fue muy atento hoy durante nuestro viaje y... y pidió que reservara los dos primeros bailes

para él. — Su encogimiento de hombros podría haber parecido despreocupado si sus ojos azules no hubieran brillado de emoción.

— Tú sigue adelante, — dijo Lucy, retrocediendo y evaluando el vestido de Alice, una confección de satén champán y encaje. Le quedaba maravillosamente bien con sus cabellos color toffee y sus ojos azules. — Te ves absolutamente encantadora, y no quiero que tu enamorado te espere.

— No puedo dejar que bajes a la cena sola, Lucy, — insistió Alice. — Ven. Tía Ivy y Penelope están esperando.

— De verdad, ve tú. Puedes ver que mi cabello ni siquiera está terminado.

Lucy no pudo decir por qué, pero sentía un nudo en la garganta y sentía que podría llorar en cualquier momento. Y no quería que su hermana, ni nadie más, presenciara su extraño ataque de emoción.

Solo estaba feliz por Alice. Eso era todo. ¿Qué más podría ser?

— ¿Y dónde está Jane? ¿Por qué se fue en medio de peinarte el cabello?

— Eh... Tuve un pequeño accidente con mi guante y una vela. Se fue a planchar un par nuevo.

Alice simplemente la miró un momento antes de sacudir la cabeza.

— No me sorprende en absoluto, — dijo con sequedad. — Si nos apuramos...

— Alice, — interrumpió Lucy suavemente. — No quiero ser responsable de que toda la familia insulte a la realeza por llegar tarde o algo así. Ve tú. Dile a tía Ivy y Penelope que vayan. Yo me colaré antes de que suene la campana de la cena. Lo prometo.

— Oh, muy bien. Pero por favor, apúrate, Lucy. Y dile a Jane que haga algo con tu cabello.

Alice salió rápidamente de la habitación, y Lucy se dio la vuelta para evaluar críticamente su cabello en el espejo.

La pobre Jane había tenido grandes planes para ello. Pero como Lucy había estado inquieta más de lo normal, había lanzado su guante recién planchado sobre la vela y—bueno, eso había sido todo.

Su cabello estaba suelto y caía en ondas alrededor de su rostro, bajando por su espalda.

Jane nunca tendría tiempo ahora para hacer los intrincados rizos que había planeado.

La tentación de saltarse el evento por completo y esconderse era fuerte, pero Lucy la apartó.

¿Acaso no había decidido antes que había terminado de esconderse? Que tía Ivy enviaría a buscar a un médico o la enviaría a casa si no salía de sus habitaciones?

Aunque, ser enviada a casa sonaba bastante maravilloso en este momento.

Un rápido golpe anunció el regreso de Jane con un nuevo par de guantes blancos de noche.

La criada examinó expertamente el cabello de Lucy.

— No tendremos tiempo para hacer mucho, mi lady. — La apresuró hacia el tocador mientras hablaba. — Se retrasará si lo intentamos. Pero todas las otras doncellas estaban hablando de que debe llevar el cabello completamente recogido en la cabeza en las cenas reales, y...

— Jane, — interrumpió Lucy la preocupada diatriba de la sirvienta. — Está bien. Haz lo que puedas. Si hay consecuencias, serán mías. Después de todo, la culpa es mía. Ahora, solo haz algo simple y rápido. No hay otra opción.

— ¿Qué cree que sucederá? — preguntó Jane en un susurro horrorizado, sus ojos abiertos

se encontraron con los de Lucy en el espejo.

— Nada demasiado malo, estoy segura, — le aseguró Lucy a la concienzuda sirvienta. Era ridículo preocuparse por algo tan poco importante como un peinado, ¡por el amor de Dios!

Recordó su tarde con el príncipe y no pudo contener una pequeña y secreta sonrisa.

— No habrá decapitaciones ni nada de eso.

Jane frunció el ceño en confusión ante las crípticas palabras de Lucy, pero no comentó, simplemente se puso a hacer lo que podía con la profunda melena roja de Lucy, dejándola en sus propios pensamientos contemplativos.

***

Llegaba tarde.

Algo que Christopher no debería haber notado, pero lo hacía.

Se puso de pie, fingiendo escuchar la conversación que lo rodeaba, pero observaba la puerta.

Su familia había llegado. Lady Alice, que había sido inmediatamente abordada por Travers. Lady Bonne y Lady Penelope. Pero no Lucia.

Vigiló cómo Lady Penelope hacía una reverencia y saludaba a varios conocidos. Estudió cómo sonreía con modestia y agitaba su abanico.

Era adecuada y elegante. Bonita también, con el típico cabello y ojos oscuros aldonianos.

Vestida con lo último de la moda, su vestido plateado diseñado para ser tanto atractivo como suficientemente modesto. Y los diamantes que brillaban en su cuello y orejas eran sutiles y elegantes.

Era como había pensado. Sería una buena reina.

Y no sintió nada.

Christopher se maldijo a sí mismo. No maldijo a Lucy. No era su culpa.

Él había sido quien había instigado ambos abrazos. Él había sido quien había permitido que su deseo tomara el control de él. De ambos.

Desde que dejó el jardín más temprano, había repasado una y otra vez su tiempo juntos en su mente.

¿Había exigido más de lo que ella quería dar? Aunque había contenido su deseo por deferencia a su inocencia, no había sido por mucho.

Ella era la única persona que había conocido que lo llevaba al límite de su famoso autocontrol.

Pero Christopher era consciente de su posición de poder. Nadie le decía que no. Nunca. Ninguna mujer lo había rechazado jamás, y la verdad era que siempre había tomado lo que le ofrecían sin pensarlo mucho.

Trataba bien a todas sus amantes mientras estaba con ellas. Pero cuando había terminado, cuando su lujuria se había saciado y ya no las necesitaba, se iba. Nunca volvía a pensar en ellas.

Sabía que eso lo hacía un bastardo insensible.

La única salvación era que elegía a mujeres que conocían las reglas de su mundo. Mujeres que no esperaban ni querían nada más de él. Que no estaban interesadas en él más allá de los objetos que les daba y el hecho de que podían decir que habían estado con un príncipe.

Pero Lucy no era así. Y la idea de que alguien la tratara tan mal lo llenaba de ira.

Pero él había sido el único en besarla, hasta donde sabía. Él había sido el único en tomar incluso un fragmento de esa inocencia, mientras sabía que no tenía nada que ofrecer a cambio.

¿Había tenido miedo de decir que no? ¿Había sentido que no podía objetar porque él era el Príncipe Heredero?

La idea misma lo enfermaba.

Y, sin embargo, pensó con una sonrisa, debería saberlo.

Si alguien de su conocimiento fuera lo suficientemente franca para decir exactamente lo que pensaba, era Lucia Allenwood.

Además, había sentido cuánto lo deseaba. Esa había sido parte de la razón por la que le había resultado tan difícil dejar de besarla.

Porque no solo era absolutamente irresistible, sino que tampoco parecía querer resistirse a él.

Christopher sintió el inicio de un dolor de cabeza y vació su vaso de brandy antes de la cena de una manera que nunca hubiera mostrado normalmente ante los invitados.

— Tranquilo, Su Alteza. No pensé que fuera ese tipo de fiesta.

Christopher frunció el ceño ante la aguda observación de Jacob, quien apareció a su lado.

— ¿Lograste localizar a Lady Lucia, Su Alteza? — preguntó Jacob con una voz demasiado serena para ser inocente.

Christopher le lanzó una mirada fulminante a su cuñado, pero Jacob mantenía su rostro libre de emoción, lo que no significaba nada, ya que el hombre era un maldito espía y era tan hábil en mantener sus emociones bajo control como lo era Christopher. O lo había sido, en cualquier caso. En ese momento, no sentía que estuviera haciendo un trabajo estelar en eso.

— Ah, sí. Yo… ella… estuvo bien.

No se molestó en elaborar más mientras sus ojos recorrían la habitación una vez más.

Quizás la había pasado por alto, pensó.

Pero no. Reconocería ese cabello a una milla de distancia.

Asintiendo a varios conocidos, Christopher vio a la Princesa Sylvie observándolo desde la esquina. La princesa lucía radiante como siempre, vestida de satén blanco con zafiros ostentosos, pero no vulgares que añadían un toque a un conjunto, de otro modo, simple, y zafiros a juego salpicando sus rizos rubios.

Se veía regia, hermosa y digna de una reina. Y, de nuevo, no sintió nada.

Estaba comenzando a sospechar que no sentiría nada por otra mujer nuevamente, ahora que había conocido a Lucia Allenwood. Ahora que sabía lo que era sostenerla en sus brazos y sentir sus labios contra los suyos.

Esto se estaba saliendo de control.

En un acto de desesperación, Christopher buscó a la Duquesa Dorothea. Si sentía al menos un destello de algo hacia la dama, eso era algo con lo que podría trabajar.

La localizó de inmediato. Alta y esbelta, era fácil de distinguir en la multitud. La duquesa llevaba un vestido de un color ligeramente más rosado, un tono que le quedaba bien a su cabello castaño.

Pero después de solo una mirada superficial, Christopher supo que no había manera. No podía encontrar nada en la dama que le interesara.

Eso era lo que quería, ¿no? Una esposa en la que no tuviera interés más allá de lo superficial. Una esposa a quien pudiera dejar a su aire y que lo dejaría a él al suyo.

¿No era así?

Sus pensamientos circulares oscurecían aún más su ya sombría disposición.

Tenía una horrible sospecha de que la diminuta Lady Lucia lo había arruinado para todas las demás mujeres allí.

En ese momento, un alboroto junto a la puerta del salón llamó la atención de Christopher, y se volvió para ver a Lucy apresurarse hacia la habitación.

El corazón de Christopher se detuvo en su pecho al verla.

Sus ojos la recorrieron de pies a cabeza, admirando el vestido, casi del mismo tono que esos ojos encantadores, que bajaba lo suficiente como para provocarle palpitaciones.

Su cabello – tragó saliva ante un repentino nudo en su garganta – estaba solo medio recogido en la coronilla de su cabeza, dejando que parte de él cayera sobre un hombro como una cascada de fuego que lo hacía sentir abrasado por dentro.

Sintió el ya familiar golpe del deseo al verla. Pero junto a eso había una ternura que nunca antes había experimentado en su vida. Especialmente cuando vio las miradas críticas y susurros indignados de las damas de su Corte al contemplar su apariencia.

Su sospecha, sabía, había sido correcta.

Lucy Allenwood lo había arruinado.

Lo que no sabía era qué demonios hacer al respecto.

Capítulo Diecinueve

Lucy había pensado que una cena sería algo que podría llevar con tranquilidad. Después de todo, había asistido a tantas desde su presentación en Inglaterra que había perdido la cuenta.

Debería haber sabido, por supuesto, que incluso la cena más elaborada a la que había asistido durante sus temporadas en Londres palidecería en comparación con una cena real.

Había tantos invitados, tanta realeza y dignatarios de visita, que se encontraba bastante más lejos de la mesa de lo que le gustaría.

No es que le importara mucho el estatus. Pero estaba tan lejos del príncipe Christopher que casi tenía que entrecerrar los ojos para verlo. Lo cual no sería un problema si pudiera dejar de mirarlo. O más bien, dejar de observar la forma en que parecía estar colmando de atención a la hermosa princesa Sylvie.

Su reprimenda hacia sí misma no había servido de nada, pensó Lucy mientras se sumía en su sopa. Porque su tonto y absurdo corazón romántico había galopado con fuerza cuando vio al príncipe.

Sus miradas se habían encontrado solo por un momento al otro lado de la habitación antes de que Alice apareciera para susurrarle furiosamente al oído sobre su tiempo, su cabello y probablemente muchas otras cosas también. Solo que Lucy no escuchó ninguna de ellas porque toda su atención había estado en el príncipe.

Y seguía así.

Sus compañeros de cena intentaron con valentía involucrarla en la conversación, y ella intentó con valentía dejarse llevar. Pero no hubo forma.

Cada vez que la princesa Sylvie sonreía, cada vez que el príncipe se inclinaba más cerca para murmurar algo a la dama, el corazón de Lucy dolía.

Y para cuando se sirvió el último plato, se sentía completamente miserable. Qué situación había creado.

La reina Anya, que asistía sin su esposo esa noche, se levantó de la mesa e invitó a las damas a seguirla a uno de los salones.

Lucy observó cómo la princesa Sylvie se ponía de pie y se deslizaba a través de la sala hacia la puerta. Le recordaba a un cisne, alta, elegante y moviéndose con una suavidad que no parecía posible.

— Vamos, pequeña Lucy, — susurró la tía Ivy, y Lucy se dio cuenta de que había estado allí mirando a la princesa mientras todas las demás damas salían de la habitación.

Con una última mirada al príncipe Christopher, Lucy se preparó para irse.

Pero cuando lo miró, se dio cuenta con sorpresa de que mientras ella observaba a la princesa Sylvie, él la había estado mirando a ella.

Sintió ese odioso y revelador calor crecer en sus mejillas bajo su mirada. Sus ojos la penetraban como solo los de él parecían hacerlo, y su corazón latía desbocado en su pecho en reacción.

Señor, pero lo amaba.

Era demasiado pronto, y tonto, e imposible. Pero lo hacía.

Y ahora, estaba atrapada aquí durante las próximas dos semanas, observando desde la barrera mientras él elegía a una novia.

— Me alegra verte tan bien esta noche, querida. Debo confesar que he estado bastante preocupada por ti, y me disgustaría verte perderte todas las festividades.

Lucy se volvió para sonreír a su tía, en lo que esperaba que fuera una forma tranquilizadora. En verdad, la expresión se sentía rígida y torpe en su rostro. Afortunadamente, la tía Ivy no parecía notarlo.

— Gracias, tía, — dijo suavemente. — Me siento mucho mejor ahora. Quizás...quizás el viaje me cansó más de lo que pensé en un principio.

En cuanto a excusas, Lucy sabía que era decididamente mala. Pero su tía parecía contenta con eso, y cuando una conocida de ella vino a hablarle, Lucy entregó felizmente su asiento en el chaise para que las damas pudieran charlar.

De pie torpemente junto al chaise, Lucy dirigió su mirada por la habitación. Todos parecían de buen humor.

Alice estaba charlando alegremente con Lady Travers, la madre de Lord Travers. Parecía feliz en la compañía de la dama y parecía que el sentimiento era mutuo.

— Creo, pequeña prima, que tú y yo asistiremos pronto a la boda de Alice, por la pinta de las cosas.

Lucy giró un poco la cabeza para ver la mirada astuta de Penelope sobre Alice y Lady Travers.

— Quizás, — aceptó débilmente. — Estaría encantada por ella si así fuera.

— ¿Aceptaría entonces una propuesta, crees?

— Parece tener cariño por el caballero, — respondió Lucy honestamente. — Nunca la he visto tan interesada en alguien. Y todos los signos apuntan a que el sentimiento es mutuo.

— En efecto, — respondió Penelope de inmediato. — Hoy estaba absolutamente embelesado con ella en la playa. Tan atento. Fue realmente muy dulce. Es una pena que no pudieras estar allí, pequeña Lucy. Te habría gustado tanto.

La mención del viaje a la playa hizo que Lucy pensara en por qué lo había evitado en primer lugar y cómo no había funcionado porque el príncipe Christopher se había quedado atrás también, lo que inevitablemente la llevó a recordar su tarde robada en el jardín secreto.

— Oh, eh... sí, lamento habérmelo perdido también, — respondió apresuradamente cuando se dio cuenta de que Penelope esperaba una respuesta. — Quizás podré verlo antes de que partamos a casa.

— Quizás, — aceptó fácilmente Penelope. — He estado tantas veces antes que no fue demasiado emocionante para mí. La verdad sea dicha, solo fui porque pensé que quizás el príncipe Christopher podría asistir.

Al mencionar al príncipe, el corazón de Lucy dio un vuelco.

Penelope, ajena al efecto de sus palabras, continuó con ligereza.

— Por supuesto, debería haberlo sabido. El príncipe Christopher nunca dedicaría tiempo de su agenda para ir a un picnic a la playa. — Se rio.

— ¿No lo haría?

Lucy esperaba sonar solo ligeramente interesada, y no desesperada por cualquier fragmento de información que Penelope pudiera tener sobre el príncipe.

— ¡No, de ninguna manera! Vaya, es absolutamente famoso por su tendencia a evitar cualquier cosa que pudiera considerarse divertida. Mis fuentes me dicen que pasó un tiempo con la princesa Sylvie esta mañana, pero incluso eso fue demasiado corto para ser de alguna consecuencia.

Lucy recordó esa tarde. Al hombre que le había provocado risas y que le había contado historia tras historia en el jardín.

No era tan serio como pensaba Penelope.

Pero entonces, razonó, ella misma había notado que el príncipe Christopher parecía ser dos personas completamente diferentes. Quizás no mucha gente veía más allá de la máscara. Más allá de la corona.

Una cálida sensación se extendió por Lucy al pensar que quizás conocía un lado de él que no muchos conocían.

Y si ese fuera el caso, se preguntó por qué había elegido mostrárselo a ella y no a nadie más.

Nada de esto le ayudaba a dejar atrás sus tontas fantasías, sin embargo. Y ese era un gran problema.

Después de todo, el príncipe Christopher era de la realeza. Tenía un atractivo deslumbrante. Y Lucy podría ser inocente, pero no era lo suficientemente ingenua como para pensar que él no disfrutaría de ciertas actividades con damas mucho más versadas en estas cosas que ella.

Ciertamente, besaba como si supiera lo que hacía.

Y mientras ella estaba aquí soñando con él y recordando cómo su mundo entero había cambiado cuando él la besó, él probablemente no pensaría en ella.

Así que, simplemente tenía que parar.

Cuanto más tiempo pasara imaginando que ella y el príncipe Christopher compartían algo especial, más dolería cuando él demostrara que no era así.

Ya fuera casándose con alguien más, como la princesa Sylvie o la propia *prima* de Lucy, dolería de igual manera.

Aunque si se casaba con Penelope, Lucy tendría que ir a la boda, y...

—¿Lucy? ¿Me estás escuchando?

—Por supuesto —respondió Lucy a Penelope, aunque en realidad no tenía idea de lo que su prima había dicho.

—Hmm. —Penelope la miró con sospecha durante un momento antes de encogerse de hombros y continuar. — Le dije a mamá que no creo que debamos preocuparnos por la duquesa. Es bastante encantadora, pero el príncipe no ha mostrado ningún interés en ella. Y si el paseo de hoy con la princesa Sylvie no fue exitoso, bueno... —Penelope se encogió de hombros nuevamente. — No creo que tenga de qué preocuparme.

Lucy la miró, sintiendo cómo su corazón se hundía hasta los pies.

—Penelope, ¿qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir que el príncipe no parece preferir a ninguna otra dama. Y, después de todo, soy de sangre aldoniana. Aún podría elegirme a mí.

Aunque Lucy había pensado lo mismo solo unos momentos antes, escuchar a Penelope decirlo le provocó una leve náusea.

—¿Él ha...? —apenas pudo pronunciar las palabras, pero necesitaba hacerlo. — ¿El príncipe ha mostrado una... una preferencia por ti?

Penelope frunció el ceño levemente.

—Sinceramente, no —respondió, y Lucy sintió un gran alivio. — Pero no estoy segura de que eso signifique algo. No ha demostrado nada a ninguna de nosotras. Y como dije...

Lo que Penelope iba a decir fue interrumpido por la llegada de los caballeros, y Lucy agradeció que así fuera.

No estaba segura de poder soportarlo.

Los caballeros entraron en fila, y Lucy no pudo evitar buscar con la mirada al príncipe.

Él llegó al final, por supuesto, y aceptó las reverencias como algo natural.

La princesa Harriet se acercó a su lado.

Lucy aún no había tenido la oportunidad de hablar con la princesa. Su compañía parecía casi tan deseada como la de su hermano.

Hablaron en voz baja durante uno o dos momentos antes de que, para sorpresa de Lucy, ambos pares de ojos se posaran directamente en ella; los de la princesa amistosos, los del príncipe... bueno, no tanto.

Su estómago se revolvió bajo la atención de los hermanos reales, aunque en verdad era la mirada de Christopher de la que no podía apartar los ojos, y no estaba del todo segura de qué hacer al respecto.

La repentina aparición de la radiante sonrisa de Alice resolvió el problema para Lucy, y parpadeó rápidamente para enfocarse de nuevo.

—Ven, Lucy —dijo Alice, sin aliento. — Walter... es decir, Lord Travers y su madre nos han invitado a unirnos a ellos para jugar a las cartas. ¡Date prisa!

Lucy se dejó arrastrar hasta donde estaban el pretendiente de Alice y su madre. Tal vez, si pasaba la velada siendo una hermana ejemplar y ayudando a Alice a asegurar un compromiso, podría olvidar al príncipe por un rato.

***

—Honestamente, Christopher, has asustado a la pobre Lucy.

Christopher observó cómo Lucy era prácticamente arrastrada a través de la sala por su hermana.

Sus ojos volvieron a Lady Penelope, con quien había estado conversando.

No sabía de qué estaban hablando, pero incluso desde el otro lado de la sala, podía decir que lo que fuera que estuvieran discutiendo había perturbado a Lucy.

Y se sorprendió a sí mismo queriendo ir a ver si estaba bien. Justo cuando Harriet llegó afortunadamente, impidiéndole hacer algo tan completamente insensato.

Lady Penelope lo observó con astucia, de una manera que a Christopher no le gustó en absoluto, antes de hacer una reverencia con una sonrisa evidente en los labios.

Christopher se sintió terriblemente incómodo. Sabía lo que significaba una mirada así.

Pero era la prima de Lucy. Aun así, estaba en su lista...

—¿Christopher?

—¿Qué? —preguntó a su hermana menor, que parecía decidida a no ser ignorada.

—¿Sucede algo?

Miró de nuevo hacia donde había estado Lady Penelope, pero ya no estaba.

Suspiró, lamentando internamente el hecho de que su vida se hubiera vuelto tan insoportablemente complicada de repente.

—No, no pasa nada —dijo ahora.

—Bueno, entonces, como decía antes de que dejaras de escucharme, estoy muy contenta de ver que la querida Lady Lucy está en el evento de esta noche. Me preocupaba que volviera a cancelarlo. ¿Y no está preciosa con ese tono de azul? Es una de las damas más hermosas que he visto. De hecho, le dije a mamá que...

—Hari.

—¿Sí?

Christopher se giró por completo para enfrentar a su entrometida hermana.

Ella lo miró, parpadeando con inocencia. Y él no se dejó engañar ni por un momento.

—¿Qué estás tramando? —preguntó.

Harriet fingió sorpresa, bufó y actuó como si estuviera profundamente ofendida por un

momento, antes de suspirar derrotada.

—Te he visto con ella, Christopher. Eres diferente cuando ella está cerca. Eres más relajado, menos severo. Es agradable.

La verdad en las palabras de Harriet hizo que Christopher se pusiera rígido. Lo hizo sentir a la defensiva y alterado saber que el efecto de Lucy en él era evidente para Harriet. Y si era evidente para Harriet, ¿significaba eso que era obvio para todos los demás?

Lo último que Christopher quería era ser el tema de los chismes. Oh, sabía que hablaban de él. Pero siempre se había asegurado de que su conducta en público fuera intachable.

Pero si la gente estaba hablando de él y de Lucy...

—Sé lo que estás pensando —continuó Harriet. — Y no, nadie más lo ha notado. Excepto Jacob, claro. No hay nada que se le escape.

Harriet puso los ojos en blanco, y Christopher se preguntó si estaba recordando cómo ella y Jacob se conocieron, cómo él la mantuvo a salvo sin que ella siquiera lo supiera.

—Pero déjame decirte nuevamente que creo que ella es maravillosa, Christopher. Y creo que es exactamente lo que necesitas.

Christopher no podía creer que estuvieran teniendo esa conversación. Aunque se habían acercado un poco después del secuestro y rescate de Harriet, nunca habían tenido una relación en la que discutieran ese tipo de cosas. Especialmente no una en la que Harriet le diera su opinión no solicitada sobre su vida personal.

Pero Harriet era terca como una mula, y Christopher sabía que no dejaría el asunto. Podía ordenarlo o suplicarle. No haría ninguna diferencia.

Y, curiosamente, descubrió que *quería* hablar de ello. Sus pensamientos sobre la dama lo estaban volviendo loco. Quizá sería bueno desahogarse un poco.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurró furioso, mirando alrededor para asegurarse de que nadie los escuchara. — Soy el príncipe heredero, Hari. Sabes que no puedo simplemente elegir una esposa que me haga feliz. No tengo ese lujo. Nunca lo he tenido.

La lástima en los ojos de su hermana hizo que Christopher se sintiera lo suficientemente incómodo como para desear no haber comenzado esa maldita conversación.

Pero ya era tarde.

Ella lo observó durante lo que le pareció una eternidad antes de sorprenderlo al tomar su mano y apretarla, soltándola después de solo unos segundos.

—Sabes, cuando éramos pequeños, solo pensaba en lo distante que eras. Alex siempre jugaba conmigo. Tú nunca te molestabas. O al menos, eso pensaba. Ahora, sé que nunca te lo permitieron. Nunca te dejaron ser solo mi hermano. O el de Alex. Nunca te dejaron ser simplemente Christopher. Siempre tuviste que ser el heredero.

Las palabras de Harriet lo afectaron más de lo que podía expresar.

Siempre había lamentado en secreto ese hecho. Pero no pensó que nadie más lo hubiera notado.

Nadie más que Lucy. Ella lo había visto en él dentro de los primeros días de conocerse.

Y ahora Harriet, la hermana para la cual nunca había tenido la oportunidad de ser más que un príncipe.

—Incluso ahora, con todo esto de las esposas y las reinas, actúas como si no tuvieras elección. Pero Christopher —se inclinó más cerca, su rostro más serio que nunca. — Tienes una elección. Un día serás rey. Serás un gobernante, y uno magnífico. Ya lo eres —dijo. — Pero también eres un hombre. Un buen y noble hombre. Y mereces una esposa que conozca y ame al hombre que eres, no solo al rey que serás.

Sus palabras le hicieron recordar lo que Jacob le había dicho el día en que llegaron sus invitados. El día en que conoció a Lucia Allenwood y su mundo comenzó a girar.

Christopher había insistido en que necesitaba una esposa con la que no tuviera conexión alguna. Una esposa a la que pudiera colmar de joyas y tiaras, y luego ignorar en gran medida.

Una buena mujer, una mujer noble, no querrá una vida así, sin importar cuántas joyas estén atadas a ella.

Jacob tenía razón, ahora lo sabía.

Lucy nunca querría una vida así. No merecía una vida así. Sin embargo, Christopher no estaba seguro de si estaba listo para darle lo que merecía.

Ni siquiera sabía si quería hacerlo.

—Sabes que no puedo pensar en términos románticos tan tontos, Harriet —gruñó, sus emociones alborotadas afilando su lengua. — Necesito elegir una reina. Y no puedo basar una decisión como esa en algo que no sea práctico y correcto para Aldonia.

Los ojos de Harriet se apagaron, y maldición si no parecía decepcionada de él. Otra sensación a la que no estaba acostumbrado, y otra que no le agradaba en absoluto.

—Entonces cuídate, hermano —su voz estaba teñida de pesar. — No solo me preocupa tu corazón en todo esto.

Miró hacia Lucy antes de sentir que Harriet se daba la vuelta y se alejaba.

Pero su atención estaba fija en su pelirroja tentación.

¿Tendría razón Harriet? ¿Le habría entregado Lucy su corazón? Tenía demasiado miedo de la respuesta como para pensarlo demasiado tiempo.

Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, no podía negar el placer que sentía ante la idea. Pero lo que eso significaba para él, para ellos, no lo sabía.

Capítulo Veinte

Sentada con las rodillas contra el pecho y probablemente arruinando su vestido celeste de paseo, Lucy miraba uno de los estanques y observaba a los peces nadar alegremente, sin preocupación alguna, sin corazones rotos entre ellos.

Probablemente no debería estar aquí.

El príncipe Christopher le había mostrado este jardín que parecía un lugar fuera del tiempo. Pero no le había dicho que podía venir cuando quisiera.

Y en realidad, no le estaba sirviendo de mucho de todos modos. Desde el segundo en que había entrado, había sido bombardeada con recuerdos de la última vez que estuvo aquí.

¿Realmente habían pasado solo unos días?

Se sentía como una vida entera.

Durante los últimos tres días, había observado desde lejos cómo él bailaba con Penelope, jugaba al croquet con la duquesa Dorothea y charlaba cómodamente con la princesa Sylvie durante una actuación teatral de unos actores que habían traído al palacio.

Había escuchado con la mayor ecuanimidad que pudo reunir mientras Penelope hablaba sin parar sobre la atención del príncipe; había sonreído cuando tía Ivy especulaba entusiastamente sobre mudarse al palacio como la madre de la reina.

Cada día veía a Alice enamorarse de Lord Travers, y él de ella.

Veía a la princesa Harriet y al señor Lauer, quienes eran inusualmente afectuosos y nunca intentaban ocultar su cariño el uno por el otro.

Y mientras tanto, ella se sentía completamente miserable.

Venir aquí para intentar animarse había sido una terrible idea.

Pero, después de haber desayunado con Penelope, tía Ivy y Alice, y francamente, después de las conversaciones que habían tenido, había necesitado alejarse y estar sola.

Penelope había hablado sin cesar sobre lo enamorado que el príncipe estaba de ella. Cómo había sido tan atento que, al final de su baile, estaba prácticamente desmayada.

Y la envidia que Lucy había sentido había sido aguda. Sabía que nunca bailaría con él. Era demasiado baja en la jerarquía y, definitivamente, no apta para ser reina, nunca sabría lo que era bailar un vals con él. Ser sostenida en esos brazos fuertes y dejar que la música los envolviera.

—Vi cómo el príncipe y la princesa Harriet te miraban la otra noche, pequeña Lucy —había soltado de repente Penelope, y cuando Lucy levantó la cabeza sorprendida, notó que Penelope la miraba con bastante veneno.

La había tomado completamente por sorpresa, pero ni la tía Ivy ni Alice parecieron notarlo.

—Estaba segura de que habías hecho algo para ofender a alguno de ellos —Penelope continuó con un poco con malicia, al menos así lo sintió Lucy. — Pero no te preocupes, querida prima, usaré todos mis encantos con el príncipe para asegurarme de que no te note a ti ni a nadie más.

La risita de Penelope y el jadeo de Alice, encantada por las escandalosas palabras, hicieron que los nervios de Lucy se crisparan.

Miró a la tía Ivy, pero parecía que su tía estaba dispuesta a perdonarle muchas cosas a Penelope si eso ayudaba a avanzar su búsqueda de la corona.

Lucy se disculpó y se fue directamente de allí.

No podía soportarlo.

Ni la idea de que el príncipe Christopher se casara con Penelope, ni que a Penelope no le importara más allá de que él pudiera convertirla en reina.

¿Acaso no le importaba su corazón? ¿Su pasión por su pueblo? ¿Su perverso sentido del humor, ese que ocultaba tan bien al mundo?

Penelope ni siquiera parecía saber que existía otra persona más allá de la máscara estoica que él usaba en público.

Ella no lo amaba. No lo *conocía* como para amarlo.

Seguramente él quería más que eso. ¡Sin duda merecía más!

Frustrada consigo misma y con su prima —y también con él por no ser simplemente un caballero ordinario con una vida ordinaria, — Lucy se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta.

Al levantar la vista, se detuvo en seco, su corazón tropezando y tambaleándose en su pecho.

Allí, observándola, estaba el príncipe.

La oleada de euforia que sintió al verlo solo le sirvió de advertencia: estaba en peligro con ese hombre. Y definitivamente no debería estar sola con él.

—P...perdóneme, Alteza —murmuró, haciendo una reverencia y manteniendo la mirada fija en el suelo. — No quiero interrumpir su soledad. Y... me iré.

Se apresuró a pasar junto a él, desesperada por alejarse antes de hacer o decir algo de lo que no podría retractarse.

Pero apenas había dado unos pasos cuando su mano se extendió y la tomó del brazo.

Preparándose para permanecer impasible e imperturbable ante lo que él fuera a decir, Lucy permitió que la girara hasta quedar frente a él.

Él extendió la mano y le levantó la barbilla, dejándola sin opción más que encontrarse con su mirada.

Sus ojos eran oscuros, casi negros, y estaban llenos del mismo tormento que ella sentía en ese momento.

El deseo, potente y abrumador, recorrió sus venas.

Y estaba indefensa ante ello.

Indefensa ante él.

Todo lo que él le había dicho el otro día, cuando la besó, invadió su mente.

Él había dicho que la deseaba. Dijo que sería una distracción para él cuando no podía permitirse estar distraído.

¿Lo decía en serio, o eran solo palabras bonitas?

Y si lo decía en serio, ¿no era eso terriblemente trágico? ¿Para ambos?

—No tiene que irse —su voz era ronca, y causó que la piel de Lucy se erizara. — No importa si se va, en cualquier caso. No podría dejar de pensar en usted, esté aquí o en otro lugar.

Oh, Señor.

Las rodillas de Lucy prácticamente se volvieron de gelatina con sus palabras, y su pobre corazón estuvo a punto de salirse de su pecho.

—No debería decir esas cosas, Alteza —intentó sonar severa y regañarlo, pero sus palabras sonaron como una súplica.

Su sonrisa torcida era una cosa muy bella.

—Lo sé —respondió rápidamente. — Pero parece que no puedo controlarme cuando

estoy con usted. Es la única persona a la que le permito ver al verdadero yo. La única persona con la que soy realmente honesto.

Bueno, ¿qué podía decir ante eso?

Las palabras de Penelope de antes volvieron a su mente y le dieron fuerzas para apartar su barbilla de su mano.

—Tal vez debería ser honesto con mi prima, Alteza —dijo, notando el resentimiento en su tono, pero sin poder evitarlo. — O con Su Gracia, o con la princesa Sylvie.

Su sonrisa estaba llena de tristeza mientras la miraba.

—Asumes que les interesaría mi honestidad. Te aseguro que no es así.

Sabía que tenía razón. Al menos en el caso de Penelope. Y eso solo la hacía sentir una profunda tristeza por él.

—Sin embargo, ellas son las damas en las que está interesado, ¿no es así?

Él dio un paso adelante de repente, y se alzó sobre ella, envolviéndola en su embriagador aroma.

—No —dijo con fiereza. — No lo son. No me interesan en absoluto.

De repente, extendió las manos y tomó su rostro.

—¿No lo entiende? —exclamó. — No me importan. No pienso en ellas. Es usted, Lucy. Siempre ha sido usted. Y por eso no puedo estar contigo.

Su respiración se volvió tan agitada como la de él parecía estar.

—Entonces, ¿por qué está diciendo estas cosas? —preguntó, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con aparecer.

Él sacudió la cabeza, luciendo tan desesperado como ella se sentía.

—No lo sé —rio, pero sin alegría. — Ya no sé nada. Yo, el príncipe heredero. El hombre que siempre estaba tan seguro de sí mismo. Ahora no estoy seguro de nada. Solo sé que la extraño cuando no está conmigo. Y que solo me siento realmente yo cuando estás.

Su pulgar acarició su mejilla mientras la miraba, y Lucy se sintió impotente, sin poder hacer otra cosa más que mirarlo de vuelta.

—Y lamento decirle esto, porque sé que no es justo. Pero no puedo evitarlo cuando estoy con usted.

—Alteza —comenzó a hablar, pero él la interrumpió de inmediato.

—Christopher —dijo suavemente. — Mi nombre es Christopher.

—Christopher —repitió ella, aunque sabía que no debería hacerlo. — Yo no... —suspiró, sin esperanza. — ¿Qué quiere de mí?

Él la miró durante lo que pareció una eternidad.

—Nada —dijo finalmente. Luego, tras una pausa, volvió a hablar. — Y todo.

Suspirando, bajó las manos y se alejó de ella.

—Por eso mismo necesita irse —dijo. — Y yo necesito dejarla ir.

Lucy se quedó paralizada.

Una voz en su cabeza la instaba a mover los pies y alejarse de allí y de él.

Está cortejando a tu prima, decía. *Te ha dicho que no tienen futuro juntos. Es el príncipe heredero de Aldonia, y tú no eres nadie. Él no sufrirá por esto. Pero tú sí.*

Todo eso era verdad.

En una semana, tendría su fastuoso baile. Y, si los rumores que circulaban eran ciertos, anunciaría su compromiso en él.

Tendría que estar allí y escucharlo mientras elegía a otra mujer. Y luego se iría, a lamerse las heridas e intentar recordar cómo era su vida antes de él.

Así que tenía razón. Necesitaba irse, y él necesitaba dejarla ir. Ella necesitaba dejarse ir.

Pero en lugar de retroceder, Lucy avanzó. En lugar de crear distancia entre ellos, se apretó contra él.

Claro que se iría.

Pero no sin un último beso. Algo que pudiera guardar en su corazón, incluso cuando estuviera roto.

Capítulo Veintiuno

—Sé que estás terriblemente ocupado, pero pensé que tal vez podrías hacer un hueco para tu hermanito.

Christopher levantó la vista de los papeles que tenía enfrente y vio a Alexander apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa en el rostro.

Una sonrisa similar apareció en sus labios mientras se levantaba para estrechar la mano de su hermano.

—No te esperaba tan pronto —dijo Christopher a modo de saludo. — Habría bajado a recibirte con madre y padre.

—Hicimos excelente tiempo en los caminos. Freddie no necesitó tantas paradas como temíamos.

—¿Y dónde está mi sobrino? —preguntó Christopher, algo sorprendido por la emoción que sentía al volver a ver al pequeño príncipe.

Solo habían pasado siete u ocho meses desde la última vez que había visto a Alex, Lydia y al joven Frederick. Pero se dio cuenta de que disfrutaba mucho de la presencia del niño.

—Siendo mimado por su abuela —rio Alex. — Y Hari está interrogando a Lydia sobre qué esperar para su propio hijo, así que pensé que sería prudente escapar rápidamente.

—Prudente, en efecto —rio Christopher mientras se dirigía a la mesa de bebidas y les servía a ambos una medida de brandy.

Alex aceptó su vaso y tomó asiento al otro lado del escritorio de Christopher.

—¿Y cómo va la administración del país? ¿Has empezado alguna guerra? ¿Vacías las arcas?

Christopher simplemente puso los ojos en blanco mientras tomaba asiento.

—Me conoces bien —respondió con suavidad. — Todo está funcionando tal como quiero. Tal como debe ser.

—¿Todo? —repitió Alex, con un brillo extraño en los ojos, del mismo tono que los de Christopher.

De hecho, más de una persona había comentado antes sobre el sorprendente parecido entre los hermanos.

—Entonces, ¿estás a tiempo para anunciar a tu prometida en el baile del sábado?

Christopher frunció el ceño ante la pregunta, mientras Alex se reía suavemente y se acomodaba en el sillón de cuero.

—Si Harriet está ocupada con Lydia, solo puedo suponer que Jacob es tan indiscreto como su esposa —respondió Christopher.

—Oh, nuestro cuñado no pudo esperar para ponerme al día —confirmó Alex. — Y no fue lo único que dijo. Algo sobre que eres demasiado terco para elegir a la dama que deberías, ¿algo por el estilo?

Christopher ni siquiera intentó contener la sarta de insultos que salió de su boca ante las palabras de Alex.

Por su parte, la boca de Alex se abrió con sorpresa antes de echarse a reír.

—No sé si alguna vez te había escuchado soltar tantos insultos, hermano mayor. Y en cuatro idiomas, nada menos. Muy impresionante.

—Cállate, Alex —espetó Christopher, como un niño, lo que solo hizo que su hermano

volviera a reír a carcajadas.

—Recuérdame por qué has vuelto a casa —preguntó Christopher.

—Porque mi príncipe y futuro rey lo ordenó —sonrió Alex, antes de ponerse serio. — Hermano, ¿por qué no me cuentas qué te preocupa?

—Porque no sé por dónde empezar —respondió Christopher rápidamente. Pero eso no era del todo cierto.

—En realidad —admitió, aunque a regañadientes, — lo sé. Todo empezó con una mujer.

Sin decir palabra, Alex se levantó de su silla, agarró la botella de brandy y la colocó entre ambos, sobre el escritorio de Christopher.

—Siempre empieza así —dijo con ironía. — Así que veamos si podemos averiguar qué sucede.

***

Alex se mantuvo inusualmente callado mientras Christopher llegaba al final de lo que resultó ser una purga de su alma.

Nunca antes había hablado tan abiertamente con su hermano. Y ciertamente no sobre algo personal.

En verdad, había hecho más cambios en su relación con sus hermanos desde que conoció a Lucia Allenwood de lo que hubiera creído posible.

—No sé por qué te he contado todo esto —murmuró, sintiéndose ligeramente avergonzado. — No sé por qué he estado diciendo o haciendo muchas cosas últimamente.

—Yo sí —dijo Alex, suavemente pero con firmeza. — Es por Lady Lucia. Yo era igual cuando me enamoré de Lydia. El amor... te hace querer ser mejor. Hacerlo mejor. Y siempre has sido tan perfecto como príncipe y gobernante, Christopher, que el único lugar en el que podías mejorar era en tu vida privada.

Christopher solo pudo mirar a Alex mientras sus palabras hacían crecer un pánico indescriptible dentro de él.

Pero, ¿había verdad en sus palabras?

¿Quería ser un hombre mejor por Lucy? La verdad era obvia. Sí, claro que sí.

¿Pero era porque la amaba? ¡No! Había decidido hace años que el amor no tenía cabida en su vida.

El amor era una distracción de su papel como príncipe. Su papel como rey, cuando llegara el momento. No podía enamorarse.

—Por mi parte, me alegra. Siempre te respeté y admiré como príncipe, Christopher. Pero prefiero tenerte como hermano.

—Y sé que Harriet siente lo mismo.

Ambos hermanos alzaron la vista para ver a Jacob entrar en la habitación.

Christopher podría reprenderlo por insubordinación o por meterse en su conversación, pero sería inútil. Además, Jacob había sido confidente y amigo durante algún tiempo. También había presenciado este aparente cambio en Christopher con sus propios ojos.

—Hmm. Ella prácticamente lo dijo —admitió Christopher de mala gana.

—Bueno, entonces ya está arreglado —Alex aplaudió. — Dile a la chica que la amas, cásate con ella y viviremos felices para siempre.

Christopher solo pudo fulminar con la mirada a su hermano hasta encontrar las palabras para regañarlo como era debido.

—¿Has perdido completamente el juicio? —preguntó. Exigió, más bien. — Soy el Príncipe Heredero, Alex. El heredero al trono. No puedo simplemente casarme con la chica. No

es en absoluto adecuada.

—¿Y por qué no? —preguntó Alex con calma.

—Porque... —Christopher se sintió inusualmente alterado. — Porque no es material para reina —finalmente resolvió, ignorando el remordimiento que sintió al hablar así de Lucy. Pero era cierto, no había forma de negarlo.

—Y... y no todos tenemos el lujo de rechazar nuestros títulos y salir corriendo a jugar a ser señor de la mansión en Inglaterra —continuó, entrando en ritmo. — ¿Crees que porque tú te escapaste con Lydia o Harriet se casó con Jacob yo puedo hacer lo que me dé la gana? Pues no puedo.

Christopher se levantó de un salto, necesitando caminar para liberar algo de la ira que había surgido de la nada.

Alex se levantó lentamente, pero permaneció callado.

Jacob seguía junto a la puerta.

Y mientras Christopher se quedaba allí, mirándolos furiosamente a ambos, finalmente admitió la verdad para sí mismo.

La amaba.

Se había enamorado desesperadamente de la pequeña ladrona que había puesto a prueba su paciencia, su autocontrol y hasta su cordura en cada oportunidad.

Esto lo cambiaba todo. Y no cambiaba nada.

Su primer deber seguía siendo hacia su país. Seguía siendo hacia su corona.

Príncipe primero. Hombre segundo. Siempre.

Y ella era demasiado... todo. Demasiado hermosa, demasiado enérgica, demasiado distraída.

¿Cómo podía entregarle su corazón a su país si ella lo tenía en sus manos?

—Se lo advertí —finalmente habló Jacob. — Le advertí que el amor es algo que ni usted puede controlar, Alteza. Sucede le guste o no.

Christopher tragó saliva, pasando el nudo en su garganta.

Recordaba ese último beso en el jardín la semana pasada.

La forma inocente en que Lucy se había inclinado para presionar sus labios contra los suyos. El fuego, blanco y ardiente, que había estallado entre ellos desde el primer segundo de contacto.

Y cómo esa vez no había tenido la fuerza para apartarse. Esa vez, ni los sabuesos del infierno habrían podido alejarlo de ella.

No, fue Lucy.

Lucy quien se apartó, dijo adiós suavemente y luego salió de su pequeño mundo secreto, alejada del mundo.

Y desde entonces no había podido hablar con ella.

De hecho, su prima había hecho todo lo posible por monopolizar su tiempo.

Pero Christopher sabía que nunca podría contemplar casarse con la prima de Lucy. Ya era bastante difícil contemplar casarse con alguien en absoluto.

Con cualquiera que no fuera Lucy.

Y sus pensamientos circulares volvieron al punto de partida.

—Y les dije, a los dos, que no es posible.

Christopher se giró y miró por la ventana hacia los jardines donde la había visto por primera vez. El destello de su cabello rojo, las curvas que quitaban el aliento envueltas en azul. Y luego la sensación de mirar en sus ojos color aguamarina, perdiéndose en ellos. El shock de ser

arrastrado involuntariamente a su fechoría.

Dios, cómo la amaba. Y qué imposible era.

No podía casarse con ella. Pero, siendo el bastardo que era, era demasiado egoísta para dejarla ir.

—Quizás haga un acuerdo con la dama —dijo en voz alta, asqueado de sí mismo por siquiera expresar ese deseo.

—¿Un acuerdo? —escuchó el tono de desaprobación de Alex.

—¿Quieres decir ofrecerle una *carte blanche*? —El tono de Jacob estaba cuidadosamente libre de inflexión. Pero claro, él era un profesional. Su trabajo era escuchar las órdenes de su príncipe sin censura ni juicio.

—¿Quieres convertir a la chica en tu amante? —preguntó Alex, incrédulo. — ¿La mujer que claramente amas? ¿Quieres arruinar su vida acostándote con ella sin ofrecerle nada? ¿En qué diablos estás pensando?

Las palabras de Alex resonaban en la cabeza de Christopher, llenándolo de disgusto.

Pero él era un príncipe. Algún día sería rey. ¿No se suponía que debía actuar así? Había tenido muchas amantes antes. Nunca se había preocupado por sus reputaciones ni por sus sentimientos.

Sin embargo, tan pronto como lo pensó, lo desechó.

¿A quién intentaba engañar? Lucy no era como esas mujeres. Y sus sentimientos por ella no se parecían a nada que hubiera sentido antes.

La sola idea de usarla de esa manera lo enfermaba. No necesitaba la desaprobación de Alex para saber que había sido una estupidez decirlo. ¡Pensarlo!

—No —admitió derrotado. — No quiero hacer eso.

El silencio fue ensordecedor.

Pero finalmente, Alex volvió a hablar.

—He estado en tus zapatos, Christopher. Cuando me enamoré de Lydia, ni siquiera le había dicho quién era. Temía que nunca lo lograríamos. No pensé que podría renunciar a todo esto por ella.

Christopher se giró para mirar al hermano que *había* roto las reglas, que había ido en contra del gran plan para su vida, y que era más feliz y estaba más satisfecho de lo que Christopher lo había visto jamás.

Pensó también en Harriet, que había amenazado con dejar el país si la obligaban a hacer algo que no quería.

Y nunca había visto a dos personas más enamoradas que Harriet y Jacob.

Pero era diferente para él. No lo entendían.

—Sé que es más difícil para ti —continuó Alex, como si pudiera leer sus pensamientos. — Pero, Christopher, ¿no lo ves? El amor y la confianza de una buena mujer solo te hacen más fuerte. Solo te hacen mejor.

—Es cierto, Alteza. Necesita más que una reina. Necesita una esposa. Una compañera. Una igual. Alguien que lo ame y a quien usted ame. Alguien que lo haga feliz y que lo ayude a gobernar su reino, no que lo obstaculice. El amor verdadero nos convierte en la mejor versión de nosotros mismos. Si deja que eso se escape, nunca será el gobernante que puede ser. Nunca conocerá la fuerza que puede darle.

Christopher miró a los dos hombres ante él.

Ambos habían tenido sus propios obstáculos que superar. Ambos habían conocido pruebas y tribulaciones en sus caminos hacia la felicidad.

Sin embargo, ¿podía decir que amar a Lydia había empeorado la vida de Alex? Era un padre devoto. Un conde rico. Tenía negocios y propiedades por todo el mundo. Y Christopher sabía que no tomaba decisiones sin el aporte de Lydia.

Y Jacob... Jacob había dejado atrás su mundo de viajes e intrigas, dirigiendo su aguda mente hacia su hogar y haciéndose cargo de la seguridad del palacio, además de encargarse de la oficina del reino.

Su matrimonio no lo había hecho infeliz. No había embotado su ingenio, ni se había interpuesto en su camino.

De hecho, Harriet lo mantenía en vilo más que cualquier misión que hubiera tenido. Estaban formando una familia, y estaban felices. Satisfechos. En paz con el mundo y emocionados por su futuro.

Parecía como si las escamas hubieran caído de los ojos de Christopher, y vio la verdad ante él.

La traición de Althea Furberg lo había vuelto desconfiado, amargado y cerrado.

Sus aventuras con sus amantes le habían hecho pensar en el deseo como nada más que una necesidad física que debía atenderse y luego olvidarse.

Durante tanto tiempo se había convencido de que su matrimonio no debía ser más que una alianza política. Otro asunto que el príncipe debía resolver.

Algo de lo que el hombre no necesitaba preocuparse.

Pero estaba equivocado. Muy equivocado. Casarse con Lucy, casarse con la mujer que se había enamorado del hombre y no de la corona solo lo haría más feliz, más fuerte, mejor. Un mejor hombre y un mejor rey.

Ella no sería su ruina. Sería su mayor fortaleza. Y amarla no lo disminuía. No lo hacía débil, ni menos de lo que debía ser.

Tenerla a su lado, como su igual. Compartiendo todos los altibajos de la vida. Nada sería mejor. Y nada de lo que hiciera sería más importante.

Había pensado que gobernar Aldonia sería su mayor legado. Pero no. Amar a Lucia y que ella lo amara sería el mayor logro de su vida.

Christopher rio al sentir que un peso indescriptible se levantaba de sus hombros.

Por primera vez en su vida, sintió que el hombre y el príncipe eran uno. Y ambos amaban a Lucía Allenwood más de lo que Christopher se había creído capaz.

No necesitaba seguir el camino que se le había trazado. No necesitaba sacrificar su corazón y su felicidad por su país.

Solo la necesitaba a ella.

Sin decir una palabra más, salió de la habitación. Necesitaba tiempo a solas para pensar. Para planear. Tan concentrado estaba en su futuro que no prestó atención a Alex y Jacob, ni vio la mirada especulativa que ambos compartieron a sus espaldas.

Capítulo Veintidós

Llamar al baile de esta noche "extravagante" sería un grave eufemismo.

Lucy trató de asimilarlo todo, pero se sintió completamente abrumada.

Jane había puesto su pie en el suelo más temprano ese día e insistió en que Lucy se quedara quieta el tiempo suficiente para peinarse con el estilo más elaborado que jamás había tenido.

El resultado final fue un leve dolor de cabeza por demasiados pasadores, pero un hermoso peinado que encajaría entre las sofisticadas damas presentes.

Cada pequeño rizo que Jane había fijado en la cabeza de Lucy estaba adornado con diamantes. Diamantes a juego colgaban de su cuello y orejas.

Le había llevado una eternidad ponerse el vestido, gracias a lo que parecían ser cientos de pequeños botones de perlas en la espalda.

Era de seda azul hielo que bajaba escandalosamente más de lo que cualquier vestido que Lucy había usado antes, pero la modista que había contratado en Londres había insistido en que era lo último de la moda en Europa, y mirando alrededor del salón ahora, Lucy sabía que había hecho bien en confiar en la costurera parisina.

Comparado con algunos de los vestidos aquí, el de Lucy era casi modesto.

Aunque el diseño era lo suficientemente simple, el vestido terminaba en una cola ondulante y giraba alrededor de sus zapatitos azules a juego como las olas del océano.

Era una obra maestra. Ajustada, pensó Lucy con tristeza, para una reina.

—¡Ahí estás! Declaro que es imposible encontrar a alguien en este alboroto.

Lucy sonrió a Penelope, que se veía algo sonrojada.

Hacía calor en el salón, pero ni siquiera lo suficientemente cálido como para las brillantes manchas de color en las mejillas de Penelope.

Quizás estaba emocionada por el anuncio del Príncipe Christopher, pensó Lucy con desánimo.

Se preguntaba si él siquiera se molestaría en preguntar a la dama que eligiera. ¿O simplemente lo anunciaría y esperaría que quien fuera aceptara felizmente?

Bueno, por supuesto que lo haría, pensó Lucy con desagrado. Nadie más parecía tener un problema con esas cosas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ahora a su prima.

Durante días había estado practicando mantener la compostura cuando su corazón se estaba rompiendo. Esperaba que ya pudiera hacerlo lo suficientemente bien.

Penelope abrió su abanico y lo movió frente a su cara, dejando volar sus oscuros rizos.

Colocó una mano sobre su pecho, cuidando de no arrugar el satén rosa.

—Estoy bien —dijo Penelope, con los ojos duros. — ¿Por qué no habría de estarlo? Según todos los informes, estoy a punto de recibir una propuesta del príncipe.

El corazón de Lucy se hundió, y solo pudo esperar que sus emociones no se reflejaran en su rostro.

—Entonces, ¿él te eligió? —preguntó Lucy, y si había un leve temblor en su voz, lo ignoró. Afortunadamente, Penelope también lo hizo.

—Oficialmente no, pero él y yo… bueno, digamos que acabamos de tener una reunión privada que fue muy bien. Espero que no sea obvio.

Lucy pensó que había experimentado el desamor antes, pero nada podría haberla preparado para el impacto de las palabras de Penelope.

—¿T...tú y él? —No podía siquiera expresar las palabras, pero resultó que no lo necesitaba.

Penelope estaba más que feliz de seguir aplastando el corazón de Lucy en mil pedazos.

—Oh sí —su sonrisa era positivamente felina.

Este era un lado de Penelope que Lucy había vislumbrado en las últimas semanas, pero simplemente no lo reconocía en su dulce y apacible prima.

Quizás Christopher había tenido razón cuando le dijo a Lucy que era ingenua en los asuntos del mundo. Cuando le había dicho que no subestimara lo que una mujer haría por una corona.

No podía juzgar a Penelope, por supuesto. Lucy también lo había besado.

Pero no quería su corona. Quería su corazón.

Y claramente no significaba nada para él. Nada en absoluto.

—Él me contó sobre su plan de ofrecerte un arreglo —continuó Penelope.

Esta vez Lucy no pudo disimular su confusión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, formándose un nudo de temor en el estómago.

—Oh, ¿no ha tenido oportunidad de preguntarte aún? Admito que no estoy encantada con la idea. Después de todo, somos prácticamente hermanas tú y yo. Pero él es un real, después de todo. Y uno simplemente no discute con el Príncipe Christopher. Solo te pido que seas discreta, pequeña Lucy. Sé lo… ah… bien, vivaz que puedes ser.

—Penelope, no tengo idea de qué hablas —dijo Lucy, la inquietud dándole un toque mordaz a su tono. — Pero sea lo que sea, estoy bastante segura de que no estoy interesada.

—Oh, ¿de verdad? —Penelope se rió mientras extendía la mano y le agarraba el brazo a Lucy con una fuerza aplastante. — No estabas tan desinteresada cuando tenías encuentros secretos con el príncipe, ¿verdad?

El estómago de Lucy se hundió hasta sus pies con las palabras susurradas de Penelope.

—¿Q...qué? —tartamudeó, mirando a la prima que ya no reconocía.

—Oh sí, sé todo sobre eso. No sé cómo lograste salirte con la tuya con tantos ojos en el palacio, pero bien hecho, supongo, por haberlo logrado.

Lucy no podía hablar. Solo podía mirar mientras Penelope continuaba con deleite.

—No te preocupes, querida. Le dije al príncipe lo mismo que te estoy diciendo a ti. Puedo mantener el secreto. Aceptes un carte blanche o no, depende de ti. No me interpondré en lo que sea que hayas estado tramando con el príncipe. Pero la boda y la corona… son mías.

Los ojos de Lucy ardían tanto por el dolor en su brazo como por el dolor en su corazón.

Se liberó del agarre de Penelope y, furiosa, se secó las lágrimas.

—Sea lo que sea que creas que sabes —soltó Lucy, — cualquiera que sea el plan que tú o el príncipe estén tramando, no quiero tener nada que ver con ello. O con ninguno de los dos.

Las lágrimas que habían estado amenazando comenzaron a caer, y Lucy no pudo hacer nada para detenerlas.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y corrió fuera del salón, sin preocuparse de que pudieran verla.

Alice era feliz con Lord Travers, con quien había llegado a un entendimiento. La tía Ivy estaba segura de estar alardeando entre sus amigas sobre su futura princesa.

Nadie de importancia notaría ni le importaría que Lucy se hubiera ido.

Se dirigió directamente al único lugar en el que sabía que nadie la buscaría. El lugar que

solo Christopher conocía.

Y él estaría demasiado ocupado anunciando un compromiso como para buscarla.

Un compromiso con Penelope, con quien él acababa de estar… Lucy no podía siquiera pensarlo.

Ni tampoco podía pensar en lo que había dicho Penelope.

Honestamente, había pensado que conocía al verdadero Christopher. Honestamente había creído que era amable y justo, inteligente y cariñoso.

Pero pensar que había estado abrazando a Penelope de la misma manera que la había abrazado a ella. Haciendo promesas a Penelope que se había negado a hacerle a Lucy.

Y lo que era peor, planeando hacerla su amante mientras estaba casado con su prima.

Un sollozo desgarrador salió de la garganta de Lucy cuando finalmente alcanzó el bendito refugio del jardín secreto.

Estar aquí era un doloroso recordatorio de lo que había perdido. Pero ¿qué más dolor podría haber? ¿Por qué no sumarlo a la pila?

Lucy se apresuró hacia un banco escondido detrás de un sauce llorón. Hundiendo su frío cuerpo en su superficie, dejó que sus lágrimas fluyeran libremente. Nadie estaba allí para verlas.

Mañana empacaría sus cosas y dejaría Aldonia. No le importaba si tenía que hacerlo sola.

Si la Princesa Harriet podía hacerlo, Lucy ciertamente también podía.

Solo que la Princesa Harriet no había estado sola.

El Sr. Lauer siempre había estado allí, cuidándola, protegiéndola. Amándola. Y asegurándose de que regresara a salvo.

Bueno, no importa.

La princesa había regresado porque el palacio era su hogar. Allí era donde pertenecía.

Lucy no pertenecía aquí. Nunca lo había hecho.

***

El famoso autocontrol de Christopher se había roto y volado por la ventana.

Recordaba haberse reído con Lucy sobre no decapitar a la gente, pero ahora estaba tentado.

Ante el pensamiento de Lucy, su corazón se retorció dolorosamente.

Podía esperar llegar a ella antes que su prima astuta y manipuladora, pero sabía que eso era inútil.

Para cuando lidiara con el sirviente de la lengua suelta que había escuchado su conversación privada con Alex y luego se lo había contado a esa maldita chica, el baile ya estaría bien en marcha.

Había dejado a Jacob lidiar con el sirviente. Estaría fuera en menos de una hora, le había asegurado Jacob. Y jamás volvería a decir otra palabra sobre la familia real, prometió ominosamente.

La idea de que Lucy fuera objeto de chismes, siendo despreciada por su propia sangre, enfermó a Christopher.

¿Cómo pudo haber pensado alguna vez en casarse con una mujer como Penelope Bonne? Era una pequeña maestra de la manipulación cuya única ambición era una corona.

Christopher no podía creer que alguna vez hubiera pensado que quería una esposa así.

Si no hubiera sido por Lucy, él se habría atado de por vida a una mujer como Lady Penelope.

Lucy lo había salvado, le había hecho darse cuenta del error de sus caminos.

Y ahora ella estaba sufriendo.

Cuando Lady Penelope lo había abordado en la antecámara del salón de baile, él había estado furioso, exigiendo saber cómo había logrado eludir su guardia.

Parece que la dama había hecho un excelente trabajo engañando al personal para que pensaran que había un entendimiento entre ellos.

Los había engañado tal como Althea Furberg lo había hecho.

Quizás necesitaba nuevos malditos guardias.

Pero no había tenido tiempo para pensar demasiado en eso.

Con cortesía, pero con firmeza, despidió a la dama.

Su repentina tentativa de besarle lo había desconcertado. Pero no tanto como sus intentos de soborno.

—Sé exactamente lo que usted y mi pequeña prima han estado haciendo, Su Alteza —rió ella. — Admito que no pensé que la pequeña Lucy fuera así. Pero no importa.

La furia de Christopher creció a medida que ella enumeraba la información que había compartido con su hermano en confianza.

—No soy tan ingenua como mi prima, Su Alteza —continuó ella, sus ojos brillando sin piedad. — Sé que los hombres tienen ciertos deseos. Y creo que todos podemos llegar a un acuerdo que nos permita obtener lo que queremos.

La audacia de la chica lo sorprendió lo suficiente como para quedarse momentáneamente en silencio.

—No le diré a nadie lo que sé sobre lo que usted y mi prima han estado haciendo — prosiguió. — Y cuando usted y yo nos casemos, me aseguraré de hacer la vista gorda a sus arreglos propuestos con Lucia.

Incluso ahora, la sangre de Christopher hervía con los escandalosos intentos de chantaje de la chica.

No le costó encontrar de dónde había sacado su información y aún menos echarla de allí.

Pero había visto el desprecio y la indignación en sus ojos oscuros, y sabía que haría algo para herir a Lucy como una especie de venganza mezquina.

Porque no era lo suficientemente tonta como para apuntar a él.

No difundiría sus maliciosos chismes. De eso no tenía dudas. La promesa de arruinarla y arruinar a su familia había sido suficiente para asegurarse de ello.

Y ya había enviado a alguien a Lady Bonne para exigirle que ella y su horrenda hija se retiraran de la corte real al día siguiente. Y que no regresaran hasta que fueran invitadas explícitamente.

Y no lo serían por un buen tiempo.

Christopher se deslizó en el salón de baile con la mayor sutileza posible. Sus ojos buscaban frenéticamente entre la multitud, pero no había ninguna señal reveladora de cabello rojo.

Miró a su alrededor de nuevo y divisó a Lady Bonne y a Lady Penelope, la primera susurrando furiosamente al oído de su hija, y la segunda luciendo pálida y con lágrimas en los ojos.

Bien.

Entonces, habían recibido su mensaje.

Sin embargo, no les dedicó más que una mirada fugaz, su atención aún centrada en encontrar a Lucy.

—¿Qué había dicho su prima? ¿Cuánto daño había causado? ¿Y podría deshacerlo?

Jacob apareció de repente a su lado.

—Ella fue a los jardines, Su Alteza —dijo suavemente para que solo Christopher pudiera oír. — Los guardias la perdieron de vista, y aún no ha reaparecido en el palacio. ¿Debo...?

—No —interrumpió Christopher, con el corazón desbocado. — Sé exactamente dónde está. Iré.

—Enviaré algunos guardias para...

—No —interrumpió de nuevo. — Iré solo. Necesito hacer esto solo.

Jacob se rió de repente y de manera inesperada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Christopher.

—Bueno, odio decirle "te lo dije" a un príncipe —dijo Jacob con ironía. — Pero te lo dije.

—Cállate, Jacob.

—Por supuesto, Su Alteza —sonrió.

Christopher lo ignoró y se dirigió hacia los jardines.

Capítulo Veintitrés

El dolor de cabeza de Lucy por las horquillas en su cabello solo había empeorado con sus lágrimas.

Con mucho cuidado, se las quitó de la cabeza, dejando que su cabello cayera desordenadamente por su espalda.

Si alguien la veía con el cabello suelto, habría un gran problema.

Pero, supuso, eso era lo de menos.

Dudaba que incluso un príncipe pudiera retenerla aquí contra su voluntad, pero luego estaba Christopher. Y no podía imaginar nada que ese hombre no pudiera hacer.

Su mente se llenó de horror ante la idea de que la forzaran a ser su amante.

¡De ninguna manera!

Seguramente podría pedir ayuda a la Princesa Harriet.

La princesa había sido una amiga amable y buena en las tres semanas que Lucy había estado allí. No había manera de que se quedara de brazos cruzados mientras su hermano mantenía a Lucy allí como una especie de...

—Pensé que te encontraría aquí.

Lucy se dio la vuelta y saltó a sus pies al ver al Príncipe Christopher separando las ramas colgantes del sauce y entrando en su refugio.

Lucy quería sentir rabia, pero al verlo allí, increíblemente apuesto a la luz de la luna, solo se sentía abrumadoramente triste.

—Quería estar sola —dijo, con la voz temblorosa y los ojos fijos en su corbata.

Cuando él no respondió, miró hacia arriba y vio que él la estaba mirando sin vergüenza, con la mirada fija en su cabello. Parecía hipnotizado. Maravillado. Y su idiota corazón tropezó en respuesta a esa mirada.

Levantando la mano, se acarició los cabellos de forma cohibida, deseando haber soportado el dolor de cabeza y haberlo dejado recogido.

Ahora se sentía extrañamente vulnerable con el cabello cayendo sobre sus hombros.

—No esperaba compañía —balbuceó cuando él aún no había hablado. — Sé que me veo...

—Hermosa —respondió él, su voz ronca, sus ojos brillando a la luz de la luna. — Te ves hermosa.

Su corazón intentó derretirse ante sus palabras, pero no se lo permitiría.

Reuniendo su maltrecha autoestima, levantó una ceja.

—Supongo que por eso decidiste hacerme tu amante —dijo con desdén y se sintió satisfecha de que el temblor había desaparecido de su voz. — Porque piensas que soy hermosa.

Al escuchar sus palabras cáusticas, sus ojos finalmente se encontraron con los de él.

Él dio un paso más cerca, y ella retrocedió, sus piernas chocaron contra el banco detrás de ella.

—Entonces hablaste con tu prima —dijo él suavemente.

Una punzada de dolor atravesó a Lucy, y se dio cuenta de que había estado sosteniendo una estúpida esperanza de que Penelope había estado mintiendo.

—Sí, lo hice —dijo, y de repente una rabia ardiente nacida del dolor y la humillación estalló dentro de ella. — Y creo que debería advertirte que nunca me comportaría de manera tan

vil —dijo. — *Nunca* seré tu amante de forma voluntaria.

Él abrió la boca para hablar, pero ella no lo dejó.

—Ya es bastante malo que me b...beses como lo hiciste y luego, luego beses a Penelope.

Para horror de Lucy, sintió que las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos. Pero, por más que lo intentara, no pudo detenerlas. Bueno, no importaba. No lo volvería a ver después de esta noche de todos modos.

—Pero pensar que yo ... que podríamos...

No pudo ni siquiera pronunciar las palabras. Pero no dejaría que eso la detuviera. Ahora estaba en su ritmo, y seguiría hasta que hubiera sacado todo.

—Podrás ser un príncipe y gobernante de un país y... y apuesto, y encantador y... —Se estaba quedando sin palabras para describirlo, así que le hizo un gesto con la mano. — Y grande —continuó. — Pero no tienes derecho a tratar a las personas como si no importaran. Como si sus sentimientos no importaran.

Hizo una pausa para tomar aire, pero cuando él abrió la boca nuevamente, se apresuró a continuar.

—Me voy a casa —continuó, limpiándose furiosamente los ojos. — Y podrías intentar detenerme. Bueno, está bien —exhaló. — Pero tendrás que encerrarme en una mazmorra o en una torre o algo así porque *nunca* me quedaré voluntariamente como tu amante, ¿me escuchas? ¡Nunca!

Se quedó sin palabras y se plantó allí, respirando con dificultad, esperando que él aceptara su oferta y la arrojara a una mazmorra.

Que lo haga, pensó desafiante.

Nada haría que cambiara de opinión.

Él dio otro paso hacia adelante y, sin ningún lugar a donde ir, Lucy alzó el mentón desafiantemente y esperó.

—Hmm. Presenta un punto bastante sólido, mi lady —dijo él, y si Lucy no conociera mejor su situación, diría que su tono era casi burlón. — Y veo que es bastante seria cuando dice que no se quedará como mi amante.

—No lo haré —replicó insolentemente, y él asintió en reconocimiento.

—Sin embargo, no quiero que se vaya. Y soy, después de todo, el príncipe.

Lucy tragó con dificultad y entrecerró los ojos.

—Solo hay una solución que puedo pensar para este dilema —continuó.

Ella esperó, preparándose para rechazar lo que fuera que iba a decir. Abofetearlo también, si era necesario, aunque eso podría ser un camino seguro hacia su encarcelamiento en esa mazmorra.

Finalmente, cuando ya no podía soportar el silencio, soltó un suspiro impaciente.

—¿Bueno? —exigió. — ¿Cuál es esta solución?

—Si no se quedará como mi amante —repitió. — Y no quiero que se vaya, creo que la única solución es que se quede como mi esposa.

***

Christopher observó de cerca cómo una multitud de emociones pasaban por el rostro de Lucy.

Confusión, sorpresa, un breve destello de lo que esperaba que fuera alegría, y luego sospecha.

Odiaba que ella tuviera sospechas. Casi tanto como odiaba ver las lágrimas deslizarse por su hermoso rostro.

El hecho de que ella estuviera llorando, y que él fuera la causa de sus lágrimas, casi lo derribaba de rodillas. Y se aseguraría de que nunca más fuera la causa de tal dolor.

Pero primero, tenía que convencerla de que era sincero.

Ella abrió la boca, luego la cerró nuevamente, con un ceño fruncido arrugando su frente.

Christopher encontró que se estaba divirtiendo bastante.

No estaba seguro de que jugar con ella de esta manera fuera la mejor forma de manejar la situación.

Pero ella estaba tan asustada como un potro, y ciertamente aún no confiaba en él.

Así que hacer lo que realmente deseaba hacer tendría que esperar.

Aunque no sabía cuánto más podría resistir antes de tomarla en sus brazos, especialmente cuando ella estaba allí de pie a la luz de la luna con su glorioso cabello suelto, y sus ojos color agua nadando con lágrimas aún por caer.

Ella se veía etérea. Como una princesa de un cuento de hadas de su infancia.

Solo podía esperar desesperadamente haber jugado bien sus cartas.

La esperanza era todo lo que tenía ahora. Esperanza y honestidad.

—¿Está bromeando? —exclamó finalmente.

Él sacudió la cabeza.

—Espero que me conozca lo suficiente como para saber que nunca sería tan cruel como para bromear sobre eso —dijo suavemente.

—Pensé que lo conocía —murmuró ella en respuesta y en un tono que le rompió el corazón. — Pero resulta que no lo conozco en absoluto.

Christopher tragó un repentino nudo en su garganta.

—¿Por qué dice eso? —preguntó con cuidado, manteniendo su tono en calma.

Ella se río ante la pregunta, una rápida explosión de aire que hizo que un mechón le rozara la mejilla, y él deseó alcanzar y sentir su suavidad sedosa con los dedos.

Pero no lo hizo, por supuesto.

—Porque —levantó las manos en un gesto de impotencia. — Porque tenía razón sobre mí. Soy ingenua. Creí que teníamos algo especial. Le creí cuando dijo que había ciertas cosas que nos mantenían separados. Pero —parecía luchar por encontrar palabras, y él tuvo que forzarse a permanecer quieto y escucharla. — Pero nunca pensé que solo se estaba aprovechando. Nunca pensé que besaría a Penelope como me besó a mí. Y sé que eso fue una tontería ya que planeaba casarse con ella.

Se encogió de hombros y bajó la mirada al suelo.

—Ahora habla de casarse conmigo, y estoy tan confundida. Confundida y... y herida.

Christopher no pudo soportarlo más.

Cerró la distancia entre ellos y levantó su mentón para poder mirar en sus ojos. Para que ella pudiera mirar en los suyos y ver la sinceridad en ellos.

—Me duele —se quejó ella, una nueva lágrima cayendo por su mejilla.

Él la atrapó con el pulgar y la borró.

—Me duele porque dejé que me enamorara...

Su corazón latía con fuerza, pero ella se detuvo, mordiendo su labio y sacudiendo la cabeza.

—No espero que se case conmigo —continuó ahora. — Nunca esperé eso. Pero decirle a Penelope lo que sucedió entre nosotros. Y que piense que yo...

Un rubor tiñó sus mejillas, recordándole lo inocente que era.

—Es como si no me conociera en absoluto. Y yo no lo conozco. Y no sé qué decir, o

hacer, o simplemente... nada.

—Ya le dije qué hacer —dijo suavemente. — Cásate conmigo.

Capítulo Veinticuatro

Su dolor de cabeza no estaba mejorando.

Y este intercambio bizarro y desgarrador no ayudaba en absoluto.

¿Por qué le estaba permitiendo que la sostuviera así?

¿Por qué él decía estas cosas?

Era hora de poner fin a esta locura, sea lo que fuera.

—Penelope— comenzó, pero él la interrumpió de inmediato.

—Lady Penelope es una pequeña mentirosa y manipuladora, que ya no es bienvenida en mi palacio —dijo con firmeza y tanta convicción que ella se encontró creyéndole.

Pero eso solo la hizo sentir aún más confundida.

—No entiendo —admitió, sintiéndose impotente.

Christopher la estudió atentamente por un momento antes de suspirar y quitar la mano de su rostro.

Y era una tontería, lo sabía, querer tomarla y ponerla de nuevo en su lugar.

Pero en lugar de alejarse, él tomó su mano y la atrajo suavemente hacia el banco.

Una vez que estuvieron sentados, se volvió para mirarla.

—Hay cosas que necesito explicarte. Cosas sobre mí. Cosas que ni siquiera me di cuenta hasta hace poco.

Lucy frunció el ceño, confundida.

—Pero antes de que explique eso, creo que debería aclarar lo que sucedió con tu prima.

Mientras hablaba, se convirtió en el comandante real, y Lucy tembló en respuesta. Sabía que su fría furia no estaba dirigida hacia ella, pero aun así era bastante intimidante presenciarla.

—Lady Penelope me acosó antes del baile esta noche —dijo en tono oscuro. — Fue muy... directa, por así decirlo. Y fue inmediatamente rechazada. No tengo interés en la dama —continuó, suavizando su tono.

Extendió la mano y capturó un rizo entre sus dedos, frotando los mechones antes de suspirar y soltarlo. —No he sentido ni un destello de interés en otra mujer desde que vi a una cierta ladrona pelirroja robando las rosas de mi madre.

Las mejillas de Lucy se calentaron al recordar ese día y cómo había arrojado esas rosas en su cara sin querer.

Nunca habría imaginado que ese encuentro fortuito conduciría a esto.

—Desafortunadamente, la dama no estaba contenta con el rechazo, y sospechaba que se propondría hacerte daño. Cualquier cita a la que ella pudiera haber aludido son mentiras. Te lo juro.

Quizás era crédula, pero le creía. Vio la verdad en sus ojos y, razonó, ser un Príncipe Heredero significaba que no tenía motivos para mentir. No era responsable ante nadie por sus acciones, fueran las que fueran.

—No sé por qué mentiría sobre eso —dijo Lucy, dudando.

Christopher suspiró en respuesta.

—Celos —sugirió. — Ambición. Orgullo herido. Mi suposición es que es una combinación de los tres. Te dije que nunca subestimaras el atractivo de una corona, querida.

El corazón de Lucy dio un vuelco al escuchar ese término cariñoso salir de sus labios tan fácilmente.

—No entiendo —admitió. — ¿Por qué alguien querría una corona más que tú? Ella casi me dio su bendición para... para... bueno, ya sabes —tartamudeó, con las mejillas ardiendo. Era demasiado poco sofisticada para hablar con tanta ligereza sobre tales cosas. Especialmente con él.

Su sonrisa era positivamente lobuna a la luz de la luna.

—Nunca podría actuar de tal manera —terminó ella, sintiéndose cohibida.

—¿Quieres decir que no le darías tu bendición a otra mujer para que fuera mi amante? —bromeó él.

—Prefiero sacarle los ojos —escupió Lucy antes de darse cuenta de lo que había dicho.

Su risa resonó en la noche silenciosa.

—Me alegra oírlo —dijo con sarcasmo. — Los celos te sientan bien.

—No estoy celosa —negó ella con calor. — Solo... solo estoy...

—¿Celosa? —sugirió él amablemente.

Nunca había visto este lado juguetón, casi eufórico de él.

Y porque no podía realmente negar que eran celos, optó por permanecer en silencio.

—Entonces, ¿ella lo inventó? —insistió Lucy cuando él no continuó. — ¿Sobre tu supuesta oferta?

Cuando no confirmó de inmediato que Penelope había mentido, el abismo de temor se formó una vez más en el estómago de Lucy.

Christopher suspiró una vez más y extendió la mano para tomar la de ella.

—No exactamente —admitió, y Lucy se tensó ante el dolor fresco que sintió. — Desearía poder negarlo, pero no quiero mentirte. Ya es hora de que sea honesto contigo, así como conmigo mismo.

—La verdad es que estaba hablando con Alex y Jacob, tratando desesperadamente de negar lo que ya sabía. Tratando de mantener mis antiguas ideas y planes para mi vida. Hice un comentario estúpido y egoísta. Uno que sabía que estaba mal. Uno del que me arrepentí de inmediato.

—¿Así que querías que fuera tu amante? —preguntó, preparándose para la respuesta.

—Te quería a ti —respondió él, simplemente. — Te deseo. Cada segundo que no estoy contigo, te extraño. Cada segundo que estoy contigo, lo único que quiero es besarte hasta dejarte sin aliento. Estaba aterrorizado por los sentimientos que despertaste en mí. Asustado de lo que habías llegado a significar para mí. Y en un último y desesperado intento de fingir que solo era algo físico, hice ese comentario estúpido.

Lucy simplemente lo miró, buscando la verdad en sus ojos.

—Tu prima fue mucho más astuta de lo que pensé, y sobornó a un lacayo para que escuchara mi conversación y luego usó lo que oyó para su propio beneficio. O al menos lo intentó. Cuando la rechacé, supe que intentaría hacerte daño por despecho. Y siento más de lo que puedo expresar el haberle dado inadvertidamente la munición para hacerlo.

—Lucy —le apretó la mano que aún sostenía entre las suyas, mientras su pulgar dibujaba círculos en su muñeca, volviéndola lentamente loca. — No puedo pedirte perdón. Haber sugerido siquiera tal cosa, cuando mereces mucho más, fue despreciable. Todo lo que pido es que me creas cuando te digo que nunca te habría tratado de esa manera. Nunca te habría utilizado tan mal. Eres demasiado valiosa para mí.

Lucy no podía creer del todo que él estuviera diciendo esas maravillosas palabras.

Pero comenzaba a pensar que su propuesta de matrimonio podría haber sido real.

Por más fantástico que pareciera.

—Y eso me lleva a la otra cosa que necesito explicarte —dijo él, y el corazón de Lucy latió dolorosamente ante la emoción que brillaba en su mirada.

—Toda mi vida he puesto mi deber hacia la Corona por encima de todo lo demás. De niño, sacrifiqué mi infancia. De adulto, estaba más que dispuesto a sacrificar el amor por el bien de la Corona. Una alianza, un matrimonio de conveniencia. Eso es lo que quería. Pensaba que era porque seguía cumpliendo con mi deber. Pero luego te conocí, y me di cuenta de que estaba tan dispuesto a prescindir del amor porque nunca lo había experimentado antes.

Lucy contuvo el aliento, pero no se movió, no hizo ningún sonido. Solo esperó.

—Irrumpiste en mi vida como nadie lo había hecho. No te impresionaba mi título. No te importaba mi riqueza ni mi poder. Fuiste la primera persona que realmente fue honesta conmigo. Y la primera persona que vio más allá de la corona, más allá de la máscara, al hombre que hay debajo.

Una vez más, las lágrimas acudieron a sus ojos, pero apenas se dio cuenta. Su enfoque total estaba en el hombre sentado en ese jardín secreto.

—Al principio pensé que solo era una atracción. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Pero sospechaba que iba más allá de eso, y cuando nos besamos por primera vez, lo supe, pero fui demasiado terco para admitirlo, incluso para mí mismo.

—¿Admitir qué? —preguntó ella, con la respiración entrecortada.

Su sonrisa fue gloriosa y disipó las últimas dudas que tenía.

—Que me había enamorado de ti. Que por primera vez experimenté el amor real, verdadero, aterrador y maravilloso. Me tomó un tiempo aceptarlo. Y aceptar que estar contigo es más importante para mí que cualquier otra cosa. Corona, país... nada de eso me importa tanto como tú.

—Christopher —las lágrimas fluían libremente ahora, pero no le importaba.

¿Podría ser verdad? ¿Podría este apuesto príncipe sentir por ella lo mismo que ella sentía por él?

Lo que él estaba diciendo era maravilloso, pero no podía permitir que continuara. Lo amaba demasiado como para dejar que sacrificara lo que había vivido toda su vida.

—No creo que esté hecha para ser reina —sollozó. — Soy opinadora, ruidosa y siempre llego tarde a *todo* —dijo con énfasis. — Nunca digo o hago lo correcto. No soy la chica adecuada para ti.

Miró sus manos entrelazadas, deseando que las cosas pudieran ser diferentes, pero sabiendo que no podían.

—Lucy —su voz sonó suave junto a su oído, y ella alzó la mirada una vez más.

—No me has dicho cómo te sientes —dijo él suavemente.

Ella negó con la cabeza ligeramente.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —preguntó. — Te amo. Te amo tanto que me aterra. Pero no soy la persona adecuada para ti —reiteró.

—¿Me amas? —repitió él. — ¿Me amas a mí y no a mi corona?

—No amo para nada tu corona —sollozó ella. — No es más que una molestia.

Él volvió a reír.

—Tiene sus beneficios —le aseguró. — Ya lo descubrirás.

—¿De verdad? —tragó saliva.

—Tú me amas —dijo él. — Solo a mí. Al verdadero yo. Eso te convierte en la persona perfecta para mí. Solo puedo ser un buen rey si tengo a alguien a mi lado que me ame cada día, a través de todo. A quien yo ame cada día, a través de todo. Y esa no puede ser nadie más que tú,

porque nunca amaré a nadie más que a ti.

El corazón de Lucy se elevó. Y aunque todavía le aterraba la idea de ser parte de la realeza, lo amaba lo suficiente como para intentarlo. Para estar a su lado todos los días, a través de todo.

—Yo tampoco amaré a nadie más que a ti —prometió.

De repente, Christopher se inclinó y capturó su boca en un beso explosivo.

Lucy jadeó cuando él la levantó del asiento y la colocó en su regazo.

Su lengua danzaba con la de él, y Lucy rodeó con sus manos el cuello de Christopher, acercándose aún más, sin querer soltarse jamás.

Finalmente, él la dejó tomar aire.

Ella abrió los ojos para mirarlo, aturdida, con su rostro mostrando una expresión bastante satisfecha.

—¿Estás lista para tomar tu decisión? —preguntó con una sonrisa, apoyando su frente contra la de ella.

—¿Mi decisión? —repitió ella, con el cerebro todavía confuso por el beso.

—La mazmorra o el matrimonio —rio él. — Puede que sea tu esclavo, querida, pero sigo siendo el gobernante de Aldonia con acceso a muchas mazmorras.

Lucy no pudo contener la sonrisa que le devolvió.

—No me enviaste a la mazmorra cuando me atrapaste robándote las flores —dijo. — Así que no estoy segura de que esa amenaza sea tan real.

—Cierto —respondió él con una seriedad fingida. — Pero esta vez tu crimen es mucho más grave. Robar mi corazón definitivamente es castigable con tiempo en la mazmorra. O como mi esposa. Entonces, ¿qué eliges?

Lucy fingió pensarlo hasta que el gruñido de protesta de Christopher en su cuello la hizo reír y retorcerse mientras el deseo rápidamente se encendía dentro de ella.

—Supongo que, ya que tú me robaste *mi* corazón, tendré que casarme contigo —suspiró.

—Creo que es muy sensato —susurró él contra sus labios antes de besarla de nuevo.

—Sabes... —levantó la cabeza para sonreírle mientras sus manos comenzaban una lenta y tortuosa exploración de su cuerpo. — Cuando llegaste por primera vez, Jacob me dijo que el amor no es algo que puedas controlar. Dijo que no es algo que eliges. Es algo que te sucede.

El corazón de Lucy se detuvo ante la ternura que iluminó los ojos de Christopher mientras recorrían su rostro.

—Y me doy cuenta de que tenía razón —dijo suavemente. — Sucediste tú, Lucy. No lo elegí, intenté luchar contra ello. Pero es tal como dijo. Te sucede. Y tú me sucediste a mí.

Dentro del palacio, el baile continuaba sin el príncipe heredero de Aldonia, y más de una dama estaba amargamente decepcionada de que no se hiciera ningún anuncio esa noche.

Pero afuera, en su propio jardín secreto, en su propio mundo secreto, Lucy y Christopher estaban ajenos a todo.

Epílogo

—Nunca había visto un espectáculo así en mi vida. — Lucy se volvió hacia su esposo, quien cerró la puerta con llave y se acercó a ella rápidamente.

Antes de que pudiera preguntar qué estaba haciendo, él la levantó en vilo y la besó con una urgencia que nadie creería posible en el estoico y serio príncipe.

A Lucy le encantaba ser una de las pocas personas que veía al hombre detrás del gobernante.

Le encantaba que toda esa pasión fuera solo para ella.

—Fue interminable —gruñó él cuando la dejó recuperar el aliento.

—Mmm. Y también fue culpa tuya. Recuerda que tú eres el real —replicó ella, aunque sin aliento.

—Y ahora tú también lo eres, mi amor —sonrió él. — Princesa Lucia. Suena bien.

—Pensé que dijiste que Lucía sonaba demasiado formal para mí.

—Lo es —respondió, bajándola lentamente. — Allá afuera puedes ser la princesa Lucia. Un día, espero que no muy pronto, la reina Lucia. Pero aquí, conmigo, solo serás mi Lucy.

Su corazón dio un vuelco ante las tiernas palabras.

No podía creer que el día finalmente hubiera llegado.

Después de pasar casi un año entrenándose para ser una princesa, aprendiendo los muchos, muchos "haz" y "no hagas" del rol, finalmente había caminado hacia el altar para casarse con su verdadero amor.

Y había sido perfecto. Como un cuento de hadas.

Incluso su padre había mostrado un leve interés en las festividades. Tanto como era capaz, en cualquier caso.

No se había mostrado demasiado molesto por la idea de que su hija menor viviera tan lejos de él. Y aunque a Lucy eso le había dolido un poco, lo había aceptado. Además, la familia real la había acogido con tanto cariño que no sentía la pérdida de su padre tanto como podría haberlo hecho.

A la boda habían concurrido cientos de personas, como era de esperar.

Y Christopher le había advertido sobre las multitudes de aldonios que estarían fuera del palacio esperando para saludar a su nueva princesa.

Todo el país celebraba la boda de su querido príncipe heredero, y por suerte, habían acogido a Lucy, tal como Lydia le había prometido que lo harían.

Lydia había sido un tesoro de información para Lucy, habiendo pasado por algo similar, aunque a menor escala, cuando se casó con el príncipe Alexander. Y aunque había estado ocupada con el príncipe Frederick y su bebé, la princesa Aria, había sido una buena amiga y confidente. Lydia había anunciado su embarazo con Aria poco después de que Christopher anunciara su compromiso con Lucia, y Aldonia había estado llena de alegría durante meses por dos ocasiones reales tan felices.

Harriet también había sido una amiga maravillosa. Y Lucy adoraba a la hija de Harriet y Jacob. Con Freddie y Aria viviendo en Inglaterra con Alex y Lydia, la princesa Sofia era verdaderamente consentida no solo por sus abuelos, el rey y la reina, sino también por Lucy e incluso por Christopher.

Los niños no habían asistido a la boda, pero habían hecho una breve aparición en el baile.

Y cuando las niñeras llegaron para llevárselos, Christopher había sugerido en tono de broma que ellos también deberían aprovechar la oportunidad para irse.

Pero, por supuesto, tuvieron que quedarse. Hasta que Christopher le susurró que ya habían pasado suficiente tiempo con los invitados y que necesitaba estar a solas con su esposa.

Y por eso estaban allí, deliciosamente solos, mientras los invitados de toda Europa seguían bailando y festejando en el salón de baile del otro lado del palacio.

Christopher capturó los labios de Lucy una vez más, dispersando sus pensamientos e incendiando su cuerpo de un solo golpe.

Deslizó las manos por el pesado satén de su vestido de novia, maldiciendo suavemente cuando alcanzó la fila de pequeños botones.

—¿Diseñaste esto solo para torturarme? —gruñó, inclinando la cabeza para besarla suavemente a lo largo de la mandíbula.

—Yo no lo diseñé —logró decir ella con dificultad. — Puedes agradecerle a tu hermana y a tu cuñada por eso. Y a mi hermana, ya que estamos.

—Recuérdame abrir ese calabozo del que hablamos el año pasado —rio él. — ¿Elegiste un vestido tan complicado para el matrimonio de Alice con Travers?

—No sería tan cruel —respondió ella con un aire digno, ganándose una carcajada de su esposo. ¡Esposo! Qué maravilloso sonaba eso.

—Christopher —Lucy sostuvo su rostro para ponerlo a la altura del suyo.

—¿Sí, amor? —preguntó él, y ella tembló ante la evidente necesidad en sus ojos.

—Eres muy rico, ¿verdad? Siendo el príncipe heredero de Aldonia y todo eso.

Él frunció el ceño ante la pregunta.

—Sí, lo soy —respondió.

—Entonces, no importaría mucho si un solo vestido, incluso uno caro como este, terminara destru...

Ni siquiera le dio tiempo de terminar la pregunta antes de que él arrancara los botones del vestido, haciéndolos volar por todas partes.

—Sabía que había una razón por la que te amo tanto —guiñó un ojo.

—¿Incluso con mi inclinación por el robo? —arqueó una ceja, aunque su corazón latía con fuerza casi fuera de su pecho.

El vestido cayó al suelo, y Christopher se inclinó para levantarla en brazos y llevarla a la extravagante cama con dosel en el centro de la habitación.

—Siempre estuve secretamente impresionado con esos dedos ligeros tuyos —susurró mientras se inclinaba sobre ella. — Ahora, ¿por qué no vemos qué más pueden hacer?

Fin.